

La necesaria repatriación y restitución de las colecciones arqueológicas venezolanas para la construcción de la Red de Museos de Historia de Venezuela.*

MENESES PACHECO, LINO

Museo Arqueológico-Universidad de Los Andes, Venezuela

e-mail: lmeneses@ula.ve

GORDONES ROJAS, GLADYS

Museo Arqueológico-Universidad de Los Andes, Venezuela

e-mail: gordones@ula.ve

RESUMEN

El propósito de este trabajo es poner en evidencia la situación actual por la que atraviesan las colecciones arqueológicas que se han estructurado a partir de las investigaciones arqueológicas de campo que se han realizado en los territorios que hoy forman parte de la República Bolivariana de Venezuela y proponer una estrategia de recuperación de las mismas. Como punto de partida presentamos de manera sintética una breve historia de los estudios arqueológicos en Venezuela desde finales del siglo XIX hasta los años noventa del siglo XX, una revisión del estado de las colecciones arqueológicas, su destino y el uso que tienen en la actualidad, para luego desarrollar una propuesta de repatriación, restitución y uso social en el contexto de la creación de una red de Museos de Historia que permitan a los venezolanos y las venezolanas conocer los procesos históricos, culturales y sociales que le dieron origen a la República.

Palabras Clave: Arqueología, colecciones arqueológicas, repatriación-restitución, museos, Venezuela

The need for the repatriation and restoration of archeological collections pertaining to Venezuela in order to establish a History of Venezuela Museum Network.

ABSTRACT

The intention of this paper is to review the archeological collections that have accumulated as a result of research in Venezuela and to propose a plan for their consolidation. Included is a brief synthesis of the history of archaeology from the 19th Century to the 1980's with an indication of the condition and disposition of items that can be collected, repatriated and restored. A National Museum of History to include a network of regional and community museums is proposed so that people may observe the process of cultural development.

Key words: Archeological collections, repatriation, restoration, history museums, Venezuela.

* Recibido: 12- 07- 2006. Aceptado: 23- 01- 2007.

1. Las tres últimas décadas del siglo XIX y primeros treinta años del siglo XX. La arqueología hecha en Venezuela

Las últimas tres décadas del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX constituyen un período histórico muy importante para la comprensión de la situación actual de los estudios arqueológicos en Venezuela. Eran tiempos donde se discutía la necesidad de empezar a transitar los caminos de la modernidad y dejar atrás el país atrasado y dividido por las guerras encabezadas por los caudillos regionales. Para tales efectos se promovía abiertamente la adopción de los valores culturales de Europa (sobre todo de Francia) y aunque se empezó a estudiar con mucha velocidad las antigüedades de Indias y su relación con los pueblos originarios, alcanzar la modernidad supuso ideológicamente darle continuidad, al europeo como héroe civilizador e imponer el orden para alcanzar el progreso.

Los planteamientos comteanos y spencereanos que promovían las leyes del evolucionismo, la organización de la sociedad basada en el orden para alcanzar el progreso y los postulados del determinismo geográfico, contribuyeron al fortalecimiento y maduración de un intelectual interesado en nuestra sociedad en sus aspectos históricos y culturales. Indudablemente este interés, a nuestra manera de entender las cosas, tenía que ver, desde el punto de vista político, con la necesidad de crear la atmósfera y las condiciones necesarias para la justificación histórica del Estado venezolano que era una de las metas de la oligarquía de Venezuela, y con la necesidad de demostrar que con el “orden” impuesto por dicha oligarquía era posible alcanzar un estado de “progreso común” (Meneses, 1992).

Si revisamos las publicaciones arqueológicas y antropológicas producidas a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Venezuela, nos daremos cuenta que la labor intelectual de este período de la historia venezolana justificó y apoyó las políticas modernistas que se desarrollaron a partir de las últi-

mas décadas del siglo XIX bajo el gobierno de Antonio Guzmán Blanco hasta la presidencia ejercida por Juan Vicente Gómez en los primeros treinta años del siglo XX, época que se consolida el Estado-Nación en Venezuela.

En este período que estamos tratando, producto del contexto sociopolítico que vivía el país, un grupo considerable de intelectuales, entre los que se encontraban Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Mario Briceño Iragorri, Julio César Salas, Pedro Manuel Arcaya, entre otros, que por cierto no realizaron investigaciones arqueológicas de campo, produjeron una literatura muy importante en nuestros días donde se discutía los orígenes étnicos de los pueblos originarios que poblaron los territorios que hoy forman parte de Venezuela (Meneses, 1997) .

Inicialmente Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, apoyando el proyecto modernizador liderado por el presidente Guzmán Blanco, empezaron desde la Universidad de Caracas un debate que impulsaba las ideas modernas-liberales, sustentadas en las teorías evolucionistas-positivistas que emergían en Europa en el contexto de la propagación mundial del capitalismo/moderno eurocentrado (Quijano, 1993) contra las ideas conservadoras imperantes en la sociedad venezolana de ese entonces.

El impulso dado a la ciencia en Venezuela a finales del siglo XIX, como actividad asociada a la modernización, tuvo que ver con el interés de Rafael Villavicencio, Adolfo Ernst y Vicente Marcano por crear el entorno político-institucional para la investigación. Para tales fines fundaron grupos de trabajo como la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, el Instituto de Ciencias Sociales e instituciones como el Museo Nacional con sede en Caracas.

El pasado, el presente y la totalidad de los procesos sociales e históricos se convirtieron en motivos de reflexión por parte de Rafael Villavicencio. Como eje transversal el pasado, el presente y el futuro se constituyeron en los pilares fundamentales del

sistema filosófico-doctrinal de la ciencia positiva postulada por Augusto Comte en Europa a mediados del siglo XIX, que buscaba explicar la totalidad del proceso evolutivo social (Díaz-Polanco, 1989). Tales razonamientos impactaron al pequeño mundo intelectual venezolano de ese entonces, a tal punto que se constituyeron en el andamiaje teórico-ideológico que estimuló y sustentó las investigaciones arqueológicas y etnológicas en la Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Aunque Adolfo Ernst no practicó ninguna excavación arqueológica, de acuerdo a lo que hemos observado en sus publicaciones, sabemos que sus investigaciones de campo quedaron restringidas exclusivamente a las descripciones que realizó hacia 1871 de los concheros de caracoles marinos –*Strombus gigas* y *Turbo pica*– existentes en Los Roques y a la visita de algunos petroglifos ubicados en la Colonia Tovar y Turmerito en la región central de Venezuela (Ernst, 1987a; 1987b y 1987c).

Ernst manifestó interés por lo que el llamó hacia 1873 “utensilios de indios” que consistían en piezas cerámicas e instrumentos líticos y de conchas como son las placas aladas fabricadas en serpentina, diorita y *Strombus gigas*. No muy distanciado del valor que se le asignaba a los restos cerámicos en los estudios arqueológicos contemporáneos, Ernst pensaba en el siglo XIX, influenciado por la naciente escuela difusionista alemana, que:

...la cerámica y los objetos de tierra cocida son, en general, de una gran importancia para la solución de las interrogantes etnográficas y ciertamente más adecuadas a este fin que los objetos de piedra. En estos últimos, el hombre depende más de la materia bruta que le ofrece la naturaleza y que es, al mismo tiempo, más difícil de tratar, mientras que las arcillas plásticas que se encuentran en casi todas partes, se prestan fácilmente a la plasmación tradicional de todo lo que se tenía costumbre de hacer en los países de origen de las tribus dispersas algunas veces en regiones muy alejadas de su punto de partida (Ernst, 1987d: 495).

Indudablemente que el contacto que Adolfo Ernst sostenía con Rudolf Virchow lo tuvo que mantener actualizado sobre las discusiones que se desarrollaban en Alemania entre Friedrich Ratzel (1884-1901) y Adolf Bastian (1826-1905) en relación al concepto de unidad psíquica del hombre que proponía este último. Ratzel aseguraba que antes de explicar las semejanzas culturales como invenciones independientes, era fundamental probar que no eran producto de migraciones o de contacto interculturales de los pueblos. Para Ratzel era importante excluir cualquier posibilidad de contacto para poder sostener que la misma tipología de artefacto se había inventado más de una vez (Trigger, 1992). En este contexto de discusión teórica, Ernst argumentaba la relación de la cerámica de Mérida con la de Costa Rica, llegando a la siguiente conclusión:

...la cerámica de la cordillera de Mérida sería más antigua que la Chiriquí y la de Costa Rica; o por lo menos habría permanecido estacionaria, mientras que en América Central, a consecuencia del contacto inevitable con pueblos más avanzados, esta industria habría hecho grandes progresos, como lo testimonian los hallazgos valiosos que han enriquecido los museo de Washington y de San José de Costa Rica (Ernst, 1987n: 503).

En relación a los petroglifos, una esfera de la investigación arqueológica muy publicitada y divulgada desde la época de Alejandro de Humboldt, Ernst escribía hacia el año de 1885 que el:

...precipitado punto de vista, según el cual estos petroglifos no serían nada más que juegos de los indios,... Sería cómodo dejar de lado como un “juego” aquello que no se puede explicar; pero de este modo no progresamos... Quizás es posible que poco a poco se alcance un resultado..., ya que no es improbable que los petroglifos y otras representaciones gráficas estén en cierta relación con el ricamente desarrollado lenguaje de signos de los indios (Ernst, 1987f: 105).

Esta opinión de Adolfo Ernst es apoyada por Gaspar Marcano hacia el comienzo de los años noventa del siglo XIX cuando planteaba que las pictografías americanas no podían ser consideradas como objetos de curiosidad, y que su importancia era demasiado grande para que la investigación no se hubiere realizado de manera rigurosa (Marcano, 1971).

A diferencia de Adolfo Ernst, Gaspar Marcano si basó sus interpretaciones antropológicas con base en las evidencias provenientes de las investigaciones arqueológicas de campo que fueron realizadas bajo la coordinación de su hermano Vicente Marcano en el marco del proyecto de exploración antropológica de Venezuela, auspiciado por el gobierno de Guzmán Blanco en el año de 1887 y continuado en 1889 en el gobierno del presidente Juan Pablo Rojas Paúl (Marcano V., 1971).

A partir del año 1887, Vicente Marcano realizó, acompañado por Alfredo Jahn y Carlos A. Villanueva, diversas prospecciones arqueológicas en el Valle de Caracas, la cuenca del Lago de Valencia, la región del Alto Orinoco, la Cordillera Andina de Mérida y Coro, obteniendo como resultado el hallazgo de diversos contextos arqueológicos asociados con petroglifos, entierros secundarios, objetos cerámicos e instrumentos líticos.

Entre los hallazgos arqueológicos más importantes de Vicente Marcano, se encuentran los montículos habitacionales-funerarios de Tocarón, La Quinta y La Mata en la cuenca del Lago de Valencia. Las propias palabras de Vicente Marcano muestran la magnitud de los restos arqueológicos hallados para el año de 1887 en dicha cuenca:

... el más importante resultado de esta primera recorrida fue el descubrimiento hecho en el sitio denominado Los Cerritos, cerca de Santa Cruz, en inmediaciones del Lago de Valencia, de una inmensa necrópolis india. Para dar idea de su magnitud bastará anotar que los cerritos son eminencias artificiales en número de cerca de cien, que tienen a veces doscientos metros de largo por quince a veinte

de ancho.... todas están plagadas de restos humanos, objetos de adorno, utensilios de barro y restos de cocina (Marcano, V. 1971:350).

Cuando examinamos el trabajo de Gaspar Marcano *Etnografía precolombina de Venezuela. Valles de Aragua y de Caracas*, publicado por primera vez en París en el año de 1889, podemos constatar que es con Vicente Marcano que se realiza por primera vez en Venezuela una excavación arqueológica donde se describe de manera minuciosa el contexto excavado, e inclusive de manera pionera se aplican pruebas químicas para descifrar los orígenes de los sedimentos presentes en el yacimiento arqueológico (Marcano G., 1971).

La descripción refinada hecha por Vicente Marcano del contexto arqueológico excavado en La Mata, estado Aragua, demuestra que Vicente utilizó en su excavación las técnicas estratigráficas, ya en boga en Europa por los postulados hechos por Boucher de Perthes y Charles Lyell (Daniel, 1987; Trigger, 1992), para tener mayor precisión del contexto excavado:

Los cerritos... tienen forma de mamelones de contornos ovales; los más pequeños miden 10 metros en su mayor eje y 3 metros de altura. Lo más grandes llegan a 300 metros de diámetro. Descansan sobre un terreno arcilloso que encierra los mismos fósiles que la arcilla del Lago... La sonda aplicada a su base, encuentra a los 60 centímetros de profundidad, una capa de tierra fosilífera debajo de la cual se halla de trecho en trecho un cerco ininterrumpido. El cerco está formado por verdaderos muros alineados circularmente y circunscribiendo un cementerio que contiene restos de una población extinguida. El espesor de la construcción es de 90 centímetros... Cada columna está compuesta de piedras aplastadas, apiladas y colocadas regularmente las unas sobre las otras.... Debajo de las columnas no se han encontrado ni pilotes ni construcciones de ninguna clase. Entre los espacios que las murallas dejan entre sí, aparece una enorme acumulación de osamentas enteras y fragmentadas, de conchas, de útiles de piedra, de hueso, de madera y vasijas para

diversos usos de las cuales una gran cantidad han conservado la huellas del fuego... (Marcano G., 1971:40).

Apoyado en las investigaciones de campo que realizó su hermano Vicente, Gaspar Marcano quizás es el primer intelectual venezolano que combina diversas fuentes para profundizar el conocimiento de la historia aborigen de Venezuela. Con Gaspar Marcano, se incorporaran por primera vez las evidencias arqueológicas provenientes de diversos sitios arqueológicos a la explicación de la historia de la República. En este contexto, para realizar la reconstrucción de la etnografía precolombina de Venezuela, como él la llamó, combinó en sus monografías los análisis de las evidencias cerámicas, líticas y osteológicas provenientes de las excavaciones realizadas por su hermano, con los petroglifos y la información que suministran los textos de Indias, los exploradores y los viajeros que pasaron por nuestro territorio. Es así que para conocer, por ejemplo, el estado social de la cultura extinguida de los indígenas de los Valles de Aragua y Caracas, Gaspar Marcano se valió de los objetos dejados por estos indígenas, los petroglifos, los restos óseos y los textos de Indias (Marcano G., 1971a).

La amplia extensión territorial estudiada por Vicente Marcano y las monografías escritas por su hermano Gaspar, nos hace pensar que el interés de estos intelectuales era tener una visión general de la ocupación del territorio que diera cuenta de la diversidad de pueblos que existieron en la geografía venezolana antes de la conquista europea.

Aunque Gaspar Marcano no se preocupó por establecer cronologías de ocupación de los pueblos precolombinos, en algunos pasajes de su obra asomó los problemas del poblamiento temprano de los territorios que hoy forman parte de Venezuela. En este sentido, Marcano postuló de manera visionaria lo que sería el punto de partida de la llamada teoría de "H" (Osgood y Howard, 1943), impuesta en Venezuela a partir de la década de los años

treinta del siglo XX con la arqueología del “Buen Vecino”. Decía Marcano que:

La definición de pueblos diferentes, en los dos extremos del territorio, y baja la misma longitud, no deja entrever la posibilidad de reconstruir las razas indias que lo han habitado. Este estudio, será tanto más fácil de seguir cuanto que allí no puede haber la cuestión de tipos primitivos. Aunque la época cuaternaria sea allí totalmente desconocida, la geología actual del suelo y lo que conocemos de los precolombinos, son suficientes para hacernos presentir que la población no era autóctona (Marcano, 1971a:254-255).

Parece que en los conflictos de las naciones medio civilizadas que la rodeaban, Venezuela ha sido como la hostería de los viajeros maltrechos, el refugio de su miseria, y que, en esa mezcla, se trata sobre todo de discernir el valor tradicional del conjunto. (Marcano, 1971a:255).

Las investigaciones arqueológicas de campo realizadas por Vicente Marcano y los trabajos de análisis e interpretación realizados por su hermano Gaspar, abrían la posibilidad para finales del siglo XIX de conocer la historia aborígen venezolana desde una perspectiva distinta a la que tradicionalmente se tenía para ese entonces; sin embargo, es importante acotar que la obra antropológica de los hermanos Marcano no impactó lo suficiente en el país debido a que fue publicada en Francia y no tuvo en Venezuela una divulgación que trascendiera más allá de la pequeña elite intelectual venezolana.

Para el momento histórico que estamos tratando, no podemos dejar de mencionar a Alfredo Jahn que también formó parte del grupo de venezolanos que se preocupó por la arqueología y la antropología venezolana desde muy temprano, tal como lo demuestran las descripciones sobre petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela y la noticia de la exploración y excavación que realizó como comisionado del Museo Etológico de Berlín hacia el año de 1903 en los sitios de La Mata y el sitio de Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Jahn, 1932).

En este contexto del debate sobre la importancia de los datos empíricos para el fortalecimiento de las investigaciones arqueológicas, Elías Toro introdujo hacia el año de 1906 una discusión importante sobre la cuestión de la recuperación de los datos en la investigación arqueológica, que a juzgar por las publicaciones arqueológicas realizadas en fechas posteriores por otros investigadores venezolanos, no tuvo mucho eco.

Aunque Toro no realizó ninguna excavación arqueológica, expuso en sus clases de antropología impartidas en la Universidad de Caracas la importancia de la estratigrafía en la indagación arqueológica. Planteaba Toro que era:

Difícil, si no imposible, es apreciar debidamente los datos que la arqueología y la paleontología nos suministran en lo relativo al hombre prehistórico, sin tener algún conocimiento sobre la constitución, forma y orden dispositivo de las diversas capas geológicas de donde se han exhumado los primeros documentos paleoarqueológicos... (Toro, 1906:25).

Si no se tomaban en cuenta los estratos geológicos en las investigaciones arqueológicas, para Toro:

...el estudio de esta materia se limitará a una exposición simple de lo conocido y aceptado, sin que estemos suficientemente preparados para realizar cualquiera experiencia personal, observaciones o estudios; máxime en nuestro vasto suelo, virgen de toda investigación, todavía intocado por la piqueta del arqueólogo, en lo que a prehistoria americana se refiere (Toro, 1906:25).

De esta manera Elías Toro en su tratado de *Antropología general y de Venezuela precolombina*, exponía desde el punto de vista teórico a comienzos del siglo XX los postulados y avances impulsados por Boucher de Perthes y Charles Lyell, considerados por la historiografía arqueológica como los pioneros de la arqueología científica europea (Trigger, 1992).

Para ese momento los estudios arqueológicos de Adolfo Ernst, y las excavaciones arqueológicas realizadas por Alfredo Jahn en la cuenca del Lago de Valencia no habían tomado en cuenta la estratigrafía de los contextos arqueológicos venezolanos, inclusive esta situación se repitió en fecha posterior, hacia la segunda década del siglo XX, con los trabajos arqueológicos de campo realizados por Luis Oramas en la cuenca del Lago de Valencia y en los montículos y calzadas de los llanos venezolanos (Oramas, 1917). Una excepción, las investigaciones arqueológicas de campo con sus respectivas interpretaciones realizadas por los hermanos Vicente y Gaspar Marcano que aunque no publican los perfiles estratigráficos de las excavaciones de los montículos en la cuenca del Lago de Valencia a finales del siglo XIX, evidencian, tal como lo comentamos en líneas anteriores, que sí tomaron en cuenta la estratigrafía de los sondeos para describir el contexto arqueológico excavado.

Indudablemente que la despreocupación por los principios cronológicos en las investigaciones arqueológicas realizadas los precursores de la arqueología venezolana, tenía su correspondencia, por un lado, con la política cohesionadora, desde el punto de vista político-territorial del Estado, impulsada desde la época de Guzmán Blanco hasta Gómez, de ahí que se imponía la necesidad primaria de establecer modelos que dieran cuenta de la afinidades raciales de los grupos que poblaron el territorio venezolano en la época precolombina y, por el otro, la concepción teórica evolucionista que presumía que para los estadios evolutivos anteriores a la civilización, las variaciones culturales de todos los pueblos del mundo habían sido mínimas.

A comienzos de la segunda década del siglo XX, Luis Oramas realizó un conjunto de investigaciones arqueológicas de campo en la geografía venezolana, Oramas exploró los sitios de Camburito, La Cuarta, La Quinta, La Mata y La Huérfana, ubicados entre las poblaciones de Santa Cruz y Magdaleno en la cuenca

del Lago de Valencia, y las calzadas y montículos de los Llanos de Portuguesa y Barinas (Oramas, 1917).

De las investigaciones arqueológicas realizadas por Oramas en la cuenca del Lago de Valencia hacia el año de 1914, nos informa:

Escudriñar los cerritos era el tema principal de nuestras investigaciones y para estudiarlos elegimos aquellos que no presentaban indicios de exhumaciones. Empezábamos a excavar la base de la elevación en sentido transversal y aparecían a menudo objetos de adorno... además de piedra... útiles industriales, ídolos de barro cocido... en esas colinas al continuar la excavación hacia el centro, a una profundidad de cincuenta centímetros encontramos Sarcófagos... (Oramas, 1917: 2).

No todos los cerritos contienen objetos y osamentas reunidos, pues suelen encontrarse túmulos con huesos solamente, sin objetos de adornos... por lo cual los actuales moradores de aquellos lugares dicen que existen “cerritos de indios pobres” y de “indios ricos”... (Oramas, 1917:2).

Sobre las calzadas y colinas indígenas de los llanos de Portuguesa y Zamora, Oramas también practicó excavaciones. Decía en su descripción de este tipo de contexto en los llanos venezolanos que:

Sumamente importantes son estas construcciones prehistóricas, que se hallan diseminadas en diferentes puntos de los llanos de los estados Portuguesa y Zamora... Estas calzadas suelen comunicarse con las colinas semejantes a las del Valle de Aragua, aunque más elevadas y pendientes, hasta el extremo de ser algunas de ellas inaccesibles; guardan analogía con las que se conocen en los Estados Unidos con el nombre de Mounds-Builders (Oramas, 1917:3).

En lo relativo a los montículos y calzadas de los llanos venezolanos, reportados por primera vez por Alejandro Humboldt (1985), se abrió a comienzos del siglo XX, a partir de la publicación *Construcciones prehistóricas* realizada por Lisandro Alvarado

en el año 1904, un amplio debate. Alvarado sostenía que dichas obras de ingeniería las habían realizado los Kaquetíos de Coro; sin embargo, el etnohistoriador merideño Julio César Salas sostenía que:

Al igual de Humboldt, creemos ser de antiquísimo origen los mound-bulding de los llanos de Venezuela, aunque juzgamos aventuradas su otra hipótesis: "... sus autores descendieron de las montañas de Trujillo y Mérida hacia las llanuras del río Apure..." Esta opinión la extrema el etnógrafo Febres Cordero, puesto que le asigna la construcción de esos monumentos de tierra a las tribus Canaguas y Aricaguas (indios Giros de Mérida). No encontramos tampoco basada la opinión del Doctor Lisandro Alvarado que atribuye dicho Mound a los Caquetíos, pues demasiados bárbaros me parecen tanto los Mucus como los Caquetíos para asignarle esa superior civilización... ¿Serían los Achaguas descendientes de esos pueblos antiguos y civilizados, y por consiguiente autores de las calzadas y colinas artificiales de los llanos de Venezuela... Existen muy poderosas razones para suponerlo... (Salas, 1918: 80-83).

A mediados de la segunda década del siglo XX, con los auspicios del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, Herbert Spinden visitó a Venezuela con la finalidad de hacer un reconocimiento arqueológico de campo y estudiar los restos arqueológicos existentes en el país, para tratar resolver algunos de los problemas fundamentales de la arqueología americana. No sabemos por cuánto tiempo estuvo Spinden en Venezuela, sin embargo, por su publicación sabemos que revisó colecciones privadas y visitó a Maracaibo, Bobures, Mérida, Trujillo, el Tocuyo, Barquisimeto, Valencia, Caracas, San Fernando de Apure, Ciudad Bolívar y Trinidad (Spinden, 1916).

Para Spinden, la posición intermedia de Venezuela entre los ricos y bien conocidos yacimientos de Colombia y Costa Rica, por un lado, y de la parte oriental de Brasil por la otra, podría suministrar pruebas respecto a las conexiones culturales del norte con el sur (Spinden, 1916).

Las investigaciones arqueológicas en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en el estado Aragua, continuaron con el médico Rafael Requena que realizó diversas excavaciones en la hacienda de La Mata que para la época pertenecía a Juan Vicente Gómez (Requena, 1932a y 1932b).

Las excavaciones practicadas por Requena junto a Marius del Castillo, José Eusebio Gómez y su hijo Antonio Requena en La Mata y la península de la Cabrera, le permitió obtener un número importante de evidencias arqueológicas entre urnas, figurinas cerámicas, restos óseos e instrumentos líticos, entre otros, que le permitieron postular que en la cuenca del Lago de Tacarigua, como también se le conoció al Lago de Valencia, se encontraba la antigua Atlántida (Requena, 1932a).

2. La Arqueología del Buen Vecino

Entre 1920 y 1935, Venezuela pasa de ser un país agroexportador a un país exportador de petróleo, situación que paradójicamente indujo a la acentuación de dependencia colonial de Los Estados Unidos gracias al control de la explotación y comercialización petrolífera por empresas estadounidenses. La actividad petrolera desarrollada en Venezuela por compañías estadounidenses como la Lago Petroleum Corporation filial de la Standard Oil Company, le habían permitido a Venezuela obtener dividendos con los que pudo sortear la crisis económica producida por la caída de los precios agrícolas a nivel mundial y, en consecuencia, tener un auge económico sin precedente que le permitió pagar la deuda externa y construir la Gran Carretera de Los Andes (Rodríguez, 1983). Pero la explotación petrolera en el territorio venezolano no solamente contribuyó a mejorar las cuentas fiscales para construir obras de infraestructura en la Venezuela de ese entonces, también contribuyó indirectamente con el inicio del sometimiento epistemológico del quehacer arqueológico venezolano al paradigma arqueológico estadounidense.

Un ejemplo de los tantos que podemos citar de la relación petróleo con arqueología, lo encontramos en los trabajos publicados por la arqueóloga Gladys Nomland sobre los sitios Hato Viejo, El Mamón y La Maravilla en el estado Falcón. Parte del material arqueológico analizado por Nomland en sus trabajos fue descubierto por el Dr. H. F. Stanton que se desempeñaba como médico en el campo de una reconocida compañía petrolera establecida en Urumaco y que, en concordancia con J. O. Nomland, que realizaba para ese entonces investigaciones geológicas para dicha compañía, deciden invitar a la arqueóloga estadounidense al estado Falcón (Nomland, 1935).

El petróleo venezolano como materia prima era de suma importancia para el éxito de la política del New Deal y del Buen Vecino diseñadas en el periodo presidencial de Franklin Delano Roosevelt. Como es bien sabido que a partir del famoso “Crack del 29”, producido en la bolsa de valores de Nueva York, devino la mayor crisis que el capitalismo mundial haya conocido en la historia. Los Estados Unidos de América atravesaba una profunda crisis económica y social, que llevó a Roosevelt con el fin de superar dicha crisis, a promover un plan político, económico y social que buscaba fomentar las exportaciones de productos estadounidenses –la política del New Deal– y desarrollar una política exterior –la política del Buen Vecino– que le permitiera colocar sus productos en los países vecinos y obtener las materias primas necesarias para dinamizar su economía.

Indudablemente que la política de “Buena Vecindad” no fue un producto exclusivo del presidente Roosevelt, este proyecto fue ensamblado por un equipo de asesores que representaban a grandes compañías estadounidenses, golpeadas por la recesión económica vivida en Los Estados Unidos para ese entonces. Nelson Rockefeller nombre muy ligado a la antropología y la arqueología latinoamericana, resalta entre los empresarios e ideólogos de la política de “Buena Vecindad” (Meneses, 1991- 1992).

Los estadounidenses le dieron importancia al conocimiento de las realidades histórico-culturales de nuestros países, para así garantizar la efectividad de sus planes. En este sentido el Congreso estadounidense:

...echó las bases en 1936, cuando creó la División de Relaciones Culturales para promover el panamericanismo y promover los intereses de los Estados Unidos en América Latina y asignó fondos para la política del Buen Vecino. Nelson Rockefeller, quien comprendía como pocos a América Latina..., fue nombrado coordinador de Asuntos Interamericanos en 1938. Su oficina asignó fondos a investigaciones arqueológicas que fueron organizadas y administradas por el Instituto de Investigación Andina... (Patherson, 1981:65).

De esta manera Nelson Rockefeller, accionista de la Standard Oil Company, financió las investigaciones arqueológicas adelantadas por Alfred Kidder II entre los años 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia (Kidder II, 1944), y promovió por medio del Instituto de Investigaciones Andinas, financiado en su gestión como coordinador de Asuntos Interamericano del Departamento de Estado, el *survey* arqueológico de Venezuela realizado Cornelius Osgood y George Howard entre los años de 1941 y 1942 (Osgood y Howard, 1943) y las excavaciones de George Howard en Ronquín en el año de 1941 (Howard, 1943). De igual manera, el Departamento de Estado, la Unión Panamericana, la United Fruit Company y la Venezuela Oil Company apoyaron y promovieron las investigaciones de Vincenzo Petruccio entre los años de 1933 y 1934 en los Llanos de Apure (Petruccio, 1969).

Para algunos/as arqueólogos/as venezolanos/as que han historiado la actividad arqueológica venezolana, es precisamente con los trabajos hechos por Bennett (1937), Kidder II (1944) y Osgood y Howard (1943), que se inicia la arqueología académica y/o científica en el territorio venezolano (Molina, 1990; Gassón y Wagner, 1998). Esta posición también la expresaba Bennett hacia

el año de 1932 cuando le comentaba al *Diario La Esfera*, editado en Caracas que: “Yo vine decidido a permanecer una sola semana y me quedé un mes corrido... La arqueología venezolana acaba de nacer...” (Bennett, 1932); sin embargo, tal como lo hemos planteado anteriormente, consideramos que la ciencia arqueológica venezolana tiene sus orígenes en las investigaciones que adelantaron diversos intelectuales venezolanos a finales del siglo XIX.

Sin embargo, Wendel Bennett, Alfred Kidder II, Vincenzo Petruccio y Cornelius Osgood y George Howard, vinieron a nuestro país para hacer arqueología y darle respuesta desde su perspectiva a los procesos histórico-culturales de nuestro pueblo. Muchos de ellos, y así lo confirman en los prólogos de sus obras, fueron invitados inicialmente por el Dr. Requena, quien se desempeñaba como secretario privado de Juan Vicente Gómez y luego por el respaldo dado por el Presidente Isaías Medina Angarita quien apoyó con sagacidad la cooperación interamericana. Pero, si revisamos detalladamente, apreciaremos que Requena y Medina formalizaron las estadías de estos científicos sociales en nuestro país. Estos investigadores vienen a Venezuela, como muchos otros fueron a otros países latinoamericanos, a cumplir una misión que tenía correspondencia con el desarrollo de la política del “Buen Vecino” en el contexto de la importancia estratégica dada a nuestro país como proveedor de petróleo por la administración estadounidense de ese entonces.

En este contexto, la arqueología hecha por Bennett, Kidder II, Osgood y Howard aplicó por primera vez de manera sostenida en nuestro país el uso de la estratigrafía métrica y pautas formales para la presentación de los informes de las investigaciones arqueológicas, que permitieron darle cierta “rigurosidad científica” a las excavaciones realizadas por ellos. De igual manera, implantaron como objeto de estudio de la arqueología la concepción estadounidense de la cultura asociada, por razones geopolíticas relacionadas con los intereses estadounidenses en América, con teorías

difusionistas, trayendo como consecuencia la reconversión de la línea de investigación de la arqueología, hecha por venezolanos, que planteaba que la investigación arqueológica se hacía para conocer nuestra historia patria.

Como consecuencia de la implantación de la política del “Buen Vecino”, los centros de investigación arqueológica estadounidenses, vieron la necesidad de tener un enfoque global de las culturas de la época “prehispánica” que les permitiera a los políticos estadounidenses justificar desde una perspectiva histórica el panamericanismo. Esta visión que asumía darle mayor cobertura en territorio al quehacer arqueológico, va a ir, desde el Suroeste de los Estados Unidos de América, pasando por Centroamérica y las Antillas, hasta Suramérica; describiendo bajo una apariencia neutral los restos arqueológicos. En esencia, lo que se ponía en juego era la búsqueda de un esquema que permitiera sustentar, desde el punto de vista político-ideológico, la política expansionista estadounidense hacia América Latina.

De esta manera, nace la famosa teoría de la “H”, planteada de manera más elaborada por Cornelius Osgood y George Howard en su obra *An archeological survey of Venezuela*, publicada por el departamento de Antropología de la Universidad de Yale. Según Osgood y Howard:

Venezuela es una región de gran importancia arqueológica, es una suerte de barra horizontal de una “H” entre las principales rutas de migración a lo largo de las costas de América y los cambios posteriores a lo largo de las partes este de Suramérica y las Antillas, es un país de influencias culturales entrelazadas... (Osgood y Howard, 1943:5).

Osgood y Howard, al igual que otros investigadores estadounidenses, asumían que el territorio venezolano llegó a ser el paso natural para las influencias culturales provenientes de Centroamérica y tránsito de las influencias culturales de Suramérica

hacia las Antillas. La ubicación geográfica de Venezuela jugó un papel determinante a la hora de elaborar este modelo de explicación difusionista del desarrollo histórico-cultural de América.

El *survey* arqueológico de Osgood y Howard, financiado por la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado bajo la denominación de Proyecto Cinco, permitió sistematizar en un solo volumen la mayoría de los sitios arqueológicos existentes en la Venezuela de ese entonces. Osgood y Howard describieron los materiales cerámicos y lo clasificaron en fases arqueológicas, obteniendo como resultado un modelo de clasificación tentativo de la cultura “Prehispánica” venezolana (Osgood y Howard, 1943).

Las posiciones explicativas difusionistas también las podemos encontrar en la obra de Alfred Kidder II titulada *Archaeology of northwestern Venezuela*, publicada por la Universidad de Harvard en el año de 1944. La obra de Kidder II recoge los resultados de la revisión de colecciones arqueológicas privadas y de las excavaciones arqueológicas que practicó hacia los años de 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en la península de La Cabrera, estado Carabobo y Carache, estado Trujillo.

Según Kidder II:

Venezuela probablemente no sea un centro de origen de cultura mayor, parte de la evidencia apunta a la recepción de las ideas de otras áreas. Pero, al igual que Colombia, Venezuela tiene una gran importancia como centro de un pasillo y de los acontecimientos locales de considerable importancia en la prehistoria del norte de Suramérica, y en particular de las Antillas. En Venezuela los datos deberían aumentar nuestro conocimiento de la posible difusión de los rasgos centroamericanos, su influencia en el sur del continente y su reunión con las características desarrollado en el país en movimiento al norte y al oeste (Kidder II, 1944:3).

De la misma forma asoma a manera de conclusión que:

...la cultura venezolana conocida en pequeña perspectiva histórica, parece haber resultado de la fusión de muchos elementos occidentales, posiblemente centroamericanos, muchos de los cuales parecen haber pasado hacia el Este y el Sur de Venezuela propiamente... Esta es una situación que uno puede predecir razonablemente sobre fundamentos geográficos, pero los factores de tiempo, adaptación local y cambio se combinan para hacer de ellas una situación muy compleja (Kidder II, 1944:169).

Hacia la década de los cuarenta del siglo XX, en plena ejecución de la política del Buen Vecino de parte del Departamento de Estado y la industria petrolera estadounidense asentada en Venezuela, el gobierno venezolano del general Isaías Medina Angarita apoyaba plenamente, por lo que se desprende del prólogo de Osgood y Howard (1943), el panamericanismo arqueológico. Según Osgood y Howard era importante rendirle tributo a la política de cooperación interamericana apoyada con sagacidad por el Presidente de la República, general Isaías Medina Angarita (Osgood y Howard, 1943:6). En este período se empiezan a concretar en Venezuela y en el resto de América Latina, un conjunto de estructuras políticas-administrativas que eran producto de la implementación de la política de buena vecindad, es así como nace en 1943 el llamado Grupo de Caracas de La Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía.

El Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Geografía e Historia, fundado en 1943 en una reunión realizada en el Museo de Ciencias Naturales de Caracas, dirigido por Walter Dupouy, va a jugar un papel importante en las investigaciones arqueológicas que se realizaron en Venezuela en la década de los cuarenta. Dupouy apoyó desde el Museo de Ciencias Naturales de Caracas el *survey* arqueológico realizado por Osgood y Howard en el territorio venezolano (1943), promovió académicamente en Venezuela la teoría de la “H” propuesta por la arqueología del

Buen Vecino (Dupouy, 1952) y en alianza con Antonio Requena – hijo de Rafael Requena– y José María Cruxent, realizó investigaciones arqueológicas de campo en el territorio venezolano, entre las que podemos mencionar las del Río Memo en el estado Guárico (Dupouy, Requena y Cruxent, 1948).

La presencia de los estadounidenses en la cuestión arqueológica venezolana para la época que estamos tratando fue tan intensa que se llegó al extremo que hasta los militares de Los Estados Unidos de América que se encontraban “asesorando” al gobierno nacional, también hacían arqueología, tal como lo demuestra las excavaciones arqueológicas realizadas en año de 1948 en la población de Obispos, estado Barinas por el Mayor V. C. Simona, el Sargento Maestro Ralph Alcocer y el Teniente Coronel B. R. Lewis, (Lewis, 1949).

De todos estos investigadores de la época sobresale la figura de José María Cruxent, quien en la década de los cuarenta del siglo XX publicó un gran número de artículos sobre sitios arqueológicos y descripciones formales de piezas líticas y cerámicas, y en las década de los cincuenta y sesenta va a jugar un rol protagónico en la arqueología venezolana desde la dirección del Museo de Ciencias y luego como profesor fundador de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela.

3. El nuevo ideal de la Arqueología

La década que va desde 1948 a 1958 se convierte en una época en la cual se consolida de una manera clara la estructura capitalista en Venezuela. En términos generales, podemos señalar que este decenio se puede describir como una dictadura militar que introduce importantes cambios en la economía nacional que repercutieron en una diferenciación clara en la estructura social del país. En este período histórico se evidencian, dos tendencias en el que hacer arqueológico venezolano que la marcará hasta nuestros días.

Una primera manera de concebir la arqueología en ese entonces, tuvo sus orígenes en la arqueología del Buen Vecino, es decir, en los estudios hechos en el país por Osgood y Howard (1943). Esta tendencia que se impuso en la arqueología venezolana, la encabezaron José María Cruxent e Irving Rouse, estos arqueólogos se identificaron con la concepción boasiana de la Antropología donde la arqueología forma parte de misma, en consecuencia comparten un mismo objeto de estudio: la cultura (Meneses, 1991).

José María Cruxent inició sus trabajos arqueológicos en Venezuela para el año 1942 y fue, entre 1944 y 1962, Director y Conservador de Arqueología del Museo de Ciencias Naturales de Caracas. Este estudioso publicó a partir de 1942 una pléyade de artículos descriptivos de restos y sitios arqueológicos venezolanos. Por su parte, Irving Rouse, como profesor de la Universidad estadounidense de Yale, fue un continuador de la obra de Cornelius Osgood. Rouse estuvo en Venezuela en los años de 1946, 1950, 1955, 1956 y 1957; de su trabajo durante estas estadías cabe resaltar, por su contenido práctico, el trabajo realizado junto con Cruxent en la Península de Araya en el año de 1950 donde participó también Acosta Saignes.

Los diferentes trabajos realizados por Cruxent y Rouse en este período se sintetizan en la obra clásica de la arqueología venezolana titulada *Arqueología Cronológica de Venezuela* (1982). La participación Rouse en estos trabajos trajo como consecuencia que dicha monografía se convirtiera en una extensión en el tiempo y en el espacio de los trabajos y propuestas de Osgood y Howard (1943). Según Cruxent y Rouse el objetivo de la arqueología cronológica de Venezuela era:

... ofrecer un resumen del estado presente de la arqueología venezolana, esto es, poner al día los trabajos de Osgood y Howard. Para ello presentamos no sólo los resultados de nuestras propias investigaciones sino también, en la medida en que no son conocidos, los

hallazgos de los autores que nos precedieron en análogos estudios, aunque ilustramos las descripciones referentes a nuestros trabajos con detalle relativamente mayor (Cruxent y Rouse, 1982:15).

Quizás el aporte fundamental de la obra de Cruxent y Rouse fue que permitió establecer por primera vez en nuestro país una tabla cronológica para el desarrollo cultural de los pueblos “prehispánicos”, gracias al novedoso, para ese entonces, método de fechamiento del carbono catorce (C14); y la reunión en un solo volumen la caracterización de los diferentes sitios arqueológicos existentes en la geografía venezolana para la época. La arqueología practicada por estos intelectuales ve en la cerámica un indicador por excelencia, sin embargo, esto es asumido de una manera unilateral. El estudio de los restos cerámicos es orientado únicamente hacia el estudio descriptivo y lo formal de su constitución, de allí que en su obra prevalezca la descripción formal y descontextualizada de los restos arqueológicos, en particular de los restos cerámicos (Cruxent y Rouse, 1982).

A partir de la obra arqueológica de Cruxent y Rouse las interpretaciones arqueológicas en Venezuela empezaron a sustentarse en la cerámica arqueológica. De esta manera terminan definiendo, sobre la base de una supuesta ausencia de otras evidencias no cerámicas en los contextos excavados por ellos, que:

...Todo grupo social deberá poseer normalmente un estilo cerámico único durante un determinado periodo del tiempo, excepto en los periodos de transición entre estilos... (Cruxent y Rouse, 1982:23).

Esta posición asumida por Cruxent y Rouse, trajo como consecuencia inevitable el apuntalamiento de posiciones que se venían perfilando desde el advenimiento de la arqueología del Buen Vecino en Venezuela, que no veía en los estudios arqueológicos la posibilidad real de conocer la historia de los pueblos originarios que ocuparon los territorios que hoy forman parte de Venezuela.

Los objetos arqueológicos se convirtieron en la razón de la arqueología (Sanoja y Vargas, 1990), la historia de los grupos étnicos que ocuparon los territorios venezolanos era un asunto de los/as historiadores/as y de los/as antropólogas/as sociales.

La segunda forma de asumir la cuestión arqueológica en Venezuela, fue encabezada por Miguel Acosta Saignes que había llegado de México graduado de antropólogo a finales de 1946. Sus actividades en el campo de la investigación arqueológica se realizaron a partir del año de 1949 con una serie de excavaciones en diferentes regiones del país: La Pitía, en el estado Zulia y Río Chico, en el estado Miranda (Rodríguez, 1994).

En contraposición a la arqueología del Buen Vecino, el maestro Acosta planteaba que, aunque existían arqueólogos no interesados en la reconstrucción histórica y solamente se especializaban en la recuperación de los restos materiales en un contexto arqueológico, los arqueólogos eran verdaderamente historiadores que sustentaban sus investigaciones no con documentos escritos, sino con evidencias materiales presentes en un contexto arqueológico (Acosta Saignes, 1974), en sus propias palabras:

“Los arqueólogos toman una tarea tremenda: la de suministrar los elementos de la historia, buscando coincidencias analizando rasgos disímiles, rastreando parentescos. Su labor ha de ser paciente, reposada, consciente de que solo una cooperación de especialistas largamente mantenida pueda aportar informaciones y contribuir a conocimiento cabal del pasado” (Acosta Saignes, 1974: 15-16).

El maestro Acosta saignes, como también se le conoció, criticó a los iniciadores de la arqueología del Buen Vecino en Venezuela por promover propuestas antinacionales:

“... Ciertamente Osgood y Howard no intentaron más de lo que el título de su libro expresaba: “An Archaeological Survey of Venezuela”, como dice “un vistazo arqueológico de Venezuela”. Pero la “teoría de la H” resultó una conclusión inquietante: ¿Es que en que

tiempos prehispánicos nadie había asentado sus plantas para la residencia secular o milenaria en nuestro país? Es que habíamos sido tierra condenada a las migraciones incesantes donde nunca habían arraigado culturas? Es que la tierra venezolana había sido tan estéril que nunca en ella se había desarrollado sociedades sedentarias estables y que nunca madurado aquí ninguna comunidad? Las afirmaciones preliminares Osgood y Howard se juntaban, lejos de las búsquedas arqueológicas técnicas, con inquietantes afirmaciones de historiadores antinacionales, basadas en circunstancias de que no quedaron en nuestro territorio grandes edificios, impresionantes pirámides o riquísimos entierros, como señuelos de huaqueros y pasmo de turistas rudimentarios. La cuestión apuntaba a la raíces del sentimiento de la nacionalidad, pues mientras a los niños y adolescentes peruanos, mexicanos, ecuatorianos, guatemaltecos, por ejemplo, reciben de sus mayores muchas vivencias que se acendran en los museos y en los libros de historia, a los estudiantes venezolanos se traslada errónea visión de que el país comenzó apenas en el día de la llegada de Colón, lo cual produce naturalmente un apego inmediato a las condiciones del colonialismo que algunos historiadores, todavía en 1974, ensalzan como única raíz de la formación nacional...” (Acosta Saignes, 1974a: 12).

El debate entre estas dos formas de hacer arqueología en Venezuela se libra en el contexto de la dictadura de Marco Pérez Jiménez que promovía su “Nuevo Ideal Nacional” y en el marco de la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, institución que adquirió una importancia trascendental para los estudios arqueológicos venezolanos debido a que cimentó en el país, junto con el Instituto de Antropología e Historia de la UCV, fundado por Miguel Acosta Saignes (Rodríguez, 1994), precisamente las dos posiciones teóricas-prácticas mencionadas en líneas anteriores y permitió, a finales de la década de los cincuenta del siglo XX, el egreso de los/as primeros/as arqueólogos/as formados/as como tales en el territorio venezolano (Meneses, 1992; 2001).

Para la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en el año de 1952 la universidad estadounidense de Wisconsin desempeñó un papel notable en su apertura. Producto de un convenio del “Consejo de la Reforma” de la UCV y la universidad estadounidense antes nombrada, se le confió, a George Hill, especialista en sociología rural, la tarea de reorganizar los estudios de sociología y antropología en Venezuela. En este sentido:

El doctor George Hill...(estuvo) como coordinador del Departamento de Sociología y Antropología de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, por invitación del ciudadano Presidente Coronel Marcos Pérez Jiménez, encomendándole la organización y coordinación del plan de estudio de ese Departamento... (*El Universal*: 24 09 54).

El objetivo fundamental del Departamento, según el propio Hill era:

...proporcionar a Venezuela un cuerpo de investigadores llamados no sólo a desempeñar los cargos académicos, sino también a ocupar cargos creados por el gobierno en su propósito constante de resolver problemas económicos y sociales, desde la incorporación pacífica de los indígenas a la vida nacional, hasta el mejoramiento de las relaciones obreras... (*El Universal*: 24 09 54).

Para el antropólogo Rodolfo Quintero, la contratación de antropólogos estadounidenses para la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en la UCV, respondía a la necesidad de asegurar que dicha escuela se convirtiera en una fábrica de teorías para estabilizar y fortalecer el régimen dictatorial de Marco Pérez Jiménez que favorecía los intereses políticos-económicos de los Estados Unidos en Venezuela, por esta razón, según Quintero, no se intentó la contratación de antropólogos/as europeos/as, por ejemplo (Quintero, 1964).

La fundación de la primera Escuela de Sociología y Antropología del país tenía, a nuestra manera ver, correspondencia clara con la importancia dada por los sectores oligárquicos venezolanos y los Estados Unidos de América de cristalizar el “Nuevo Ideal Nacional”, con el fin de acabar con las contradicciones de clases que eran enmascaradas con el supuesto ideal “nacional” para elevar a Venezuela al mismo nivel de las naciones desarrolladas del mundo. En este contexto sociohistórico, la antropología estadounidense reunía las condiciones para el éxito de dicho proyecto debido a su filiación a las teorías difusionista, funcionalistas y al positivismo en general, y al énfasis que le daba a la enseñanza de técnicas operacionales para la recolección de “datos” (Meneses, 1991).

No podemos dejar de mencionar que para los años cincuenta del siglo XX, también realizan investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano Helmuht Fusch y el hermano Basilio, investigadores que se encontraban adscritos a la Sociedad La Salle de Ciencias Naturales de Caracas y al Centro La Salle de Barquisimeto, estado Lara (Basilio, 1959).

Con los/as primeros/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, arranca un largo período del quehacer arqueológico venezolano que va a permitir, entre otras cosas, abrir nuevos espacios institucionales de investigación arqueológica en Venezuela y a consolidar dos maneras de asumir la investigación arqueológica: una que considera a la cultura como objeto de la arqueología; y la otra, que considera como objeto de estudio de la arqueología la historia.

4. 40 años después del Nuevo Ideal Nacional

A finales de los años cincuenta y comienzos de la década los sesenta del siglo XX con la instauración de la democracia representativa adeco-copeyana en Venezuela, la arqueología que es realizada en país sigue viviendo en términos generales de los influjos institucionales y prácticos que recibió por la puesta en mar-

cha del Nuevo Ideal Nacional. Podemos enumerar dos aspectos trascendentales del quehacer arqueológico venezolano que emerge de esta época y se prolonga por los últimos cuarenta años del siglo XX. El primero tiene que ver con que la investigación arqueológica en Venezuela la empiezan a desarrollar los primeros egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV en los años sesenta y la formación por parte de ellos/as de una generación de arqueólogos/as venezolanos/as que empiezan hacer arqueología en Venezuela; y, segundo, la fundación de instituciones y centros regionales de investigación arqueológica.

De las primeras investigaciones realizadas por los/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, algunas le dieron continuidad al modelo teórico implantado en Venezuela por los arqueólogos estadounidenses, agregándole condicionamientos ambientales para explicar la historia cultural de la llamada época prehispánica, profundizando de esta manera la tendencia que se gestó en Venezuela con la implementación de la Arqueología de Buen Vecino en nuestro territorio. Otras investigaciones realizadas por los primeros/as egresados/as buscaron alternativas interpretativas de los procesos históricos desarrollados por los pueblos que nos antecedieron amparándose en la técnica de seriación como técnica para ordenar los datos con fines cronológicos (Vargas, 1986). La primera forma de abordar la investigación arqueológica que hemos mencionado la encontramos en Erika Wagner con los trabajos realizados por dicha investigadora, entre los años de 1963 y 1971, en Carache y Boconó, en el estado Trujillo y en Mucuchíes en el estado Mérida, (Wagner, 1967; 1972) y en Alberta Zucchi que realizó, entre los años de 1964 y 1968, investigaciones arqueológicas en los llanos venezolanos, más específicamente en el estado Barinas (Zucchi, 1968;1975); y la segunda posición, se encuentra representada por los trabajos realizados a partir de 1963 por Mario Sanoja e Irida Vargas en la porción suroccidental del Lago de Maracaibo, la Cordillera Andina

de Mérida, La Península de la Guajira y el estado Lara (Sanoja, 1969; Sanoja y Vargas, 1967).

Las tendencias antes esbozadas van a copar los espacios académicos de investigación radicados en la región capital, a tal punto, que hacia la década de los años ochenta en Venezuela existían dos organizaciones que agrupaban los/as arqueólogos/as del país. La primera, a comienzos de la década de los sesenta del siglo XX, va a establecer su centro de operaciones en el recién fundado Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), organizado y dirigido por J. M. Cruxent y en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV. La segunda tendencia, inició sus investigaciones de campo a comienzos de los años sesenta en la Universidad de Los Andes en el estado Mérida, para luego trasladarse a la Sección de Arqueología del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (Vargas, 1986).

A juzgar por las publicaciones realizadas por Erika Wagner, sus trabajos arqueológicos se centraron fundamentalmente en Carache y Boconó, en el estado Trujillo; Mucuchíes en el estado Mérida y la cuenca del Lago de Maracaibo (Wagner, 1967; 1972).

De los trabajos de Wagner resalta el realizado en Carache, entre los años de 1963 y 1964 que se resume en la monografía *Prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el Occidente Venezolano*, que le sirvió de tesis doctoral en la Universidad de Yale para la época en cuestión (Wagner, 1988). En este trabajo, Wagner postuló, a partir de la variabilidad ecológica y los datos de los cronistas existentes para la zona andina, la existencia de diversos “patrones culturales” en la Venezuela “prehispánica”, llamándolos: “patrón andino”, “patrón sub andino” y el “patrón de selva tropical” (Wagner, 1967; 1980; 1988). Cada patrón cultural es el resultado de las adaptaciones culturales hechas por las comunidades “prehispánicas” que habitaron los diferentes pisos térmicos y altitudinales de los Andes venezolanos, de modo que, interpretan-

do a Wagner, los factores ambientales moldearon y determinaron el desarrollo histórico-cultural de las sociedades que nos antecedieron, negando así la capacidad creadora y recreadora de hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos y ancianas.

Simultáneamente, Alberta Zucchi trabajó desde 1964 en los Llanos de Barinas con la finalidad de estudiar arqueológicamente el origen, las características culturales y los sistemas agrícolas de las comunidades originarias que poblaron los Llanos.

También en los años sesenta, Mario Sanoja e Irida Vargas promovieron explicaciones de los contextos arqueológicos amparadas por un marco teórico funcionalista que le daba preponderancia al ecosistema para explicar el desarrollo histórico de los pueblos originarios que ocuparon nuestro territorio antes de la invasión europea (Sanoja, 1972 y Vargas, 1981). Es a partir de la década de los setenta del siglo XX, a raíz de un simposio celebrado en el Congreso de Americanistas de Lima, organizado por Luis Lumbreras, entre otros, que Vargas y Sanoja postulan desde la Universidad Central de Venezuela la Arqueología Social Latinoamericana, sustentada en los planteamientos filosóficos de Carlos Marx (Sanoja y Vargas, 1974).

En el año de 1974 Sanoja y Vargas publicaron *Antiguas formaciones y modo de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad venezolana (12.000 a.C. - 1.900 d.C.)*, obra que marcó el inicio de la Arqueología Social Latinoamericana en la práctica arqueológica venezolana y que se vio cristalizada a finales de la década de los ochenta con la publicación de Irida Vargas, *Arqueología Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela* (Vargas, 1990).

Como tendencia diferenciada de la arqueología del Buen Vecino, la Arqueología Social Latinoamericana reivindicó la labor de los/as arqueólogos/as como historiadores/as que debían

buscar en los contextos arqueológicos estudiados, las leyes causales de los procesos históricos impulsados por las sociedades aborígenes y sus conexiones con el presente y no quedarse en las formas fenoménicas de la realidad social que se expresan en la cultura. Se trataba entonces de estudios a partir de los contextos arqueológicos los procesos sociales e históricos que han determinado los procesos de etnogénesis de los Estados contemporáneos.

Pero es extremadamente importante decir que no sólo desde Caracas se hacía arqueología en el territorio venezolano, ya desde los años sesenta y setenta se realizaba investigaciones arqueológicas en los estados Aragua, Carabobo, Lara, Mérida y Táchira por instituciones que no tenían su sede en la capital.

Precisamente a partir de los años sesenta y setenta del siglo XX, se empezaron a fundar otras instituciones relacionadas con la investigación arqueológica en diversas regiones de Venezuela. Ya para el año de 1964, Henriqueta Peñalver fundó el Instituto de Antropología e Historia de los estados Aragua y Carabobo. Como una de las primeras arqueólogas egresada de la Escuela de Sociología y Antropología de la U.C.V., Peñalver, realizó distintas excavaciones en la cuenca del Lago de Valencia y fundó en los años sesenta, el Museo de Antropología del estado Aragua y el Museo Arqueológico del estado Carabobo. También en los años sesenta, a partir de los hallazgos de un cementerio aborigen en Quíbor, estado Lara, Adrián Lucena Goyo creó el Centro Antropológico y Paleontológico del Estado Lara, institución que le daría paso hacia el año de 1981, bajo la dirección del arqueólogo Luis Molina y la arqueóloga María Ismenia Toledo, al Museo Arqueológico de Quíbor.

Pero las fundaciones de centros regionales para la investigación arqueológica no pararon con las aperturas de los centros ubicados en la región central de Venezuela, hacia el estado Falcón y los estados andinos también se fundaron diversos centros de investigación arqueológica. De este modo se creó, por iniciativa de

Jorge Armand y Jacqueline Clarac de Briceño, a comienzos de los años setenta del siglo XX, el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes. También hacia el año de 1976 la arqueóloga Reina Durán fundó el Departamento de Antropología adscrito a la Gobernación del estado Táchira, realizando investigaciones arqueológicas a partir de 1977 en la porción tachirense del Sur del Lago de Maracaibo (Durán, 1998). Ambas instituciones, tanto la de Mérida como la del Táchira, se van a consolidar hacia los años ochenta del siglo XX, en el caso del Museo merideño, bajo la gestión de Jacqueline Clarac, el mismo fue reconocido por el Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes como una dependencia universitaria, asignándole el nombre de Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes; y en el caso del Táchira, se fundó el Museo del Táchira como una institución especializada en la labor arqueológica. De igual manera, a comienzos de los años ochenta, José María Cruxent fundó en Coro, estado Falcón el Museo de Cerámica Histórica y Loza Popular como una institución adscrita al Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas (CIAAP) de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda.

En perspectiva histórica, la década de los ochenta del siglo XX fue de mucha importancia para la arqueología en nuestro país. En esta década, por ejemplo, se crea la Escuela de Antropología de la UCV a partir de una separación de los estudios antropológicos de la Escuela de Sociología de la misma universidad y se concreta en Venezuela –y en Latinoamérica en general– la Arqueología Social Latinoamericana. También para esta década se consolidan e institucionalizan los centros de investigación arqueológica de Quíbor, Táchira y Mérida y se ponen en funcionamiento hacia el oriente venezolano el Departamento de Antropología de la Dirección de Cultura del estado Sucre, dirigido por el arqueólogo Luis Adonis Romero y el Centro de Investigaciones Arqueológicas del Ateneo de Carúpano, dirigido por el arqueólogo

Ricardo Mata (Mata, 2001). De igual forma, se crean dos instituciones con vida efímera en la arqueología venezolana: el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-Universidad del Zulia en el estado Zulia, dirigido Víctor Núñez Regueiro y Marta Tartusi y el Museo del Hombre en la Universidad Central de Venezuela, dirigido por Mario Sanoja e Iraidia Vargas (Vargas y Sanoja, 1992), ambas instituciones habían dejado de funcionar para los años noventa, por cuestiones político-económicas.

Para este período que estamos tratando, los/as seguidores/as de la arqueología del “Buen Vecino” y de la Arqueología Social Latinoamericana se van a mantener muy activos e inclusive van a coincidir en la necesidad de crear una organización para agrupar a todos/as los/as arqueólogos/as que laboraban en el país para ese entonces, con la finalidad de trabajar, entre otras cosas, en la conservación de los sitios arqueológicos que venían siendo saqueados y destruidos, tal como se había denunciado de manera contundente en el VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en Caracas en el año de 1977. De esta manera, nace para mediados del año 1981 la Asociación Venezolana de Arqueología (AVA), acreditada como Asociación Corresponsal de AsoVAC (Wagner, 1982). Sin embargo, por diferencias creadas por la incorporación de diletantes –aficionados que de alguna manera contribuían a la destrucción de los sitios arqueológicos– a dicha Asociación y por divergencias relacionadas con las posiciones teóricas existentes para ese entonces en la arqueología venezolana, surge en el año de 1982, la Sociedad Venezolana de Arqueólogos (SOVAR), asociada al Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela que para esa época funcionaba.

Tanto SOVAR como AVA van a tener una amplia actividad académica y de formación de sus asociados/as hasta su desaparición a comienzos de los años noventa del siglo XX. Ambas van a editar sus respectivos boletines donde se publicaron diversos trabajos de corte arqueológico. SOVAR editó a *Gens* y AVA publicó

su *Boletín*. Aparte de *Gens* y del *Boletín de AVA*, para la década de los años ochenta existían en Venezuela diversas revistas dedicadas a la publicación de investigaciones realizadas en el país por instituciones dedicadas a la labor arqueológica. Entre ellas podemos mencionar a *Quiboreña*, editada por el Museo Arqueológico de Quíbor; el *Boletín del Programa de Arqueología de Rescate*, editado por el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA; el *Boletín del Departamento de Antropología* del estado Táchira y el *Boletín Antropológico*, editado por el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes.

Producto del impacto que había tenido la Arqueología Social Latinoamericana, tendencia que tenía entre sus propulsores/as a la venezolana Iraida Vargas y al venezolano Mario Sanoja, Venezuela para los años ochenta se encontraba en el centro del debate de la arqueología mundial, situación que favoreció a Venezuela para que fuera sede en el año de 1987 de la Tercera Conferencia Internacional para el rescate arqueológico en el Nuevo Mundo, celebrada en Carúpano, estado Sucre y a comienzos de los años noventa se reconvirtiera en sede del Segundo Congreso Mundial de Arqueología (WAC), ambos eventos presididos por el profesor Mario Sanoja.

Hacia la década de los noventa el quehacer arqueológico venezolano entra en una etapa de reflujo debido a la desaparición de las organizaciones que agrupaban a los/as arqueólogos/as venezolanos/as, a que dejaron de circular las revistas que publicaban SOVAR y AVA, al cierre del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ, al declive de la labor investigativa de campo de parte de las instituciones existentes en el Oriente venezolano y al surgimiento, en el medio de la aplicación de políticas neoliberales en el país, de la llamada arqueología de contrato promovida por el recién fundado, para ese entonces, Instituto de Patrimonio Cultural.

La actividad arqueológica a finales de los noventa, se va a seguir realizando desde la Escuela de Antropología de la UCV, el Departamento de Antropología del IVIC y con una actividad bastante considerable desde el Museo Arqueológico de Quíbor, el Museo del Táchira y el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes.

Ahora bien, desde que se iniciaron los estudios arqueológicos en Venezuela se ha cabalgado con la cuestión de las colecciones arqueológicas que se constituyeron a partir de las investigaciones arqueológicas realizadas en territorio venezolano y la tarea de los diletantes, por cierto muy vinculada con la destrucción de los contextos arqueológicos, o lo que es lo mismo, con la destrucción del patrimonio arqueológico venezolano. Hoy nos preguntamos ¿dónde están y para qué sirven las colecciones arqueológicas que se han formado en estos cien años de arqueología venezolana? ¿Cuál es la utilidad social de los objetos y sitios arqueológicos que nos legaron los pueblos que nos antecedieron?

5. Situación y el uso social de las colecciones arqueológicas venezolanas

La situación y el uso social de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha sido de alguna manera un debate aún sin concluir que ha estado presente en la historia de la arqueología venezolana. Para los efectos del debate entendemos que las colecciones arqueológicas están constituidas por evidencias cerámicas –completas o semicompletas–, líticas, muestras de suelo, restos de faunas y vegetales y, restos óseos humanos, entre otros tantos posibles.

Discutir la cuestión de las colecciones arqueológicas adquiere relevancia en la actualidad, debido a que existen diferentes instituciones venezolanas y extranjeras –públicas y privadas– y coleccionistas privados que han estructurado colecciones en el devenir del tiempo, desconociéndose las cualidades y cantidades de dichas colecciones y más aun cuando en Venezuela no existen

museos de historia que utilicen dichas colecciones para que sirvan de soporte a los procesos pedagógicos de instituciones educativas y comunitarias. En fin históricamente hacia las colecciones arqueológicas no se han diseñado políticas específicas que permitan dar a conocer y darle utilidad social en los términos de las grandes mayorías del país.

La *Resolución* de Caracas redactada por Iraida Vargas, Mario Sanoja, Erika Wagner y Marcio Veloz Maggiolo, entre otros/as, en el contexto del VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en los años setenta del siglo XX, en el complejo de Parque Central en Caracas, recomendaba a los gobiernos prohibir la venta, la exportación e importación de piezas arqueológicas locales o extranjeras, evitar por medio de medidas especiales la destrucción de sitios arqueológicos y, algo muy importante para la conservación de las colecciones arqueológicas venezolanas, catalogar las piezas arqueológicas de colecciones públicas y privadas. En el caso de las colecciones privadas se pedía que cada dueño se debería convertir en el guardián oficial de las respectivas colecciones y no podía enajenarlas, ni venderlas, además que debería permitir el acceso al público para fines de estudio, exhibición y fotografía (Sanoja y Vargas, 1978). Lamentablemente, a juzgar por la lluvia de denuncias que se divulgaron en los años posteriores en Venezuela, dicha resolución no tuvo aplicación alguna en Venezuela.

La gran mayoría de los/as arqueólogos/as contemporáneos/as venezolanos/as se han preocupado por denunciar la destrucción y el saqueo de los sitios arqueológicos venezolanos y, por lo general, la mayoría han hecho hincapié que la solución de tal problemática pasa por la adecuación de la legislación venezolana a los avances de los estudios arqueológicos en el país, aunque otros/as hemos dejado claro que la solución de tal situación pasa indisolublemente por la elevación de la conciencia histórica de nuestra comunidades en relación a las determinaciones que han

incidido en los procesos sociohistóricos desarrollados por la sociedades que nos antecedieron (Meneses, 1994; Gordones, 1994).

Desde finales de los años setenta, hasta los comienzos de los años noventa del siglo XX, aprovechando los eventos internacionales que se celebraban en Venezuela en ese entonces, diversos/as arqueólogos/as venezolanos/as denunciaron públicamente el saqueo de diversos yacimientos arqueológicos que se encontraban en el territorio venezolano; tal situación no cambió, ni ha cambiado con la existencia desde 1993 del Instituto de Patrimonio Cultural.

Pero es que la cuestión de la conservación de las colecciones arqueológicas no es un tema nuevo en Venezuela, ya desde finales del siglo XIX, con los inicios de las investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano existía un amplio debate sobre la necesidad de frenar la fuga de colecciones del territorio venezolano.

Con las excavaciones arqueológicas realizadas por Vicente Marcano en el año de 1887, se logró formar una buena colección de piezas, que por primera vez en la historia venezolana provenían de una excavación arqueológica. Eran tiempos donde ya Adolfo Ernst había fundado hacia el año de 1871 el Museo Nacional en la Universidad Central de Venezuela, como un espacio donde se mostrarían las evidencias materiales –etnográficas y arqueológicas– que sustentaban la historia patria.

Entre Ernst y Vicente Marcano se desata un debate sobre el destino de las colecciones arqueológicas que resultaron de las investigaciones de campo que realizó el último. Comentaba Ernst en 1888, en una carta dirigida a su discípulo Lisandro Alvarado, la tristeza que sentía al comprobar que luego de la gran cantidad de dinero público gastado por el gobierno del General Guzmán Blanco en las investigaciones de Marcano para formar colecciones arqueológicas y etnográficas, todas fueron a enriquecer el Museo particular de Gaspar Marcano en París, sin que el Museo Nacional de Caracas haya recibido ni una sola flecha (Pérez, 1983).

Si bien es cierto que las colecciones resultantes de las investigaciones de Vicente Marcano no fueron a parar a la colección privada de su hermano Gaspar, un número de 507 piezas arqueológicas venezolanas fueron entregadas por Gaspar Marcano a la Sociedad de Antropología de París (Pérez, 1983). Paradójicamente por medio de Guzmán Blanco, Gaspar Marcano donó unas piezas arqueológicas egipcias y dos cráneos franceses modernos al Museo Nacional dirigido por Ernst (Ernst, 1987g).

La colección inicial del Museo Nacional regentado por Ernst se fue armando en la década de los ochenta del siglo XIX por diversas donaciones realizadas por venezolanos y extranjeros. Apenas habían pasado dos años de la fundación del Museo Nacional y ya contaba con 200 números en la colección etnográfica y 240 registros de piezas arqueológicas (Ernst, 1987g).

Producto del debate de Ernst y Marcano sobre las colecciones arqueológicas, Lisandro Alvarado en su *Etnografía Patria*, publicada por primera vez en el año de 1907 en el *Cojo Ilustrado*, nos decía para ese entonces que era necesario iniciar:

Un plan de exploraciones y excavaciones en los lugares más adecuados de la República es imposible realizar sin la protección del Gobierno Nacional; y es tanto más conveniente esta protección, cuanto que casi todo el material que podría enriquecer nuestro museo etnográfico va pasando poco a poco a formar parte de las espléndidas colecciones esparcidas por Europa... (Alvarado, 1989a:441).

Es que para la fecha en que Alvarado escribía su *Etnografía Patria* seguían saliendo colecciones arqueológicas (históricas) para Europa; un ejemplo de ello fue el envío al Museo Etnológico de Berlín de la colección que armó Alfredo Jahn en el año de 1903 con las excavaciones que realizó, por encargo de dicho Museo, en La Mata y Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Jahn, 1932).

En un informe realizado para el Ministerio de Instrucción Pública, Christian F. Witzke, Director en el año de 1908 del Museo Nacional, exponía que por problemas de seguridad de las vitrinas de dicho Museo, muchas piezas valiosas se había extraviado (Díaz, 2006). Sin embargo, hasta el mismo Witzke, fundador con Julio César Salas y Luis Oramas, entre otros, de la *Sociedad de Americanistas de Estudios Libres* y de la *Revista De Re Indica*, había vendido su colección arqueológica a Theodoor de Booy, enviado por el Museo Nacional del Indígena Americano de la Fundación Heye, perteneciente al Instituto Smithsonian de los Estados Unidos, (Oramas, 1917).

Con el advenimiento de la arqueología del Buen Vecino hacia los años treinta del siglo XX, el drama de las colecciones arqueológicas se va a profundizar, con la diferencia que las principales colecciones en vez de irse para Europa terminan, por el nivel de dependencia de Venezuela con Los Estados Unidos, en instituciones estadounidenses como el Museo Americano de Historia Natural, el Smithsonian Institution, el Museo de Arqueología y Etnología Americana de la Universidad de Harvard, la Universidad de Yale y la Universidad de California (Nomland, 1935; Bennett, 1937; Petruzzo, 1939; Kidder II, 1944 y Osgood y Howard, 1943).

El Museo Americano de Historia Natural de Nueva York tiene en posesión, dentro su colección, piezas arqueológicas (históricas) de toda Venezuela (Kidder II, 1944); además, tiene en sus depósitos las piezas colectadas en las excavaciones arqueológicas que realizó en La Mata, hacia el año de 1932, Wendell Bennett. Dicho Museo ya tenía en su haber una colección del mismo lugar que le habían comprado a Luis Gerónimo Martínez, entre los años de 1916 y 1918 (Osgood, 1943).

De igual manera, la Universidad de Harvard tiene en el Museo de Arqueología y Etnología Americana los materiales arqueológicos (históricos) reunidos en las excavaciones realizadas

por Alfred Kidder II en los años treinta del siglo XX, en la cuenca del Lago de Valencia y Boconó, estado Trujillo (Kidder II, 1944), y la Universidad de Yale mantiene en posesión colecciones arqueológicas de todo el país, colectadas en las investigaciones de campo realizadas por Cornelius Osgood y George Howard en la década de los treinta y los primeros años de la década de los cuarenta del siglo XX (Osgood y Howard, 1943).

En los años cuarenta del siglo XX, Osgood y Howard enviaron al Museo de Ciencias Naturales de Caracas un número interesante de piezas arqueológicas (históricas) obtenidas por ellos en el *survey* arqueológico que realizaron en Venezuela a comienzos de los años 40 del siglo veinte (Díaz, 2006); sin embargo, a juzgar por las publicaciones realizadas y por la información existente en el catálogo online del Yale Peabody Museum, nos damos cuenta que, tanto Osgood como Howard, no entregaron a la institución caraqueña todas las piezas obtenidas en dichas investigaciones (Osgood y Howard, 1943).

Una situación un tanto diferente se planteó con las colecciones arqueológicas estructuradas con las investigaciones arqueológicas adelantadas por Luis Oramas y Rafael Requena en la cuenca del Lago de Valencia. La colección Oramas fue comprada por el Estado venezolano para enriquecer el acervo patrimonial del Museo de Ciencias (Díaz, 2006), y la colección de Requena desembocó en la Fundación del Museo de Prehistoria de Maracay, que según el propio Requena contaba con más de tres mil registros (Requena, 1932a) y luego traspasada en buena parte de la colección arqueológica del Museo de Prehistoria de Requena, cerca de dos mil piezas, pasaron a formar parte del Museo de Ciencias de Caracas en el año de 1949 (Díaz, 2006).

Sabemos por diversas publicaciones realizadas en los primeros años del siglo XX que Mario Briceño Iragorri, Tulio Febres Cordero, Julio César Salas, Emilio Menotti Spósito, Luis Oramas, Alfredo Jahn y Almícar Fonseca (Kidder II, 1944; Fonseca, 1955),

tenían en su haber colecciones de piezas arqueológicas (históricas). Hoy en día sabemos que las colecciones de Briceño Iragorri y Oramas encontraron destino en el Museo de Ciencias de Caracas. De igual forma, la colección de Menotti Spósito se encuentra en el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes y la colección de Tulio Febres Cordero se encuentra en guarda y custodia en la Biblioteca Tulio Febres Cordero de la ciudad de Mérida.

Con las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Venezuela por Walter Dupouy, Antonio Requena y José María Crucent, la colección del Museo de Ciencias Naturales de Caracas vio aumentar sus números de registros de manera importante a partir de los años cuarenta hasta los años sesenta del siglo XX.

De igual forma, con los trabajos de campo realizados por el Hermano Esteban Basilio en el Valle de Carora, estado Lara, hacia los años cincuenta del siglo XX, se constituyó la colección arqueológica del Instituto La Salle de Barquisimeto, hoy en custodia del Museo de Barquisimeto en el estado Lara (Basilio 1959; Boulton, 1978). Situación similar se presentó en el devenir del tiempo con la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV y el Departamento de Antropología del IVIC que con el avance de las investigaciones realizadas en territorio venezolano por sus investigadores/as y estudiantes tesis, organizaron diversas colecciones arqueológicas importantes que muestran la complejidad histórica y social de las sociedades que nos antecedieron.

Esta novedosa situación presente en la realidad venezolana a partir de los años cuarenta y cincuenta, también aplica a los centros y programas de investigación y museos que se fundaron en Venezuela a partir de la década de los sesenta hasta los noventa del siglo XX, tales como: el Museo de Valencia y Maracay; el Museo Arqueológico de Quíbor; el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes; el Museo del Táchira; el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; el Museo de

Carúpano, estado Sucre; la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda de Coro; los proyectos de arqueología de rescate impulsados por la Corporación Venezolana de Guayana (CVG); las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Los Roques por la Fundación Los Roques, cuyas colecciones se encuentran hoy depositadas en la Unidad de Estudios Arqueológicos del Instituto de Estudios Regionales y Urbanos de la Universidad Simón Bolívar; y los programas de arqueología de rescate auspiciados por el Instituto de Patrimonio Cultural (IPC), cuyas colecciones arqueológicas resultantes se encuentran depositadas en dicho Instituto.

Llegado a este punto, nos preguntamos ¿Quiénes en la actualidad conocen las colecciones arqueológicas constituidas a partir de las investigaciones realizadas en el país en estos últimos cien años? y ¿Para qué han servido dichas colecciones? Realmente podríamos decir que la conocen parcialmente los/as investigadores/as dedicados/as a la arqueología en Venezuela que han leído las publicaciones hecha por los/as colegas. Las colecciones han servido, a nuestra manera de ver, para documentar los libros y los artículos realizados por los/as investigadores/as y para fortalecer programas museológicos-educativos impulsados por algunos museos, tales como el del Táchira, Quíbor y de la Universidad de Los Andes y para engrosar las colecciones de Universidades y museos ubicados en el exterior.

Para poner dos ejemplos emblemáticos de la arqueología venezolana contemporánea. El primero está relacionado con La Universidad del Zulia, institución que financió por medio del CONDES-LUZ una investigación arqueológica al profesor Ruperto Hurtado en los años ochenta en la población de Mecocal, hoy no se conoce el paradero de la colección arqueológica obtenida en dicha investigación que sirvió para desarrollar el modelo interpretativo de la Fase Mecocal de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo (Hurtado, 1984). El segundo ejemplo, lo tenemos con

la colección arqueológica que se armó con la implementación en los años ochenta del siglo XX del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; lamentablemente en la actualidad ni siquiera los/as zulianos/as conocen la existencia de dicha colección que está en manos de CORPOZULIA y en el plano general no se conocen las condiciones y la integridad física de dicha colección.

El conocimiento y la conservación de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha estado detreminado por cuatros aspectos fundamentales:

1. La concepción teórica que ha promovido el Estado venezolano y los entes privados que han hecho de nuestras colecciones arqueológicas un número indeterminado de “objetos-obras de arte”, vacíos de contenidos históricos y sociales.
2. Como consecuencia de lo anterior contamos con una legislación que considera a lo arqueológico como una ciencia que estudia los restos de la cultura material –objetos– dejados por las sociedades que nos antecedieron.
3. La “transferencia” ilícita –saqueo– hacia los países del norte, fundamentalmente Francia, Alemania y los Estados Unidos, de importantes colecciones que se estructuraron a partir de investigaciones arqueológicas realizadas por investigadores/as venezolanos y extranjeros/as y por diletantes que vendieron sus colecciones a instituciones extranjeras.
4. La ausencia de las comunidades en todo el proceso de conocimiento y conservación de las colecciones que se derivan de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el país.

Indudablemente que estos aspectos se encuentran estrechamente vinculados entre sí, no podríamos hablar de uno sin dejar de hacer consideraciones sobre los otros. Los mismos se encuen-

tran condicionados a como se ha concebido la arqueología en Venezuela. A partir de la implantación de la arqueología del Buen Vecino en los años treinta del siglo XX, para las instituciones públicas y privadas, y para las comunidades, la arqueología es vista como una especialidad dedicada al estudio de los restos materiales –objetos– de las sociedades prehispánicas que se pueden encontrar en el territorio venezolano. Para los/as seguidores/as de esta tendencia, la arqueología no estudia los procesos históricos, la arqueología estudia la cultura, en tanto a cultura, la mayoría de las veces es homologada con las bellas artes, punto este donde radica fundamentalmente el problema del conocimiento y conservación de las colecciones arqueológicas como parte primordial de los procesos históricos-sociales de las sociedades que nos antecedieron en el territorio que hoy forma parte de la República Bolivariana de Venezuela.

Un ejemplo típico de esta situación lo tenemos en las muestras de suelos que han sido extraídas en investigaciones arqueológicas. Estas muestras nos pueden dar luces, entre otros aspectos, de las dietas, usos de los espacios domésticos, plantas cultivadas y la flora, en fin nos pueden dar evidencias de la vida cotidiana de los pueblos que nos antecedieron; sin embargo, en ningún inventario patrimonial de colecciones arqueológicas en Venezuela, y sin temor equivocarnos del mundo, se conservan las muestras de suelo con fines patrimoniales una vez que los/as arqueólogos/as hayan realizado sus labores investigativas.

De esta realidad esbozada deviene indudablemente la noción de “bien cultural”, concepto profundamente aceptado y difundido cuando entablamos discusiones sobre la cuestión patrimonial. Escribía Hugues de Varine, hacia los años ochenta del siglo XX que el fenómeno primordial –el que condiciona todos los demás– era la aparición del concepto de bien o propiedad cultural. Decía que era paradójico que a partir del momento en que esos bienes se despojan de su propósito intrínseco, perdiendo su utili-

dad funcional primaria, son llamados bienes culturales a condición que se les juzgue merecedor de ser conservados y admirados por su belleza y por lo raro o escaso del llamado bien cultural (Varine de, 1983). Este es el puesto que se la ha asignado a las colecciones arqueológicas en una Venezuela –y en un mundo– donde la forma de propiedad capitalista es la fundamental, mientras más antiguo y más raro es el testimonio objetual del pasado, la valorización intelectual y económica del llamado “bien patrimonial” adquiere mayor relevancia.

En relación a la “transferencia” ilícita –forma de saqueo patrimonial– de importantes colecciones arqueológicas constituidas a partir de investigaciones de campo realizadas por investigadores/as venezolanos/as y extranjeros/as hacia países del norte, que es otro de los puntos tratado, el problema es aun mayor debido a que no ha existido nunca una política de Estado para la repatriación de dichas colecciones.

El saqueo del patrimonio –transferencia ilícita– se ha hecho de diversos modos, de forma violenta por medio de las guerras y de manera “pacífica” a través de las investigaciones científicas. Ambos casos se encuentran estrechamente relacionados con los procesos de colonización y con la colonialidad del poder (Quijano, 2007; Mignolo, 2003), en el sentido de los procesos de dominación-explotación y todos aquellos mecanismos académicos y culturales, en fin ideológicos, que producen y reproducen los mecanismos de sujeción colonial que son los que definitivamente han perpetuado la dominación imperialista sobre nuestros pueblos.

En el contexto de esta discusión, es bien interesante recordar aquí que a finales del siglo XVIII un venezolano como Francisco de Miranda entabló con Antoine Quatremère de Quincy un intercambio de correspondencias donde discutían, hacia el año de 1796, lo nocivo del desplazamiento de monumentos de arte y el desmembramiento de escuelas y museos de Italia por parte del

ejército napoleónico en provecho de la República francesa (Quatremère de Quincy, 1998). Quatremère de Quincy le ponía como ejemplo a Miranda lo que decía el historiador griego Polibio, que planteaba la equivocación de los romanos al transportar a Roma los cuadros y las estatuas de las ciudades conquistadas, aspirando dicho historiador que los conquistadores del futuro aprendieran de sus reflexiones a no despojar las ciudades que sometan y a no hacer de las calamidades del prójimo el adorno de su patria (Quatremère de Quincy, 1998).

A partir de de 1791 Francia promovió y desarrolló como política de Estado, producto de las propuestas de la Sociedad Popular y Republicana de la Artes y en nombre de la “libertad” y del “bien de la humanidad”, el saqueo del patrimonio histórico y cultural de los países que estaba invadiendo para ese entonces, Italia, Bélgica y el Norte de África. Según Pommier, los dominios de la Francia de finales del siglo XVIII, legitimados por un discurso de lo “universal” y de la “libertad”, no se tradujo solamente en anexiones territoriales y en la creación de Estados vasallos, sino en una política sistemática de saqueo cultural que desembocó en el fortalecimiento de las colecciones del Museo Nacional de las Artes, hoy el Museo del Louvre (Pommier, 1998). Es importante traer aquí en el contexto de la discusión que las luchas imperiales entre Francia e Inglaterra llevó a Napoleón Bonaparte a iniciar la invasión a Egipto para cortar la ruta inglesa hacia la India, momento histórico que Pierre-Francois Bouchard, integrante del ejército francés, en el año de 1799, “encontró” en una excavación en la población egipcia de Rashid la llamada –en lengua francesa– Piedra de la Rosetta que posteriormente fue enviada al Museo Británico de Londres debido al triunfo británico sobre los franceses.

Pero es que no solamente el imperio romano y el francés saquearon las obras de artes y las estatuas de los países conquistados, España en América devastó templos y piezas de orfebrería de los pueblos conquistados de nuestro continente para transformar-

los en lingotes de oro. Inglaterra devastó los sitios arqueológicos de Egipto. Alemania saqueó las obras de arte de los países europeos invadidos durante la segunda guerra mundial y la Unión Soviética expolió las obras de artes que se encontraban en Berlín en las postrimerías de la segunda guerra mundial. Recientemente los Estados Unidos en su invasión a Irak saquearon los museos y bibliotecas de Bagdad. En fin se trata de algunos ejemplos violentos, asociados a procesos de conquista y colonización, donde se ha expoliado el patrimonio cultural de las naciones vencidas por parte de potencias imperiales con la finalidad de aniquilarlas culturalmente y continuar por otras vías el coloniaje (Meneses et al, 2007).

Precisamente en el contexto de las luchas de liberación-descolonización llevadas adelante por los llamados países del tercer mundo en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX, se firma en París en el año de 1970 la convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales, que buscaba la devolución del patrimonio cultural expropiados por los países imperiales durante la época colonial (UNESCO, 1986); sin embargo, aunque se ha logrado la liberación de muchos países colonizados, las grandes potencias coloniales se resisten a devolver a las regiones de origen los bienes culturales expoliados durante la conquista y colonización (Shaw, 1986).

Pero en el caso nuestro, el venezolano, el saqueo patrimonial por parte de potencias extranjeras (Estados Unidos, Francia y Alemania) no se ha hecho por la vía de la guerra, tal como lo hemos visto en líneas anteriores. El saqueo por potencias extranjeras del patrimonio arqueológico venezolano –que es lo que nos interesa para los efectos de este trabajo– se ha realizado de manera camuflajeada bajo el manto de las “investigaciones científicas”. Esta afirmación la hacemos basados en la convención de la UNESCO, firmada en París en el año de 1970 para tomar medidas

que prohíban e impidan, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente, redactado en Italia en el mes de junio de 1995 y en donde Venezuela participó como Estado observador (Renfrew, 2000; UNESCO, 2006).

En la convención de la UNESCO mencionada y el Convenio de UNIDROIT, por cierto no suscritos y ratificados por Venezuela, se especifican las competencias sobre los bienes que se desprenden de las excavaciones arqueológicas ordinarias y clandestinas relacionadas con la importación y exportación lícita e ilícita y se considera, en el caso del convenio de la UNIDROIT que un bien arqueológico robado es aquel que ha sido obtenido de una excavación ilícita, o de una excavación lícita pero conservado ilícitamente. También se considera ilícita la exportación de un bien cultural con fines de exposición, investigación o restauración que no haya sido devuelto de conformidad al país de origen.

Sabemos por la historia de la arqueología venezolana que hemos resumido en este trabajo que importantes colecciones arqueológicas se encuentran en instituciones estadounidenses tales como el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard, el Museo Nacional del Indio Americano del Instituto Smitshoniano, el Museo Nacional de Historia Natural de Nueva York; alemanas como el Museo Etnográfico de Berlín y, francesas como en recién fundado Museo del Quai Branly de París que sustituyó al Museo del Hombre.

Solamente, para poner un ejemplo de esta realidad, en el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, institución a la cual pertenecían Cornelius Osgood, George Howard, Irving Rouse y Patrick Gallagher, según su catálogo que se localiza en Internet, se encuentran 35.224 registros arqueológicos correspondientes a pie-

zas venezolanas extraídas de nuestro país bajo el pretexto de la investigación arqueológica científica (Yale Peabody Museum, 2006).

Esta realidad se fue configurando en el devenir del tiempo debido a la ausencia de las comunidades organizadas en aquellos sitios donde se realizaron las excavaciones arqueológicas y en la no participación de las mismas en la definición de políticas culturales y museísticas en Venezuela (Meneses, 1994; Gordones, 1994). Evidentemente la no participación de las comunidades en estos procesos, ha estado determinada factores políticos, sociales y culturales presentes desde la fundación misma de la República hasta finales del siglo XX.

A nuestra manera de ver, uno de los factores más importante y determinante fue el forjamiento de una nueva identidad social colectiva con la situación histórica y geográfica planteada en Venezuela a partir del 1830 a raíz de nuestra separación de la Gran Colombia, que trajo como consecuencia que se realizara un amplio debate público sobre el conocimiento, la enseñanza y la difusión de nuestra historia (Harwich, 1988).

En los medios educativos y políticos, la concepción de pueblos con historia y pueblos sin historia, lo que es lo mismo: prehistoria e historia se impuso y se tradujo en que todos los procesos desarrollados antes de la invasión europea-española eran prehistóricos debido a la carencia, entre otras cosas, de la escritura; y los procesos iniciados por los colonizadores europeos, eran históricos gracias a que los “civilizadores” “introdujeron” en nuestros territorios, entre otras cosas, la escritura.

En este contexto, los textos de Indias como los de Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, editada por segunda vez en el año de 1847 (Pardo, 1991) y de José de Oviedo y Baños, “*Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, reimpresa en Caracas en el año de 1824 (Oviedo y Baños, 1982), y los libros: *Resumen de la historia de Venezuela* de Rafael María Baralt, publicado en 1841 y el *Resumen de la*

geografía de Venezuela de Agustín Codazzi, también de 1841 (1940), sirvieron, hacia mediados del siglo XIX, y pudiéramos decir buena parte del XX, de base para el conocimiento y la divulgación de la historia de Venezuela y por ende para la construcción de un imaginario colectivo que le dio continuidad, por medios no militares y políticos administrativos, al imaginario impuesto por la dominación colonial europea en un primer momento y luego estadounidense (Borja, 2002; Quijano, 2007, Mignolo, 2003).

Es así como las descripciones destacadas en los textos de Indias, transformados en “crónicas” y fuentes para el conocimiento de nuestra historia por la historiografía del siglo XIX, de indios inhumanos e idólatras, negros no civilizados y misioneros y ejércitos civilizadores, contribuyeron al triunfo de un imaginario colectivo que se instauró con la conquista y la colonización de América que reforzaba la superioridad de los/as europeos/as y la población blanca criolla y la inferioridad de los pueblos indios, mestizos y mulatos de Venezuela.

En el despliegue mundial del pensamiento capitalista moderno, también fueron naturalizadas las identidades sociales colectivas, clasificando socialmente a las comunidades y a los pueblos del mundo en indios y razas (Quijano, 2007). En el caso de América, exceptuando quizás a los aztecas, incas, chibchas y mayas, todos los demás pueblos originarios del llamado Nuevo Mundo quedaron reducidos a la categoría de indio, categoría que nos remite ineludiblemente a dos condiciones históricas que se han hecho recurrentes en nuestro mundo: la condición racial y a la condición colonial (Bonfil, 1972; Quijano, 2007).

La raza como categoría de clasificación social fue una invención asociada con el nacimiento de América (Quijano, 2007) y en lo político otorgó legitimación a las relaciones de dominación colonial que continuaron con la fundación de la República, en los términos de la definición de hombres y mujeres superiores –por ejemplo, los/as de sangre pura– y hombres y mujeres inferiores,

por ejemplo, indios, negros, mulatos y zambos. Como razas, Indios, Negros, Zambos y Mulatos se constituyeron para América, y en Venezuela en particular, en identidades sociales homogenizadas que aglutinaron conglomerados humanos jerarquizados con distintos roles y puestos en la sociedad.

Para la oligarquía criolla del siglo XIX, y la del presente también, incorporar a Venezuela a la modernidad significaba igualarnos en lo formal a Europa, por lo tanto, era importante seguir legitimando el papel “civilizador del europeo”, y aunque las llamadas razas mezcladas o mixtas eran las mayorías del país, los intelectuales orgánicos de la época, siguiendo la filosofía de la conquista (Zavala, 2005) denigraron e invisibilizaron a los/as afrodescendientes (mulatos), resaltaron los aportes de los blancos criollos para orientar al país por los senderos de la civilización, y le dieron importancia al estudio del pasado indígena, en tanto que ese pasado, no el presente indígena, era considerado para la comprensión de nuestra historia un estadio social y cultural exento de toda mezcla (Vargas, 2005 y 2007).

Una vez legitimados ideológicamente e históricamente los blancos criollos como raza superior, operó en lo práctico la no participación de las grandes mayorías del país en asuntos estratégicos de definición de políticas de Estado, delegando –democracia representativa– precisamente en esa minoría oligárquica –la blanca criolla– asuntos de trascendencia como el que estamos tratando en este trabajo.

Sin embargo, a mediados de los años ochenta del siglo XX, las grandes mayorías del país profundizaron la organización y movilización política por la conquista reivindicaciones económicas, sociales y por espacios de participación para la definición de políticas estratégicas del Estado, organizaciones y movilizaciones (rebeliones), reprimidas de manera brutal (allanamientos, desapariciones forzadas, muertos y presos políticos con juicios miliares,

entre otras consecuencias) por la burguesía venezolana y sus operadores políticos de ese entonces.

Las luchas populares crearon las condiciones para que en Venezuela, a finales de los años 90 del siglo XX, bajo el mandato de Hugo Chávez Frías, se convocara una Asamblea Constituyente con la finalidad de redactar una nueva Constitución de la República, que entre otras cosas, consagrara la democracia protagónica en re-empleazo de la democracia representativa burguesa. Dicha constitución fue aprobada en referendo nacional a finales de 1999, abriendo el paso, por medio de la organización en Consejos Comunales, a la participación comunitaria en cuestiones trascendentales del Estado.

De esta manera, es importante destacar el papel que vienen jugando algunos Consejos Comunales en la elaboración de proyectos relacionados con la restitución, resguardo y conservación del patrimonio arqueológico venezolano. Un ejemplo de esta realidad lo tenemos en el Consejo Comunal de Los Roques que busca según sus propias palabras:

“Recuperar nuestro patrimonio histórico: Más de 300 estatuillas fueron sacadas del archipiélago, sin dejar constancia o participación a los pobladores del hallazgo. “Museo de los Roques” Se recuperaran algunas de las piezas o al menos copias, se expondrán los árboles genealógicos de las dos familias mas importantes de los roques con fotos, se expondrán la foto de los pescadores mas viejos con una leyenda, se expondrá la formación geológica de el archipiélago a través de maquetas, contaremos con videos, sonido, muestras momificadas o conservadas de animales marinos, se dividirá en varias zonas, pobladores, fauna, flora, arqueología, historia, etc.” (Consejo Comunal de Los Roques, 2007).

Llegado a este punto es importante trabajar en función de darle utilidad social a las colecciones arqueológicas que se han constituido, como lo hemos evidenciado en este trabajo, en el devenir del tiempo. Para alcanzar tal fin, se hace necesario

conceptualizar que las colecciones arqueológicas son las expresiones fenoménicas de los procesos históricos promovidos por las comunidades que nos antecedieron en el territorio que hoy ocupamos, partiendo de esta premisa, se haría necesario iniciar entonces un plan de ordenamiento para darle coherencia a todo este material histórico que permita dar a conocer por medio de una Red de Museos de Historia las complejidades sociohistóricas impulsadas por los grupos humanos organizados que nos precedieron en los territorios que hoy forman parte de la geografía de la República Bolivariana de Venezuela.

De esta manera, se hace necesario trazar una política de Estado que contemple:

1. La incorporación y participación de los Consejos Comunales e instituciones públicas especializadas del Estado, que son guarda y custodia de las colecciones arqueológicas (Universidades, CORPOZULIA, CVG y Museos), en la construcción de una Red Nacional de Museos de Historia de Venezuela que abarque lo nacional, lo regional y lo local.
2. Como parte de esta política de Estado se debe iniciar de manera inmediata un proceso de repatriación hacia nuestro país y restitución hacia las regiones de las colecciones arqueológicas que se han constituido en Venezuela. Para iniciar la repatriación de las colecciones arqueológicas que se encuentran en el exterior, se hace necesario que el Estado venezolano suscriba la convención de la UNESCO sobre la prohibición de la importación, la exportación y la transferencia de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente.

En conclusión se trata de crear las condiciones políticas e institucionales que permitan darle utilidad social a las colecciones

arqueológicas venezolanas en el contexto de la creación de la Red Nacional de Museos de Historia con el fin último de combatir la colonialidad y apuntalar la soberanía de nuestra República.

6. Bibliohemerografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1974. "Prólogo". En: Mario Sanoja e Iraida Vargas. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad Venezolana (12.000 a.C.-1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- ALVARADO, Lisandro. 1904. "Construcciones prehistóricas". En: *La industria*, N° 7, Caracas.
- ALVARADO, Lisandro. 1989a. "Etnografía Patria". En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas, pp. 422-475.
- ALVARADO, Lisandro. 1989b. "Objetos prehistóricos de Venezuela". En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas, pp. 480-488.
- BASILIO, Esteban. 1959. *Cerámica de Camay, Estado Lara, Venezuela*. La Salle, Caracas.
- BENNETT, Wendel. 1937. *Excavations at La Mata, Maracay, Venezuela*. Anthropological paper of the American Museum of Natural History, New York City.
- BONFIL, Guillermo. 1972. El concepto de indio en América: Una Categoría de la situación colonial. En: *Anales de Antropología*, Vol. 9, México. pp. 105-124.
- BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto. 2002. *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*. Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- BOULTON, Alfredo. 1978. *El arte en la cerámica aborígen de Venezuela*. Caracas.

- Consejo Comunal de Los Roques. 2007. *Museo de Los Roque*. Disponible en: http://www.consejocomunallosroques.org/index_files/plandesarrollo/index_files/Page485.htm (consulta: 6 de febrero).
- CRUXENT, José María. 1945. "Notas sobre algunos metates y morteros del Museo de Ciencias Naturales (Caracas)". En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo I, No. 1, Caracas, Venezuela.
- CRUXENT, José M. y Irving Rouse. 1982. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano Editor, Caracas.
- DÍAZ, Natalia. 2006. *La documentación de las colecciones arqueológicas del Lago de Valencia: documentación y nueva museología*. Alcaldía de Valencia, Venezuela.
- DUPOUY, Walter. 1952. "La teoría de la H. Venezuela encrucijada de las influencias culturales pre-colombinas". En: *Tierra firme*, Año 1, No. 2, Caracas, pp. 16-17.
- DUPOUY, Walter; Antonio Requena, y J. M Cruxent. 1948. "La estación arqueológica del río Memo, Estado Guárico (Venezuela)". En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo III, Nos. 1-4, Caracas, Venezuela, pp. 29-62.
- DURÁN, Reina. 1998. *La prehistoria del Táchira. Excavaciones arqueológicas*. Museo del Táchira, San Cristóbal, Venezuela.
- EDELCA. 2007. "Rescate Arqueológico". Disponible en: www.edelca.com.ve/ambiental/arqueologico.htm (Consulta: 7 de marzo).
- ÉDOUARD, Pommier de. 1998. "Introducción y notas". En: Quatremère de Quincy, Antoine: *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- ERNST, Adolfo. 1987a. "Misceláneas antropológicas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 33-33.
- ERNST, Adolfo. 1987b. "Antigüedades Indias de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 53-67.

- ERNST, Adolfo. 1987c. "Petroglifos de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 723-735.
- ERNST, Adolfo. 1987d. "Petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 93-101.
- ERNST, Adolfo. 1987f. "Adquisiciones recientes del Museo Nacional". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 643-647.
- ERNST, Adolfo. 1987g. "Una nueva hacha de Jade (Nefrita) y las placas sonoras de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 93-113.
- GALLAGER, Patrick. 1976. *La Pitta: An archaeological series in northwestern Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 66, USA.
- GASSÓN, Rafael y WAGNER, Erika. 1998. "El programa de arqueología del Caribe y su impacto en la arqueología venezolana: antecedentes y consecuencias". En: Emanuele Amodio (Editor). *Historias de la antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad del Zulia, Maracaibo.
- GORDONES, Gladys. 1994. "Etnicidad, arqueología y patrimonio. Implicaciones de la destrucción del patrimonio arqueológico en el estudio de la etnicidad". En: *Fermentum*. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida, pp. 33-39.
- HARWICH, Niñita. 1988. "La génesis de un imaginario colectivo: La enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, No. 282, Caracas.
- Humboldt, Alejandro De (1985). *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Tomo Monte Ávila Editores, Caracas.
- HURTADO, Ruperto. 1984. Arqueología del noreste del Lago de Maracaibo. La Fase Mecocal. Centro de Estudios Históricos, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia. Mimeografiado.
- JAHN, Alfredo. 1932. Los cráneos deformados de los Aborígenes de los Valles de Aragua. Observaciones antropológicas. Trabajo presen-

- tado a la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales. Disponible en: <http://200.2.12.152/cic/ajhdigital/paginas/archivodigital.html> (Consulta: 2 de octubre de 2007).
- JAHN, Alfredo. 1973. *Los aborígenes del occidente de Venezuela*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- KIDDER, Alfred II. 1944. *Archaeology of northwestern Venezuela*. Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Vol. 26, No. 1, Cambridge.
- LARES, Ignacio. 1950. *Etnografía del estado Mérida*. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, No. 7, Mérida.
- LEWIS, B. R. 1949. "Notas preliminares de una investigación arqueológica". En: *Memorias de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*. Tomo IX, No. 23, Caracas.
- MARCANO, Gaspar. 1971. *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas.
- MARCANO, Vicente. 1971. "Resumen de las exploraciones practicadas por la comisión de antropología". En: Gaspar Marcano: *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas, pp. 349-352.
- MATA, Ricardo. 2001. *Arqueología del siglo XX. Tendencias y autores en la arqueología de América Latina*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- MENESES, Lino. 1991. *Arqueología y realidad: una aproximación a desarrollo histórico de la arqueología en Venezuela*. Trabajo final de grado. Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- MENESES, Lino. 1992. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela" En: *Boletín Antropológico*. No. 25, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, pp. 19-37.
- MENESES, Lino. 1994. "Patrimonio y comunidad. La importancia de la participación comunitaria en la defensa y protección del patrimonio arqueológico". En: *Fermentum*. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida, pp. 47-56.

- MENESES, Lino. 2001. "El desafío de la arqueología venezolana en el nuevo milenio: La producción de un conocimiento socialmente útil". En: Lino Meneses P. y Gladys Gordones R. (Editores) *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- MENESES, et al, 2007. "Presentación". En: Lino Meneses P., Gladys Gordones R. y Jacqueline Clarac. (Editores). *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Museo arqueológico/ULA, CONAC, Ediciones Dábanatà, Mérida.
- MENESES, Lino y Gladys Gordones. 2001. *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- MIGNOLO, Walter. 2003. *Historias locales / Diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Ediciones Akal, Madrid.
- MOLINA, Luís y María Mercedes Monsalve. 1985. *Sicarigua. Estudio preliminar del modo de vida y formas agrarias en un yacimiento arqueológico del noreste de Venezuela*. Serie monografías y Ensayos, Ediciones de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Caracas.
- MOLINA, Luís. 1990. *Tras las huellas de animales antediluvianos, Antigüedades Indias, cultura. Contribución a la historia de la arqueología y la paleontología del estado Lara Venezuela 1852-1989*. CCOP-CONAC, Caracas.
- NAVARRETE, Rodrigo. 2004. *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela*. Ediciones FACES/UCV y Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- NOMLAND, Gladys. 1935. *New archaeological sites from the State of Falcón, Venezuela*. University of California Press, Berkeley, California.
- ORAMAS, Luís. 1917. *Apuntes sobre arqueología venezolana*. Pan-American Scientific Congress, Proceedings, Vol. 1, Washington.
- OSGOOD, Cornelius. 1943. *Excavations at Tocorón, Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 28, USA.

- OSGOOD, Cornelius y George Howard. 1943. *An Archeological survey of Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 27, USA.
- OVIEDO Y BAÑOS, José. 1982. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Ediciones Fundación Cadafe, Caracas.
- PARDO, Isaac. 1991. *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas.
- PATTERSON, Thomas. 1988. "Los últimos sesenta años: Hacia una historia social de la arqueología americanista en Los Estados Unidos". En: Thomas Patterson: *La Historia y la Ideología de la Arqueología Estadounidense*. Manuscritos inéditos.
- PETRULLO, Vincenzo. 1939. *Archeology of Arauquin*. En: *Anthropological Papers*, No. 12, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington.
- QUATREMÈRE DE QUANCY, Antoine. 1998. *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- QUIJANO, Aníbal. 2007. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (Editores): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana-Siglo del Hombre Editores, Argentina.
- QUINTERO, Rodolfo. 1964. "Intervenciones". En: *Memoria. Escuela de Sociología y Antropología. X Aniversario de la Escuela de Sociología y Antropología*. Edición Especial del *Boletín Bibliográfico* Ediciones, Facultad de Economía. U.C.V., Caracas.
- REQUENA, Rafael. 1932a. *Vestigios de la Atlántida*. Tipografía Americana, Caracas.
- REQUENA, Rafael. 1932b. "El Libro del Doctor Requena. Diario de las excavaciones arqueológicas practicada en los cerritos del Valle de Tacarigua" En: *El Universal*, 6 de agosto, Caracas, p. 1.
- Rodríguez, Omar. 1994. *El antropólogo como objeto. Lecciones vivas de Miguel Acosta Saignes, Mario Sanoja y Gustavo Martín*. Fondo Editorial Tropykos, Ediciones FACES/UCV, Caracas.

- RENFREW, Colin. 2000. *Loot, legitimacy and ownership. The ethical crisis in archaeological*. Duckworth debates in archaeology, Londres.
- ROJAS PAÚL, Juan P. 1970. "Mensaje que el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, presenta al Congreso Nacional en 1889". En: *Mensaje presidenciales*, Tomo II, Caracas.
- SALAS, Julio C. 1918. "Estudios americanistas: Los orígenes". En: *Ciencia y Hogar. Revista quincenal de medicina, ciencia e higiene doméstica*, Año I, No. 6, Caracas.
- SANOJA, Mario. 1969. *La Fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario. 1972. *Ecología y arqueología. Introducción al estudio de las influencias ambientales en el desarrollo cultural*. Ediciones de la Biblioteca, UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1967. "Proyecto: Arqueología del Occidente de Venezuela. Primer informe general. 1967". En: *Revista Economía y Ciencias Sociales*. Año IX, No. 2, FACES/UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1974. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad Venezolana (12.000 a.C.- 1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1978. "VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas". En: *Boletín Indigenista*. Tomo XVIII, No. 14, Caracas, pp. 63-106.
- SHAW, Thurstan. 1986. "¿Guardianes o propietarios?" En: *Museum*, No 149, UNESCO, París, pp.46-48.
- SPINDEN, Herbert 1916. "New data the archaeology of Venezuela". En: *Proceedings National Academy of Sciences*, New York, pp. 325-328.
- TORO, Elías. 1906. *Antropología general y de Venezuela precolombina*. Tipografía Herrera Irigoyen, Caracas.

- TRIGGER, Bruce 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona, España.
- UNESCO. 1986. "Retorno y restitución de los bienes culturales: examen de la situación". En: *Museum*, N° 149, París.
- UNESCO. 2006. *Medidas jurídicas y prácticas contra el tráfico ilícito de bienes culturales*. Sección de Normas Internacionales, División del Patrimonio Cultural, París.
- YALE Peabody Museum. 2006. "*Research&collections*". Disponible en: <http://research.yale.edu/cgi-bin/cgiwrap/yypm3/Query.Ledger?LE=ant&ST=2&TX=&HT=&CN=&LO=VenezuelaTocoron&PE=&OT=&ID=&SO=1> (Consulta: 24 de octubre).
- VARGAS, Iraida. 1976. "Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas. 1880-1936". En: *Semestre Histórico*, No. 3, Caracas.
- VARGAS, Iraida. 1986. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela". En: *Quiboreña*. Año 1, No. 1, Museo Arqueológico de Quíbor, Quíbor, estado Lara.
- VARGAS, Iraida. 1990. *Arqueología Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha, Caracas.
- VARGAS, Iraida 2005. "Visiones del pasado indígena y el proyecto de una Venezuela futura". En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 11, No. 2, Caracas. pp.187-210
- VARGAS, Iraida. 2007. "Antropólogos y Antropólogas para qué". En: Lino Meneses P., Gladys Gordones R. y Jacqueline Clarac. (Editores). *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Museo arqueológico/ULA, CONAC, ediciones Dábanatà, Mérida.
- VARGAS, Iraida y Mario Sanoja. 1992. *Historia, identidad y poder*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- VARINE, Hugues de. 1983. "Violación y saqueo de las culturas: un aspecto de la degradación de los términos del intercambio cultural entre las naciones". En: *Museum*, No 139, UNESCO, París, pp. 152-157.
- WAGNER, Erika. 1967. "Patrones culturales de los Andes venezolanos" En: *Acta científica Venezolana*, No. 18, Caracas, pp. 5- 8.

- WAGNER, Erika. 1972. “Protohistoria e historia inicial de Boconó, Estado Trujillo”. En: *Antropológica*, No. 33, Caracas, pp. 39-60.
- WAGNER, Erika. 1982. “El papel de la Asociación Venezolana de Arqueólogos (AVA)”. En: *Acta Científica Venezolana*. Vol. 33, No. 5, Caracas.
- WAGNER, Erika. 1988. *La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente venezolano*. Ediciones del Rectorado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- ZAVALA, Silvio. 2005. *Filosofía de la conquista y otros textos*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- ZUCCHI, Alberta. 1968. “Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los Llanos Occidentales de Venezuela”. En: *Acta científica Venezolana*, No. 19, Caracas, pp. 135-139.
- ZUCCHI, Alberta. 1975. *Caño Caroní un grupo prehispánico de la selva de los Llanos de Barinas*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV Caracas.

Los criterios de autenticidad de ADN antiguo y su uso en estudios poblacionales humanos*

MONTIEL, RAFAEL

Departamento de Biología, Universidad de las Azores, Portugal.

e-mail: montiel@notes.uac.pt

GARCÍA SÍVOLI, CARLOS

Cátedra de Anatomía Dentaria, Facultad de Odontología.

Universidad de Los Andes, Venezuela

e-mail: carlos.garcia@uab.cat

RESUMEN

La contaminación, el daño molecular post-mortem y otros artefactos dificultan las investigaciones sobre ADN antiguo. Estos problemas han conducido al desarrollo de un conjunto de pautas para la autenticación del ADN antiguo (ADNa), incluyendo el uso de laboratorios exclusivos, testes de preservación bioquímica, controles negativos múltiples, cuantificación del ADN extraído, clonación y secuenciación de los productos de la PCR, evaluación del tamaño de los «amplicones» obtenidos y la reproducibilidad de los resultados. La mejor manera de prevenir o minimizar la contaminación es estableciendo medidas precautorias tan pronto como sea posible, idealmente, comenzando con la colecta y preparación de las muestras por parte de los arqueólogos, aunque esto no siempre es posible. Por lo tanto, antes de empezar un estudio de ADNa, se debe implementar un cuidadoso diseño experimental, hacer un análisis prospectivo de algunas muestras para determinar su utilidad y debe ser considerado un análisis costo-beneficio.

Palabras clave: ADN antiguo, autenticación, ADN mitocondrial, poblaciones humanas.

Criteria for the authenticity of DNA dating and its use in human population studies.

ABSTRACT

Contamination and post mortem damage to molecules, among other factors, complicate DNA dating. This has resulted in the development of criteria to establish the authenticity of DNA dating including the use of special labs, biochemical preservation, multiple controls, quantification of extracted DNA, cloning and sequencing, and the re-evaluation of computerized enlargements. The immediate control of specimens to prevent contamination during collection and preparation is indicated, although this is not always possible. However, before beginning DNA dating all processes should be carefully designed and specimen quality should be graded in terms of cost benefit.

Key words: DNA dating, authentication, mitochondrial DNA, human populations

* Recibido: 19- 01-2007 / Aceptado: 16- 04- 2007.

1. Introducción

El ADN antiguo (ADNa) es el ADN recuperado de restos biológicos preservados natural o artificialmente. Dos artículos publicados en la revista “Nature” a mediados de los ochenta, marcan el punto de inicio de este campo de investigación (Higuchi *et al.* 1984; Pääbo, 1985). En pocos años se dio un incremento exponencial del tipo de tejidos analizados y su antigüedad (Pääbo, 1993). Los artículos más espectaculares presentaron secuencias recuperadas de muestras de millones de años de antigüedad, incluyendo insectos preservados en ámbar (DeSalle *et al.* 1992; Cano *et al.* 1993) y huesos de dinosaurio (Woodward *et al.* 1994). Poco después, no obstante, fue demostrado que las secuencias recuperadas representaban, con mayor probabilidad, productos de la contaminación con ADN moderno (Walden y Robertson, 1997; Gutiérrez y Marín, 1998, sobre los estudios en ámbar; y Allard *et al.* 1995; Hedges y Schweitzer, 1995; Henikoff, 1995; Zischler *et al.* 1995, sobre los huesos de dinosaurio). Este asunto, ya considerado un fiasco (Lindahl, 1997), levantó dudas serias sobre todo el campo del ADNa. Las críticas se apoyaban en los trabajos de Lindahl (Lindahl y Andersson, 1972; Lindahl y Nyberg, 1972), que estudiando la estabilidad del ADN en soluciones acuosas concluyó que no era posible que fragmentos informativos de ADN persistieran por más de 100,000 años, bajo ninguna circunstancia (Lindahl, 1993a; 1993b). Aunque la estabilidad en el tiempo del ADN es un tema polémico, ahora parece claro que si las condiciones son óptimas, el ADN puede persistir por 500,000 o incluso un millón de años (Poinar *et al.* 1996; Hofreiter *et al.* 2001; Poinar *et al.* 2006). Sin embargo, más que nunca quedó claro el riesgo de amplificar ADN exógeno (contaminante) en los estudios de ADN antiguo. La severidad de este problema puede entenderse considerando que el ADNa está extremadamente dañado, por lo que la más mínima cantidad de ADN reciente contaminante puede sobreponerse al antiguo en los análisis subsecuentes, como la clonación

molecular o la amplificación por PCR*. El problema se exagera en estudios de humanos antiguos, ya que los investigadores pertenecen a la misma especie que el objeto de estudio y las fuentes potenciales de contaminación aumentan de paso a paso del análisis. Así, a pesar del reconocido potencial de los estudios de ADN en la Antropología, el siempre presente problema de la contaminación ha dificultado la aplicación de esta técnica en el estudio de poblaciones humanas antiguas. La recomendación de dos de los grupos líderes en este campo es la de no trabajar con muestras humanas antiguas (Pääbo *et al.* 2004; Willerslev y Cooper, 2005). Por otra parte, los estudios sobre poblaciones humanas antiguas continúan siendo publicados año tras año (p.ej. Sampietro *et al.* 2005; Alzualde *et al.* 2006; Mooder *et al.* 2006; Töpf *et al.* 2006), quedando abierta la cuestión sobre la adecuación de los criterios estándar de autenticidad (Cooper y Poinar, 2000) al estudio de poblaciones humanas.

2. Ubicuidad de la contaminación con ADN humano

La severidad de la contaminación con ADN humano fue comprendida inicialmente por los investigadores que amplificaron secuencias de ADN mitocondrial (ADNmt) específicas humanas a partir de extractos de huesos de animales (Handt *et al.* 1994; Richards y Sykes, 1995). Trabajos recientes han reforzado la percepción sobre la agudeza de este problema detectando contaminación humana en muestras paleontológicas dentales de animales (Hofreiter *et al.* 2001) y mostrando la extensa contaminación humana que pueden presentar muestras de animales conservados en muesos (Malmström *et al.* 2005). El razonamiento es que si el ADN contaminante humano está presente en muestras de animales, muy probablemente también lo estará en muestras humanas antiguas, pero en este caso, la detección de las secuencias contaminantes será extremadamente problemática, sino imposible (Gilbert *et al.* 2005b). El problema se torna más serio si los inves-

tigadores y los sujetos de estudio comparten el mismo contexto filogeográfico (es decir, si pertenecen a la misma población o incluso continente), ya que en este caso ambos presentarán marcadores genéticos similares o idénticos. Esto demuestra que los estudios de ADN humano antiguo requieren condiciones de análisis especiales y criterios de autenticidad específicos.

3. El problema de la autenticidad

La autenticidad de un resultado es la prueba de que las secuencias de ADN recuperadas de muestras antiguas provienen de hecho del espécimen analizado y no de cualquier otra fuente o artefacto. Así, el problema de la autenticidad está relacionado en su mayor parte con la contaminación, pero también con el daño post-mortem que puede producir una secuencia diferente de la secuencia que en realidad presentaba el espécimen en vida (Gilbert *et al.* 2003; Gilbert *et al.* 2006). Dada la dificultad de establecer una prueba directa de autenticidad, la autenticación de un resultado comprende un proceso que comienza con las medidas tomadas durante el análisis para evitar la introducción de ADN contaminante. No obstante, resulta más importante detectar la contaminación que a pesar de todo haya podido ser introducida durante el análisis o, quizá más problemática, la que haya podido ser introducida antes de que las muestras llegasen al laboratorio. Para detectar la contaminación se realiza una serie de controles experimentales y se replican los resultados analizando dos o más muestras del mismo individuo. Sin embargo, en algunos casos las secuencias contaminantes pueden no ser detectadas con estos controles (Cooper, 1992; 1997) y entonces deben ser satisfechos algunos criterios de autenticidad para incrementar la fiabilidad de los resultados obtenidos. Por otro lado, de acuerdo con algunos investigadores, estos criterios deben ser aplicados de forma flexible e inteligente, siendo más relevante una aproximación más autocrítica que simplemente ir verificando criterios en una lista de comprobación (Gilbert *et al.* 2005a).

4. Los criterios de autenticidad

Tan pronto como el problema de la contaminación fue percibido, fue reconocida también la necesidad de establecer criterios de autenticidad. Pääbo y col. (1988) propusieron que la imposibilidad o dificultad en amplificar fragmentos relativamente grandes en extractos de ADN, podría ser un criterio adicional de autenticidad. Este criterio inicial fue después desarrollado para convertirse en el criterio de la “conducta molecular apropiada” (ver más abajo). Pero fue en respuesta a las críticas de Lindahl (Lindahl, 1993b) que los criterios de autenticidad llegaron a concretarse en propuestas formales. Handt y col. (1994) publicaron el primer conjunto integrado de criterios, pero fueron Cooper y Poinar (2000) quienes publicaron la lista de criterios más completa y rigurosa, proponiendo además que los estudios de ADN deberían satisfacerla para ser publicados o financiados. Una tercera generación de criterios fue publicada recientemente, relajando en cierta medida la rigurosidad de los criterios de acuerdo a la naturaleza y características de las muestras (Pääbo *et al.* 2004). A continuación se hace una revisión de los principales criterios con algunos comentarios sobre su aplicación en estudios poblacionales humanos.

5. Áreas de trabajo separadas físicamente

Si el análisis se realiza en un laboratorio en el que se han separado las áreas de trabajo de acuerdo a las distintas fases del análisis, el resultado tendrá más probabilidades de ser auténtico. La extracción de ADN, la preparación de la PCR y los procedimientos post-PCR deben realizarse en áreas separadas. La separación logística es imprescindible, proveyendo a cada área de todo el material y equipo necesarios para evitar la transferencia de posibles contaminantes entre las áreas. La separación temporal, consistente en realizar cada uno de los procedimientos en días distintos, puede incrementar la eficacia de la separación física (Montiel *et al.* 2001).

6. Controles negativos

Tanto para la extracción como para la amplificación del ADN deben ser realizados controles negativos o “blancos”, en los que se añaden todos los reactivos excluyendo las muestras y de los que se espera un resultado negativo, a no ser que exista contaminación en el material y/o reactivos, o bien, que ésta haya sido introducida durante el proceso experimental. El uso de controles se hace más eficiente cuanto menor sea la razón muestras/controles. Sin embargo, debe tenerse presente que la obtención de controles limpios no necesariamente implica la ausencia de contaminación, debido a fenómenos como el efecto “carrier” (Cooper, 1992), y a su vez, que la presencia de contaminación en los controles tampoco implicará en todos los casos que las muestras estén contaminadas (p.ej. Ivanov *et al.* 1996). Esto puede deberse al fenómeno de las contaminaciones puntuales (Montiel, 2001), que puede contaminar muestras de forma independiente, incluyendo desde luego, los blancos. Por lo tanto, los controles negativos son útiles sólo en un contexto integrado de autenticación (Montiel *et al.* 2001; Montiel, 2001).

7. Conducta molecular apropiada

Dado que el ADN_a se presenta muy fragmentado, se espera obtener más producto de la PCR a partir de fragmentos menores, que de fragmentos mayores (Pääbo *et al.* 1988). Además, se espera obtener más ADN_{mt} que ADN nuclear, ya que existen mucho más copias de ADN mitocondrial que nuclear, lo que incrementa la probabilidad de preservación del primero. No obstante, algunos investigadores han mostrado que la interacción de moléculas de ADN es mucho más compleja. En algunos casos resultó más fácil la amplificación de fragmentos mayores de ADN_a que de fragmentos de ADN contaminante (Kolman y Tuross, 2000), lo que resta universalidad a este criterio.

8. Reproducibilidad

Por lo menos dos extractos de cada espécimen deben ser analizados y los resultados deben ser concordantes. La obtención de resultados contradictorios puede indicar que ha ocurrido contaminación, pero por otra parte, los resultados concordantes no garantizan la autenticidad, ya que si la muestra ha sufrido una contaminación extensiva, los diversos extractos podrían contener la misma secuencia exógena (Cooper, 1997). Esto resulta especialmente cierto en las muestras que no contienen ADN endógeno o que lo presentan altamente degradado.

9. Clonación

Los productos de la PCR (los amplicones), deben ser clonados y diversos clones deben ser secuenciados para evaluar la homogeneidad del ADN amplificado. Este procedimiento puede revelar las distintas secuencias que hayan podido ser amplificadas en distintas proporciones. Idealmente, fragmentos solapantes deberían ser amplificados y clonados. En general, actualmente esta es una de las pruebas de autenticidad más exigida; sin embargo, es la que puede hacer impracticables los estudios de nivel poblacional, especialmente si los beneficios no justifican los costos. De acuerdo con Bower *et al.* (2005), es necesario secuenciar al menos 20 clones para tener un nivel de confianza >95% de haber identificado la secuencia más abundante presente al 70% en una muestra antigua. Así que, por ejemplo, si debemos analizar dos extractos por individuo y amplificar al menos dos fragmentos solapantes de cada uno, deberíamos secuenciar por lo menos 80 clones por individuo. En un estudio de nivel poblacional antiguo en el que se analicen un mínimo de 25 individuos, deberíamos entonces secuenciar por lo menos 2000 clones. Por otra parte, si la cantidad inicial de ADN molde es abundante (>1000 copias; Pääbo *et al.* 2004), entonces los productos de la PCR serán más homogéneos y el procedimiento de la clonación no aportará información adicio-

nal. Por ejemplo, Ovchinnikov y col. (2000), analizando una muestra de Neandertal excepcionalmente conservada, obtuvieron el mismo resultado por secuenciación directa que mediante la secuenciación de múltiples clones. Por lo tanto, el criterio de la clonación puede relajarse si la cuantificación indica una buena preservación, pero será siempre necesaria para apoyar resultados excepcionales (aquellos que pueden contradecir o poner en duda teorías establecidas, o bien, zanjar temas polémicos).

10. Cuantificación

Cuando existen pocas moléculas de ADN, el resultado de distintas amplificaciones de un mismo extracto puede ser discordante, ya que los primeros ciclos de la PCR son críticos y las distintas secuencias minoritarias (dañadas o contaminantes) podrían ser amplificadas diferencialmente en distintos experimentos de PCR. No obstante, cuando el número de moléculas iniciales es adecuado (>1000, Pääbo *et al.* 2004), las amplificaciones independientes darán muy probablemente el mismo resultado. Dado que la cuantificación implica la manipulación de las muestras incrementando el riesgo de contaminación, en algunos casos podría ser mejor analizar el resultado de los extractos independientes del mismo individuo y ver si existe o no existe discordancia antes de proceder a la cuantificación. Esta vía alternativa puede ahorrar muchas horas de trabajo y evitar riesgos de contaminación en estudios poblacionales, en los que se analizan muchas muestras y en los que el resultado del conjunto podrá ser más indicativo sobre la conservación de las muestras y la autenticidad del resultado, que el análisis exhaustivo muestra a muestra.

11. Replicación independiente

La replicación intra-laboratorio debe extenderse a la replicación independiente llevada a cabo por un segundo (y a veces un tercer) laboratorio. Las muestras deben ser enviadas direc-

tamente desde el museo, o desde el organismo que realiza la colecta, para evitar la transferencia de contaminación. En estudios poblacionales, muchos investigadores replican sólo un subconjunto de las muestras (p.ej. Sampietro *et al.* 2005; Alzualde *et al.* 2006; Töpf *et al.* 2006).

12. Preservación bioquímica

Las muestras deben presentar una buena preservación general y se aconseja testar la racemización de aminoácidos (Poinar *et al.* 1996). En este caso es importante considerar, al igual que con la cuantificación, que una mayor manipulación de las muestras implica un mayor riesgo de contaminación. Por otra parte, si la muestra está bien preservada contendrá un buen número de moléculas endógenas y consecuentemente, producirá un resultado homogéneo. Así que en algunos casos la manipulación adicional de las muestras no es justificable, a menos que el resultado sea de gran relevancia. Más aún, en estudios poblacionales, el porcentaje de muestras que contiene ADN amplificable, puede ser un mejor indicador de la preservación bioquímica para un yacimiento determinado.

13. Restos asociados

Se aconseja analizar fauna del mismo yacimiento del que provengan las muestras (u otros restos asociados) para evaluar el grado de contaminación con ADN humano y las condiciones de preservación. Sin embargo, este criterio debe ser aplicado con cautela, pues incluso un espécimen muy bien preservado puede estar contaminado. En contrapunto, las condiciones de preservación pueden variar entre las muestras de un mismo yacimiento, por lo que el fracaso en la recuperación de ADN de restos asociados no descarta la posibilidad de preservación en otras muestras.

14. El criterio del investigador en el uso de los criterios de autenticidad

En general, cuanto mayor sea la importancia de la muestra analizada o la relevancia de los resultados, mayor debe ser la rigurosidad de los criterios aplicados para su autenticación. Las muestras con una buena preservación requieren menos exigencia, especialmente en lo concerniente a la clonación y a la reproducibilidad independiente. En estos casos, el análisis de un subconjunto puede indicar que en general el trabajo ha sido llevado a cabo de forma correcta. Por otra parte, los estudios con poblaciones humanas requieren criterios adicionales, idealmente que no representen un incremento exponencial en los costos. Uno de estos criterios específicos puede ser la búsqueda de secuencias quiméricas (también conocidas como secuencias mosaico), que son formadas por la recombinación *in vitro* de moléculas diferentes de ADN a través del fenómeno de la PCR saltarina (Pääbo *et al.* 1990). Las secuencias mosaico pueden ser detectadas mediante un análisis de redes medias (Bandelt, 2005). Una mezcla de moléculas distintas puede también ser detectada analizando marcadores genéticos ligados. Esto se puede conseguir, al nivel del genoma mitocondrial completo, aprovechando la relación entre los marcadores que definen los haplogrupos mitocondriales (p.ej. Montiel *et al.* 2001).

15. Trabajo futuro

Los criterios de autenticidad en los estudios de ADN deben basarse en estudios sistemáticos que evalúen los riesgos de contaminación en los distintos pasos del análisis. En este sentido, existen algunas cuestiones abiertas que deben ser abordadas: i) La probabilidad de transferencia de amplicones. Muchos investigadores reconocen que existe una alta probabilidad de transferencia de amplicones entre muestras y en consecuencia la distribución de las áreas de laboratorio se diseña para evitarla. Una forma de controlar y cuantificar esta probabilidad está dada por el uso de un

control interno modificado (para facilitar su identificación) para seguir y determinar las tasas de contaminación. Este control podría ser amplificado siempre que se amplifiquen muestras antiguas para después analizar rutinariamente las amplificaciones futuras de ADN y verificar la presencia o ausencia del control modificado; ii) La cuantificación de la cantidad de moléculas contaminantes que puede ser introducida por manipulación de la muestra, aprovechando la caracterización de las secuencias de los arqueólogos para obtener estimaciones reales. Hasta la fecha, sólo se ha realizado un estudio sistemático para analizar esta cuestión. En este estudio se determinó que un 17.3% de todos los clones secuenciados, presentaban secuencias contaminantes, siendo aquellas derivadas del personal involucrado en la recuperación y limpieza de los restos (arqueólogos) las que se presentan en mayor frecuencia en comparación con las derivadas de los antropólogos y los genetistas (Sampietro *et al.* 2006); iii) Determinación del subconjunto mínimo de muestras que debe ser replicado (en un segundo laboratorio) o analizado con mayor profundidad (p.ej. mediante clonación) para dar validez al análisis en su totalidad; iv) La mejora de los protocolos para eliminar la contaminación (p.ej. Kemp y Smith, 2005) y la búsqueda de nuevas polimerasas menos sensibles al daño molecular (p.ej. la familia de polimerasas Y; McDonald *et al.* 2006); y v) El entrenamiento de los arqueólogos de campo para un mejor muestreo y para un manejo adecuado de las muestras destinadas al análisis de ADN.

16. Notas

* Mediante la PCR (Polymerase Chain Reaction) se produce un número exponencial de copias de un fragmento específico de ADN. A este proceso de copiado exponencial se le conoce como amplificación y a las copias producidas (los productos de la PCR), se les denomina amplicones.

17. Bibliografía

- ALLARD, M.W. et al. 1995. "Detecting dinosaur DNA". En: *Science*, N° 268. pp.11-92.
- ALZUALDE A, et al. 2006. "Insights into the "isolation" of the Basques: mtDNA lineages from the historical site of Aldaieta (6th-7th centuries AD)". En: *Am J Phys Anthropol*, N° 130. pp. 394-404.
- BANDELT, H.J. 2005. "Mosaics of ancient mitochondrial DNA: positive indicators of nonauthenticity". En: *Eur J Hum Genet*, N° 13 . pp. 1106-1112.
- BOWER, M. A., et al. 2005. "How many clones need to be sequenced from a single forensic or ancient DNA sample in order to determine a reliable consensus sequence". En: *Nucleic Acids Res*, N° 33. pp. 2549-2556.
- CANO, R.J., et.al. 1993. "Amplification and sequencing of DNA from a 120-135 million-year-old weevil". En: *Nature*, N° 363. pp. 536-538.
- COOPER, A. 1992. "Removal of colourings, inhibitors of PCR, and the carrier effect of PCR contamination from ancient DNA samples". En: *Ancient DNA Newsletter*, N° 1, pp. 31-32.
- COOPER, A. 1997. "Reply to Stoneking: Ancient DNA - how do you really know when you have it?" En: *Am J Hum Genet*, N° 60. pp. 1001-1002.
- COOPER, A. y Poinar, H.N. 2000. "Ancient DNA: do it right or not at all" En: *Science*. N° 289 pp.1139.
- DESALLE, R., et al. 1992. "DNA Sequences from fossil termite in Oligo-Miocene amber and their phylogenetic implications". En: *Science*. N° 257. pp. 1933-1936.
- GILBERT, M.T. et al. 2003. "Distribution patterns of postmortem damage in human mitochondrial DNA". En: *Am J Hum Genet*. N° 72. pp. 32-47.
- GILBERT, M.T. et al. 2005a. "Assessing ancient DNA studies". En: *Trends Ecol Evol*, N° 20 pp. 541-544.
- GILBERT, M.T.P., et al. 2005b. "Biochemical and physical correlates of DNA contamination in archaeological human bones and teeth excavated at Matera, Italy". En: *J Archaeology Sci*. N° 32. pp.785-793.

- GILBERT, M.T. et al. 2006. "Recharacterization of ancient DNA miscoding lesions: insights in the era of sequencing-by-synthesis". En: *Nucleic Acids Research*. doi:10.1093/nar/gkl483.
- GUTIÉRREZ, G. y Marín, A. 1998. "The most ancient DNA recovered from an amber-preserved specimen may not be as ancient as it seems". En: *Mol Biol Evol*, N° 15. pp 926-929.
- HANDT, O. et al. 1994. "Ancient DNA: methodological challenges". En: *Experientia*, N° 50. pp. 524-529.
- HEDGES, S.B. y Schweitzer, M.H. 1995. "Detecting dinosaur DNA". En: *Science*, N° 268. pp 1191.
- Henikoff, S. 1995. "Detecting dinosaur DNA". En: *Science*. N° 268 pp. 1192.
- HIGUCHI, R. et al. 1984. "DNA sequences from the quagga, an extinct member of the horse family". En: *Nature*, N° 312. pp. 282-284.
- HOFREITER, M. et al. 2001. "Ancient DNA". En: *Nat Rev Genet*, N° 2. pp.353-359.
- IVANOV, P.L. et. al. 1996. "Mitochondrial DNA sequence heteroplasmy in the Grand Duke of Russia Georgij Romanov establishes the authenticity of the remains of Tsar Nicholas II". En: *Nat Genet*, N° 12. pp 417-420.
- KEMP, B.M., Smith, D.G. 2005. "Use of bleach to eliminate contaminating DNA from the surface of bones and teeth". En: *Forensic Sci Int*, N° 154. pp 53-61.
- KOLMAN, C.J. y Turros, N. 2000. "Ancient DNA analysis of human populations". En: *Am J Phys Anthropol*, N° 111. pp. 5-23.
- LINDAHL, T. 1993a. "Instability and decay of the primary structure of DNA". En: *Nature*, N° 362. pp. 709-715.
- LINDAHL, T. 1993b. "Recovery of antediluvian DNA". En: *Nature*, N° 365. pp. 700.
- LINDAHL, T. 1997. "Facts and artifacts of ancient DNA". EN: *Cell*, N° 90. pp. 1-3.
- LINDAHL, T. y Andersson, A. 1972. "Rate of chain breakage at apurinic sites in double-stranded deoxyribonucleic acid". En: *Biochemistry*, N° 11. pp.3618-3623.
- LINDAHL, T., Nyberg, B. 1972. "Rate of depurination of native deoxyribonucleic acid". En: *Biochemistry*, N° 11. pp. 3610-3618.

- MCDONALD, J.P. et. al. 2006 “Novel thermostable Y-family polymerases: applications for the PCR amplification of damaged or ancient DNAs.” En: *Nucleic Acids Res*, N° 34. pp. 1102-1111
- MALMSTRÖM, H. et. al. 2005. “Extensive human DNA contamination in extracts from ancient dog bones and teeth”. En: *Mol Biol Evol.* N° 22. pp. 2040-2047.
- MONTIEL, R. 2001. “Estudio diacrónico de la variabilidad del DNA mitocondrial en población Catalana”. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- MONTIEL, R. et.al. 2001. “Authenticating ancient human mitochondrial DNA”. En: *Hum Biol.* N° 73. pp. 689-713.
- MOODER, K.P. et. Al. 2006. “Population affinities of Neolithic Siberians: a snapshot from prehistoric Lake Baikal”. En: *Am J Phys Anthropol.* N° 129 pp. 349-361.
- OVCHINNIKOV, I.V., et al. 2000. “Molecular analysis of Neanderthal DNA from the northern Caucasus”. En: *Nature*, N° 404. pp. 490-493.
- POINAR, H.N. et.al. 1996. “Amino acid racemization and the preservation of ancient DNA”. En: *Science*, N° 272 pp. 864-866.
- POINAR, H.N. et.al. 2006. “Metagenomics to paleogenomics: large-scale sequencing of mammoth DNA”. En: *Science*, N° 311. pp. 392-394.
- PÄÄBO, S. 1985. “Molecular cloning of ancient Egyptian mummy DNA”. En: *Nature*, N° 314. pp. 644-645.
- PÄÄBO, S., et.al. 1988. “Mitochondrial DNA sequences from a 7000-year old brain”. En: *Nucleic Acids Res*, N° 16. pp. 9775-9787.
- PÄÄBO, S., et.al. 1990. “DNA damage promotes jumping between templates during enzymatic amplification”. En: *J. Biol. Chem.* N° 265. pp. 4718-4721.
- PÄÄBO, S. et.al. 2004. “Genetic analyses from ancient DNA”. En: *Annu Rev Genet*, N° 38. pp. 645-679.
- RICHARDS, M.B. y Sykes, B.C. 1995. “Authenticating DNA extracted from ancient skeletal remains”. En: *J Archaeol Sci*, N° 22. pp. 291-299.
- SAMPIETRO, M.L. et.al. 2005. “The genetics of the pre-Roman Iberian Peninsula: a mtDNA study of ancient Iberians”. En: *Ann Hum Genet*, N° 69. pp. 535-548.

- SAMPIETRO, M.L., et.al. 2006. “Tracking down human contamination in ancient human teeth”. En: *Mol Biol Evol*, N° 23. pp. 1801-1807.
- TÖPF, A.L. et.al. 2006. “Tracing the phylogeography of human populations in Britain based on 4th-11th century mtDNA genotypes”. En: *Mol Biol Evol*, N° 23. pp. 152-161.
- WALDEN, K.K.O. y Robertson, H.M. 1997. “Ancient DNA from amber fossil bees?” En: *Mol Bio. Evol*, N° 14. pp. 1075-1077.
- WILLERSLEV, E. y Cooper, A. 2005. “Ancient DNA”. En: *Proc Biol Sci*, N° 272. pp.3-16.
- WOODWARD, S.R. et.al. 1994. “DNA sequence from Cretaceous period bone fragments”. En: *Science*, N° 266. pp. 1229-1232.
- ZISCHLER, H. Et.al. 1995. “Detecting dinosaur DNA”. En: *Science*, N° 268. pp. 1192-1193.

La ética en la relación psiquiátrica médico-paciente*¹

PEDRIQUE, LUISA DE

Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas (GRIAL)
Universidad de Los Andes, Venezuela
e-mail: luisapedrique@yahoo.es

RESUMEN

El presente trabajo destaca la importancia de la palabra oral en el tratamiento psicoterapéutico que se realiza en Venezuela. La autora basa su afirmación en los datos de investigación que reunió en dos instituciones mentales de Mérida y Táchira. Los resultados muestran que estos pacientes todavía requieren un tratamiento amoroso, de seguridad y confianza en la relación con su terapeuta. Por otra parte, también destacó la necesidad de mejorar las condiciones humanas en las instituciones mentales y de trabajar por una concepción integral de estas enfermedades, como una manera de conocer mejor de qué se trata realmente una patología mental. La importancia de la colaboración antropológica en el diagnóstico y mejor comprensión de estas dolencias, servirá como apoyo a los médicos especialistas, pues siendo Venezuela un país multiétnico y multicultural, consideramos que las concepciones que tiene la población sobre la «locura», enriquecería el panorama médico-psiquiátrico venezolano. Se plantea además cómo la palabra oral puede ser un arma tanto positiva como negativa en la relación psicoterapeuta-paciente.

Palabras Clave: Discurso oral, psicoterapia, ética, multicultural, relación psicoterapeuta-paciente mental.

Ethics pertaining to the psychiatrist patient relationship

ABSTRACT

The importance of verbal communication for psychotherapy in Venezuela is emphasized. The author bases this affirmation on data from research in the cities of Merida and Tachira. Evidence demonstrates that patients require evidence of loving care on the part of the therapist as well as the need for confidence and trust. Conditions in mental institutions must be improved. The fact that mental disease is a classifiable pathology requiring specific treatment must not be overlooked. Anthropological collaboration in diagnosis and improved comprehension is indicated for medics in their area of specialty. Venezuela is multiethnic and multicultural so that the general comprehension of «madness» is essential for the psychiatrist. The spoken word has the potential to both benefit and harm the mental patient.

Key Words: verbal discourse, psychotherapy, ethics, multicultural, mental patient, psychotherapeutic relationships

* Recibido: 13- 11- 2006 / Aceptado: 14- 02- 2007.

1. Introducción

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el Instituto Psiquiátrico de Peribeca, estado Táchira y el Hospital Psiquiátrico Integral San Juan de Dios de Mérida. Se utilizó como herramienta de trabajo “la entrevista abierta guiada”, considerando que era el mejor instrumento para ser aplicado al paciente mental que generalmente no puede seguir una conversación concreta y precisa sobre un tema. La muestra consta de 30 pacientes por cada centro, donde el 80% padece diversos tipos de esquizofrenia y el 20% restante es bipolar. Un 60% de los informantes pertenecen a las clases sociales medias con recursos moderados, un 5% a la clase media acomodada y otro 35% a los grupos sociales más pobres. La casi totalidad de los pacientes de ambas muestras vienen de las zonas urbanas, semi urbanas y rurales de los estados Mérida, Táchira, Barinas y Trujillo, un pequeño porcentaje proviene de la zona rural de Colombia cercana a la frontera con Venezuela y otras zonas semiurbanas de nuestro país.

2. La Investigación

El objetivo principal de esta investigación es resaltar la importancia del factor comunicacional en la relación psicoterapeuta-paciente, en la cual los aspectos culturales y éticos son fundamentales para lograr una optimización, no sólo de la terapia en si, sino también de la calidad de vida de estos pacientes. Se trata de trastornos mentales del tipo “psicosis” que no tienen actualmente una esperanza de curación total, y sin embargo, estos seres tienen que seguir su vida de la mejor manera posible.

La primera de las metas que nos trazamos fue constatar una vez más la característica multicultural de nuestra gente frente a las patologías mentales, la cual se expresa en un “discurso propio” sobre estas enfermedades que la mayoría de las veces resulta bien diferente del “discurso científico”. La consecuencia es una dificultad comunicacional importante tanto para la terapia como para las relaciones con el entorno familiar y social.

De las dos muestras que tomamos, la del Psiquiátrico de Peribeca mostró un 80% de pacientes con un discurso “mágico” sobre el origen de su enfermedad. La mayoría de ellos aludieron a un “trabajo” que les habían “montado” debido a un problema afectivo, bien amoroso con alguna pareja o bien debido al rechazo por parte de la madre o algún otro pariente cercano. De este porcentaje, un 40% pensaba que un “espíritu” se había posesionado de ellos. El resto afirmaba que el “trabajo” les produjo malestares físicos tales como: dolores de cabeza, “pesadez” en el cuerpo y anímicos, como: tristeza, inquietud, dolor, ira y otros.

La muestra del Hospital San Juan de Dios reflejó un 50% de pacientes con creencias mágico-religiosas sobre la enfermedad mental, de estos, un 20% pensaban que se les había metido un “espíritu” y un 30% que eran víctimas de “trabajos” y hechizos diversos. La diferencia de porcentajes entre las dos instituciones se debió a que en Peribeca, la población de enfermos proviene en gran medida de las zonas rurales y semirurales del estado Táchira y la frontera colombiana. Mientras que la del Hospital San Juan de Dios es más variada, pues los pacientes vienen de los estratos rurales, semirurales, semiurbanos y urbanos de los estados Mérida, Barinas y Trujillo, observándose en los dos últimos grupos que los elementos mágicos son menos frecuentes.

El segundo objetivo de esta investigación fue averiguar hasta dónde es importante la “comunicación oral” para los pacientes de ambas instituciones, ya sea a través de la psicoterapia o de la comunicación cotidiana con el personal especializado o, por último, a través de sus familiares y allegados. Esto, porque lo consideramos como recurso fundamental para lograr una mejoría real en el estado de salud de estos pacientes (Laín, 1987 y Dörr, 1996). Escogimos las dos instituciones antes mencionadas por tener características muy distintas en su concepción de cómo tratar las patologías mentales, entre ellas la diferencia comunicacional que se le da al paciente. Queríamos saber cuál de las dos instituciones resultaba más favorable para los enfermos.

Peribeca es una institución de corte tradicional, como todas las demás instituciones públicas de salud mental que existen en Venezuela, donde el “loco” es encerrado y marginado de la comunidad donde vive. La concepción del Hospital Integral San Juan de Dios, como su nombre lo indica, está basada en una visión moderna y humana de la enfermedad mental, donde el tratamiento integral consiste en tomar en cuenta por igual, tanto el cuadro clínico del trastorno mental como los aspectos del entorno familiar y social del paciente, donde se exige la colaboración activa de los miembros de la familia del enfermo para su restablecimiento y re inserción en la comunidad y donde la terapia farmacológica está acompañada de una terapia oral cuya primera meta es tratar de que el paciente adquiera “consciencia” de su enfermedad. Esto se expresa en las consultas psiquiátricas (una vez dado de alta) y las revistas médicas (mientras está hospitalizado), allí el paciente habla sobre su problema y escucha la opinión de los demás usuarios de la institución (nombre que se le da actualmente a los pacientes) y del personal especializado. Por último tienen las terapias familiares que se comienzan desde el momento de la hospitalización.

La Institución ofrece además charlas semanales para ayudar a los familiares a entender la patología de su pariente y a cómo manejarla una vez dado de alta. En estos ciclos de charlas he colaborado presentando temas históricos y culturales sobre el origen de las creencias mágico-religiosas, como una forma de que los familiares y más adelante los enfermos mismos vayan adquiriendo conocimientos del acervo cultural e histórico sobre el cual descansan estas creencias. Otros temas tratados son: la familia, el “estigma social” de la enfermedad mental, la relación médico-paciente y los efectos de las sustancias tóxicas en los enfermos mentales. Los resultados han sido muy satisfactorios, pues al no haber reproches o críticas severas por manifestar credulidad y simpatía frente a concepciones mágicas, o por actitudes determinadas frente al enfermo, la gente se “abre” a una conversación sincera y cla-

ra sobre sus ideas y creencias, sus angustias, sus dudas y la actitud que han tomado con respecto al mal que padecen sus familiares. Además muestran un enorme interés por conocer el acervo histórico-cultural con el que se encuentran de una u otra manera identificados como venezolanos. He colaborado igualmente en algunas “juntas médicas” y presentado ponencias en las “Jornadas Juandedianas” que se hacen cada dos años. Con esto el personal especializado: médicos y enfermeros, también se informa sobre los aspectos culturales, sociales e históricos que existen en Venezuela sobre el tema. Debe mencionarse aquí que algunos se muestran muy receptivos a esta información mientras que otros siguen manteniendo posiciones biologicistas más o menos fuertes.

Las actividades del hospital San Juan de Dios son un complemento importante para la mejoría y futura reinserción en sociedad de estos enfermos, pues van desde trabajos manuales como carpintería, jardinería, costura y cocina hasta sesiones de danza, pintura, meditación y charlas sobre el tema de los trastornos mentales. En todas estas actividades los pacientes en la medida de sus posibilidades, irán adquiriendo pequeñas responsabilidades, además de aprender a cuidarse a si mismos. En los años que asistí a esta Institución como voluntaria, donde como ya mencioné colaboré con charlas a los familiares y conversaciones con los propios pacientes, he visto que aquellos que aprovechan al máximo esta Institución y todo lo que ofrece, llegan a tener una calidad de vida muy aceptable, donde pueden sentirse útiles y donde los miembros de su entorno pueden seguir sus vidas sin que nadie afecte la vida del otro.

La institución psiquiátrica de Peribeca, en cambio, ha gozado de una fama totalmente opuesta, hasta el punto de llegar a ser denominada “depósito de locos”. La concepción de esta institución corresponde en gran medida con los valores culturales que tiene la población venezolana con respecto a estas enfermedades (Pedrique, 1998). Es un “estigma social” que está lejos de ser su-

perado en nuestro país, la gente se avergüenza de tener un “loco” en su casa y lo esconden y marginan de la comunidad; cuando esto es imposible de lograr, entonces reniegan de él y lo abandonan, éste es el caso de un gran número de enfermos de Peribeca. Otro motivo de abandono es el “miedo”, pues al tener creencias mágicas sobre el origen de estos males y no ver mejoría cuando los llevan a curanderos, piensan que la “mala suerte” le puede caer a toda la familia y por eso es mejor mantenerlos lejos. La “culpa” por algún acto reprochable sobre todo de índole sentimental-afectiva o por alguna “mala” acción cometida en asuntos de negocios también aparece con frecuencia. Este aspecto nos lleva a pensar en la “culpa cristiana” sobre todo en relación a los problemas afectivos de pareja (“me porté mal con una mujer” o viceversa), al “portarse mal” con un ser querido (“no soporto a mi mamá pero no puedo vivir sin ella”), al hacer trampa en los negocios y otros. Cuando los enfermos no son agresivos, las familias suelen ser más comprensivas y tolerantes.

En ambas instituciones el fenómeno de la “posesión” aparece con una frecuencia nada despreciable y volvemos a constatar algo que ya hemos analizado en otros trabajos (Pedrique, 2001) y es un afán del enfermo por justificar su conducta “reprochable” aludiendo que es “otro” el que está dentro de él y por lo tanto se exime de todo mal comportamiento que haya podido realizar.

Los períodos en que la Institución de Peribeca ha estado un poco más aceptable es por iniciativa del director médico de turno como sucede actualmente, donde los cuidados al paciente han mejorado, al igual que su alimentación y aseo personal. Además, se está tratando de mantener ciertas actividades manuales, cosa difícil, pues todo esto debe hacerse “ad honorem” ya que es una Institución que recibe muy poco apoyo del Estado. Valga mencionar que los sueldos del personal especializado están lejos de ser satisfactorios para todo el trabajo que hacen y las horas que invierten en esta Institución. La Institución que mantiene actual-

mente 258 pacientes de los cuales la mitad aproximadamente no reciben visitas jamás, mientras que el Hospital San Juan de Dios mantiene entre hospitalización y el “hospital día” éste último implementado para pacientes que ya están de alta pero necesitan atención especial alrededor de 100 pacientes, de los cuales los que están hospitalizados reciben visitas semanales e intersemanales. Mientras la primera institución depende de un precario presupuesto del Estado, el segundo, sin disponer tampoco de un alto presupuesto, en comparación al primero es muy superior. La infraestructura es la mejor de Venezuela y el personal está muy bien entrenado para darle al enfermo un trato amoroso, comprensivo y de mucha paciencia y tolerancia. En cuanto al personal de Peribeca es en su mayoría muy abnegado, al menos actualmente, y las carencias o equivocaciones que puedan cometer es por falta de un entrenamiento adecuado en el manejo de estos enfermos.

3. La Ética del Personal en la relación psiquiátrica médico-paciente

El comportamiento ético del personal de ambas instituciones está dentro del marco de respeto y comprensión frente a los enfermos. Pero las características ambientales y materiales junto con el tratamiento profesional más eficiente y cariñoso del Hospital San Juan de Dios lo hace muy superior a Peribeca. Es imposible con 258 pacientes y muy poco personal, esperar actitudes y conductas óptimas frente a ellos. El estado de abandono de casi la mitad por parte de sus parientes, implica una carencia afectiva enorme. Los aspectos ambientales y la infraestructura de la institución tampoco permiten que la calidad de vida para estos enfermos sea la mejor. Un solo psiquiatra, que es a la vez director médico de la institución, le toca atender en un turno de 7:00 am a 1:00 pm hasta quince pacientes, lo cual es totalmente absurdo.

La visión personal que tuve la primera vez que estuve allí fue realmente triste: un enorme patio, lleno de seres desamparados, sentados, tirados en el suelo, deambulando solos, gritando, todo menos un ambiente armonioso para gente mentalmente enferma.

En el Hospital Integral San Juan de Dios, en cambio, se respira un “aire” distinto. Su infraestructura es sencilla, pero armoniosa y hermosa, rodeada por jardines cuidados por los propios enfermos, dirigidos con gran amor por el jardinero de la institución. Los espacios son luminosos y amplios, hay muestras de pintura de los pacientes colgadas en las paredes. Estos, ocupados en distintas actividades y con un aspecto tal, que es muchas veces difícil distinguir quiénes son los “normales” y quiénes los enfermos. Tiene definitivamente otro aspecto que refleja el cuidado tanto material como espiritual que se les da.

Aquí quisiera mencionar un punto que quizás ha sido descuidado a la hora de evaluar los tratamientos psiquiátricos y es la conducta amorosa por parte del personal especializado y la familia. Es notoria la diferencia del trato afectivo de ambos centros. El HSJDD por todo lo que mencionamos anteriormente logra que un alto porcentaje de pacientes reciban el amor y la comprensión por parte del personal y de sus familiares, condición indispensable para una buena reinserción en la comunidad una vez dados de alta. Las charlas y conversaciones con ellos tienen en la mayoría de los casos resultados muy positivos.

Peribeca, por el contrario, no presenta estas condiciones. Como ya fue mencionado, la mitad de los hospitalizados no reciben ni siquiera visitas de sus familiares. Algunos de ellos tienen entre 10 y 25 años viviendo allí y no han visto un solo familiar o amigo en ese tiempo. El personal no los trata mal, más bien casi no los trata, son tantos que pueden pasar días sin comunicarse con nadie. Esto se nota en los rostros de muchos: melancólicos y tristes unos, otros sin expresión. Más de la mitad de los entrevistados por nosotros expresaron tristeza, ansiedad, resignación, inquietud

o extrañeza porque no los habían venido a visitar o porque los habían “abandonado”. Debido a sus múltiples crisis y deterioro físico y mental un alto porcentaje tiene un nivel de “atención” más pobre en comparación con los pacientes del San Juan de Dios.

El factor afectivo y el comunicacional son muy importantes a la hora de una terapia efectiva para los enfermos mentales. Con respecto a la importancia de la “palabra” dice Otto Dörr: “...la palabra no es sólo la expresión de un pensamiento o de un deseo, sino un objeto concreto que existe realmente, que es eficaz y está cargado de la fuerza del alma que la ha pronunciado...” (1996; 21).

El Psiquiatra es quizás el único médico que tiene como herramienta terapéutica fundamental el lenguaje. Si para los pueblos de la antigüedad, la “palabra” era un instrumento crucial en la curación de las enfermedades (Lain, 1987), hoy en día, ante tanta incomunicación, a pesar del gran desarrollo de los medios comunicacionales, estamos convencidos que nunca antes ha necesitado más el ser humano de la “palabra” de sus médicos tratantes como ahora. La psicoterapia ha constituido una parte esencial del acto médico en todos los sistemas de medicina antigua, también desde los comienzos de la medicina científica la palabra del médico tuvo un rol fundamental. Pero hoy, la notoria tendencia de la medicina “científica occidental” es cada vez más biologicista. Se tiene una fe tan ciega en la tecnología médica y la farmacología moderna que el otrora tan importante “ojo clínico”, ya prácticamente no tiene ningún valor. Lo más lamentable, es que esto es compartido por un alto número de psiquiatras que no ven en el trastorno mental más que una enfermedad de origen biológico.

Con Hipócrates de Coz (siglo V a.C.) se fundan las bases de la medicina occidental. Es este sabio griego, el primero, junto con su escuela, que separa lo puramente mágico como causa de la enfermedad, de lo empírico, interesándose principalmente en el último. Muchos sanadores, basándose en él, menospreciaron a partir de allí las técnicas curativas donde se utilizaba la “palabra”

como instrumento fundamental de curación. Pero según Laín (1987), la “palabra” siguió siendo muy importante como instrumento médico; no cabe duda, nos dice Dörr, que a pesar de que la medicina: “...en los siglos posteriores a Hipócrates y hasta el advenimiento del psicoanálisis freudiano no haya logrado una elaboración teórica de la curación por la palabra...ese momento verbal siguió existiendo en todas las formas de medicina, aún en las más científicas, al menos como sugestión” (1996:81).

Los métodos orales de curación de la antigüedad se dividían en tres: un impetrativo, “la plegaria”, otro mágico, “el ensalmo” y un tercero, psicológico, la palabra “placentera” o “sugestiva” (Lain, 1987). Laín intenta demostrar que los tres métodos se utilizaron con enorme frecuencia a pesar de encontrarse detractores que ya no creían en la efectividad terapéutica de ellos.

Hoy en día, gracias a los estudios antropológicos, sabemos que la “palabra” o el “discurso oral” sigue siendo muy importante en la relación médico-paciente, tanto para académicos como para curanderos y naturistas. La diferencia está en que los primeros le están restando cada vez más la importancia al discurso oral, mientras que los segundos siguen considerándola fundamental. En lo que respecta a los pacientes de ambos tipos de medicina la “conversación” con el médico sigue siendo un aspecto muy relevante a la hora de acudir a la consulta y se quejan cuando no pueden pasar un tiempo apreciable con su sanador.

La “plegaria” u “oración” es un instrumento de comunicación que ha sido usado en todos los tiempos entre las gentes de las más diversas creencias. El ser humano ha necesitado siempre sentir que está en contacto con lo “divino” y que estos seres sobrenaturales lo cuidan y se ocupan de él. La enfermedad y el dolor son dos males que despiertan la fe y la necesidad de lo espiritual en la mayoría de los seres humanos.

Tanto las grandes religiones como los diversos cultos americanos surgidos de las mezclas culturales de los grupos étnicos de

nuestro continente, poseen en su sistema curativo “oraciones” especiales a las divinidades y santos como ayuda para el alivio de los males de sus creyentes. Todas las religiones y cultos tienen dioses de la medicina y dioses especializados en distintas enfermedades a los cuales acuden y han acudido los hombres y mujeres de todos los tiempos. En Venezuela los diversos trabajos de investigación en este campo nos lo demuestran claramente (ver: Clarac de Briceño, 1992; Pollak, 1986; Clarac de Briceño y otros, 2001; Pedrique, 1997,1998, 2001).

La palabra mágica representada en el “conjuro” o “ensalmo”, tiene una enorme importancia entre los sistemas socio-médicos de salud (Clarac de Briceño, 1992), ya que su rol es, al contrario de la “oración”, mucho mas activo. Un conjuro sólo, puede bastar para eliminar algún mal de origen espiritual negativo. Es un instrumento terapéutico de poder, que en manos de los Shamanes o cualquier otro sanador espiritual puede servir tanto para curar como para enfermar (Clarac de Briceño, 1992).

Por último, la “palabra sugestiva” o “placentera” que según Laín tiene que ver con la “conversación directa” del médico con su paciente, si bien es de carácter complementario, tiene una gran importancia pues de ella depende muchas veces que el paciente reaccione positivamente o no al tratamiento médico. Nuestra experiencia de campo nos ha convencido que aún hoy, a pesar de los enormes avances de la tecnología médica la gente sigue buscando una atención más humana y afectiva en la relación con su doctor. Al respecto dice Dörr: “...el rol del médico de familia, cuya palabra no sólo ayuda a curar el dolor o a disminuir el miedo a la muerte, cuando su sombra amenaza, sino que llega a transformarse en fuente de alivio y consejo para todo el acontecer familiar” (1996,81). Esto vale para el psicoterapeuta y cualquier otro médico que atiende enfermos y sus familiares.

La Psiquiatría tiene que ver con las patologías mentales desde las leves neurosis hasta las psicosis más serias. Una psiquiatra amiga nos decía que el trabajo de estos especialistas era quizás uno de los más duros pues trataba con las “perversidades y miserias humanas”. Pienso que es cierto pero agregaría que, además, los diversos postgrados del país no enseñan cómo enfrentar a estos pacientes de una manera a la vez humana y cálida, sin que la integridad moral, afectiva y espiritual del médico se vea afectada de manera negativa. De ahí que con el tiempo muchos de ellos se vuelven meros recetadores de fármacos.

Con respecto al “amor” como sentimiento fundamental en toda relación humana, y muy especialmente en la relación médica nos dice Dörr (1996, 99) que existen varios tipos: el EROS y el AGAPE. El que nos interesa más aquí es el segundo que se refiere a la amistad, al amor filial y al del prójimo, creemos que la psiquiatría que se inclina cada vez más por una terapéutica farmacológica y a considerar toda patología mental como de origen biológico, ha descuidado la terapia oral y el trato “cariñoso y amoroso” con el paciente. Para Dörr la esencia de las patologías mentales reside en una incapacidad de amar al prójimo, al familiar o a la pareja, una dificultad para el contacto social con los “otros” que se traduciría justamente en una dificultad para la comunicación verbal amigable, amena y por supuesto amorosa, esta última tanto erótica como espiritual. El autor agrega además que el terapeuta debe dominar el “bello discurso” (el discurso placentero y sugestivo de Laín) y sólo si logra la “apertura del alma” “del paciente, la total confianza hacia él, podrá luego proseguir con una terapia alopática. Esto debe preceder a toda prescripción farmacéutica pues de lo contrario: “no tiene ningún efecto” (Laín, 91).

Para la antigüedad clásica griega, y está señalado en el Cármenes de Platón, la curación implicaba tanto al cuerpo como al alma y el sabio griego estaba convencido que había que curar primero el alma para luego seguir con el cuerpo, pues casi todas

las enfermedades tenían una causa psíquica-emocional. Con esto mostró una clara tendencia hacia un concepto “psico-somático” de la enfermedad. El papel del curador era clave en la sanación, de ahí que los tratados antiguos de medicina dedican siempre un espacio para caracterizar e inclusive normatizar las condiciones que debe llenar todo aquel que desea dedicarse al cuidado de los enfermos.

El nivel educativo es otro factor importante para lograr una relación adecuada entre los pacientes y sus terapeutas. Una comunicación óptima es casi imposible con analfabetas en la medicina occidental.

4. Conclusión

Como conclusión de este trabajo queremos expresar que mientras el psicoterapeuta no tome en cuenta los aspectos culturales en la relación con sus pacientes, no considere la importancia de la “palabra”, y del “amor espiritual” en dicha relación, y no conscientice de su papel fundamental en la relación con el enfermo a través de la imagen de serenidad, amor y confianza que proyecta, la curación o mejoría de los enfermos mentales está lejos de llegar a un punto óptimo. Creemos también que el rol del antropólogo como intermediario cultural es importante para las futuras estrategias sanitarias de la salud mental que se puedan hacer en Venezuela, pues es el que mejor conoce o puede conocer a nuestro pueblo tanto por el contacto directo que tiene con él a través del trabajo de campo, como por su “apertura” y objetividad a la hora de analizar las diversas idiosincrasias y los factores culturales y sociales de las comunidades venezolanas.

Los aspectos ambientales son también muy importantes en el tratamiento de las patologías mentales: la infraestructura y el entrenamiento adecuado, tanto del personal médico y paramédico como de la familia y la comunidad para lograr un trato comprensivo, amoroso, tolerante, y paciente con los enfermos son esencia-

les para una perspectiva ética digna de estos seres humanos desválidos.

5. Notas:

¹ El presente trabajo ha sido realizado dentro del Proyecto de Investigación: “Aspectos Sociales y Culturales de la Enfermedad Mental”, financiado por el CDCHT, código: M-671-00-09-B.

6. Bibliografía

- CLARAC, de BRICEÑO, Jacqueline. 1992. La Enfermedad como Lenguaje en Venezuela. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- CLARAC de BRICEÑO, Jacqueline, y otros. 2000. El Discurso de la Salud y la Enfermedad en la Venezuela de Fin de Siglo. Grial, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- DÖRR, Otto. 1996. Espacio y Tiempo Vividos. Estudios de Antropología Psiquiátrica, editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- DÖRR, Otto. 1997. Psiquiatría antropológica. Contribuciones a una Psiquiatría de orientación fenomenológico-antropológica, editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- LAIN ENTRALGO, Pedro. 1987. La Curación por la Palabra en la Antigüedad Clásica. Barcelona, España.
- PEDRIQUE, Luisa. 1997. “El Discurso Oral y la Relación Médico-Paciente”. En: *Boletín Antropológico*, N° 40, Mérida, Venezuela. pp. 65-79.
- PEDRIQUE, Luisa. 1998. “Aspectos Mágico- Religiosos de la Enfermedad Mental”. En: *Boletín Antropológico*, N° 43,. Mérida, Venezuela. pp. 74-93.
- PEDRIQUE, Luisa. 2001. “La Enfermedad Mental y la Cultura: evaluación de un caso clínico”. En: *Boletín Antropológico*, N° 52, Mérida, Venezuela. pp. 209-220.

De la Resistencia a las Dinámicas de Expansión del Pueblo Wayuu*

VALBUENA CHIRINOS, CARLOS ADÁN
Universidad del Zulia-Venezuela
e-mail: cvalbuena@luz.edu.ve

PAZ REVEROL, CARMEN LAURA
Maestría en Antropología
Universidad del Zulia-Venezuela
e-mail: cpaz@luz.edu.ve

RESUMEN

Reconocer las dinámicas territoriales es un elemento clave para la comprensión de la cultura del otro en un ámbito multicultural como el que define a Venezuela, donde cada constituyente étnico ha mantenido históricamente una relación con los otros haciendo del contacto intercultural un elemento constitutivo de lo cotidiano. En este sentido, las fronteras geográficas, políticas o culturales, se convierten entonces en cortes simbólicos en la continuidad de los horizontes reales o imaginarios de los sujetos sociales que viven allí; en demarcaciones insistentemente definidas para unir o separar por obra de la voluntad algo propio y no por ello conocido, de algo ajeno y tampoco necesariamente desconocido. En este trabajo se presenta el avance de una investigación en proceso, que sostenida en la teoría histórica y antropológica así como en la etnografía en tanto método busca dar noticia de las dinámicas espaciales que toman cuerpo en el contacto multicultural de diversos sujetos sociales con visiones de la frontera no necesariamente coincidentes.

Palabras Clave: Espacio, wayuu, multiculturalidad, expansión, Venezuela.

Concerning the Resistance to the Dynamics of Expansion by the Wayuu People

ABSTRACT

The understanding of territoriality is a key element in the intersubjective comprehension of the multicultural condition as it exists in Venezuela where each ethnic group has historically maintained relations with others on a daily basis. In this sense, geographical, cultural and political borders may be viewed as symbolical divisions in the continuum of horizons which exist as either real or imaginary factors for the denizens who fall thereunder. It is evident that there is an emergence of zones consistently defined for purposes of unification or separation according to the will of those involved, even when these purposes are not recognized. There is also a definition of zones which have

*Recibido: 16- 11- 2006 / Aceptado: 09- 01- 2007.

no direct bearing on those involved but which are nevertheless understood and recognized. This paper is part of a work in progress based on historical and anthropological paradigms in respect to ethnic behaviours as they pertain to spatial dynamics and border consciousness. Such understanding of territoriality takes shape within a multicultural context in various areas of the society in general, and incidentally obtains diverse views of borders which do not necessarily coincide.

Key Words: Space, Wayuu, multiculturality, expansion, Venezuela.

1. Introducción

En un marco mundial caracterizado por una creciente focalización de la atención internacional hacia el “fenómeno” de la globalización como elemento álgido en la vida social de los pueblos y culturas occidentales ha sido posible presenciar la irrupción durante las dos últimas décadas del siglo XX del rostro múltiple de los particularismos sociales y culturales con la subsiguiente emergencia de las identidades étnicas, antes minimizadas por el pensamiento homogeneizador de las sociedades dominantes.

A pesar de esto, existe tradicionalmente –incluso en algunos espacios académicos– una tendencia a considerar que el espacio de los grupos indígenas americanos es en algunos casos, aquel al cual han sido confinados bajo las figuras de reservaciones y en otros casos estrictamente aquel en el cual tomó cuerpo el contacto entre estas sociedades y los distintos grupos de origen europeo con los cuales concurren a un encuentro cuyos resultados son contemporáneamente evidentes. Ambas consideraciones se alejan de la realidad.

Con esta afirmación no se pretende negar la importancia de aquellos territorios histórica y culturalmente reivindicados como propios por los diversos pueblos de América y en donde constituyeron sistemas complejos de interacción antes de la llegada de los europeos; espacios en los cuales posteriormente se generaron procesos cuyas consecuencias en algunos casos fueron la desaparición y en otros la adaptación y transformación.

De hecho nuestro interés se dirige hacia la existencia de espacios en los cuales se dieron relaciones que permitieron la aparición de redes sociales y culturales entre los diversos grupos, mismas que aún en la actualidad eclosionan en una irreversible génesis cultural llena de cambios a partir de nuevas situaciones y nuevos aportes.

De allí nuestro acercamiento al pueblo wayuu, pues este es uno de los grupos amerindios que ha logrado estructurar con éxito un trayecto particular en la contemporaneidad. Ellos han podido asociar en gran medida su pasado con su porvenir afirmando su derecho a la diversidad en una actualidad rotulada por los signos de la postmodernidad y del impacto asimilador que tiende a expandirse desde las sociedades criollas colombiana y venezolana, puesto que en las coordenadas geopolíticas sobre las cuales declaran su dominio estas dos repúblicas, es donde los wayuu reconocen su espacio ancestral.

Se considera a los wayuu un grupo social que en cierto modo ha permanecido apegado a un conjunto de tradiciones propias, al igual que a cierto tipo de actividades productivas desde antes de la presencia europea. Este pueblo en la actualidad se enfrenta a una situación particular, en vista de las tensiones que implica la presencia inmediata de la frontera colombo-venezolana por una parte y la reciente conclusión de vías de acceso terrestre que intensifican el contacto con los criollos, la existencia de macro proyectos de desarrollo regional adelantados por corporaciones nacionales como “Puerto América” o por operadoras de la extracción carboníferas que ejecutan sus actividades en la subregión Guajira; así como la aparición por una parte de bandas armadas, guerrilla, paramilitares; además de la reciente irrupción de formas de violencia –caracterizada como genocida por los medios de comunicación que circulan en el occidente de Venezuela y el oriente de Colombia– contra familias cuya presencia impide la cristalización absoluta de los planes de grupos que pretenden apoderarse de

esos espacios para operar en sus actividades no precisamente lícitas. Lo anterior pone en evidencia la complejidad de la situación, sobre todo porque aún asumiendo las sociedades indígenas en su heterogeneidad y reconociendo su necesidad de dar una respuesta permanente y consistente ante los impulsos dominantes de las sociedades criollas con las cuales interactúan, es casi imperativo establecer un acercamiento a los procesos de organización, a las contradicciones y a las tensiones que se dan al interior de un sistema socio cultural como el wayuu. Es por las razones anteriores y muy probablemente por enfrentar cotidianamente algunos de los aspectos planteados como parte del problema que se hace pertinente preguntar cuales son las estrategias de reafirmación y apropiación espacial de los wayuu. En este trabajo se presenta el primer reporte de avance de la investigación que en este ahora nos ocupa, por lo cual es necesario establecer que hasta el momento se trata de un estudio que se considera en su fase exploratoria por ello las apreciaciones y conclusiones a las cuales se arrije también pueden considerarse en proceso de consolidación, del mismo modo en este documento se describirá algunos ejemplos que se consideran de interés para ilustrar las comprensiones que se elaboran respecto al problema planteado.

2. Postulados teóricos básicos

En este trabajo se asume, tal como lo expresa Barbara Fiore que: un espacio objetivo, un espacio *en sí*, de hecho no existe, siendo el espacio ante todo una creación cultural.” (Fiore, 1985: 3) Por lo cual es posible su creación y simbolización de un parte de un colectivo culturalmente diferenciado.

Para dar continuidad a la opinión de autora a la citada, “como no existe espacio si no en cuanto creación cultural, el espacio por definición no puede ser nunca neutro: es sobre él que se proyectan todos los sistemas de clasificación simbólica que la sociedad adopta y sobre él se refleja el sistema social mismo. En el espacio el sistema se materializa y se refuerza continuamente”.

La creación cultural del espacio, se presenta entonces como un “hecho social total” (Gauss, 1953), “por su riqueza en interrelaciones sociales y por influir prácticamente en todos los aspectos de la vida de las sociedades” (Kottak, 1994), en consecuencia, dondequiera que un grupo emprenda la creación de sus espacios, allí estarán sus símbolos, siempre como herramientas de distinción, la presencia de estos permitirá el ordenamiento de la experiencia y al mismo tiempo la construcción de lo real, allí cuando un grupo gane o construya un espacio y también cuando lo abandone o pierda.

El espacio es entonces, siguiendo a Nelly García Gavidia: “es un código simbólico fundamental, a partir del cual se elabora la distinción entre el adentro y el afuera, entre el aquí y el allá, entre lo presente y lo ausente, entre lo cercano y lo lejano, entre el nosotros y el ellos y también entre el centro y la periferia” (García Gavidia, 1996: 20). Por ende, un código a partir del cual, los grupos sociales construyen sus identidades.

Se hace interesante a los fines del presente texto delinear la existencia de numerosos matices en la comprensión de la noción de espacio ya que es esta la dimensión de contacto entre culturas y este último concepto incluye también los aspectos materiales, y el hábitat de una comunidad ; sus modelos de organización espacial son fundamentales para la definición de sus respectivos patrones de convivencia y de igual modo influyen en su capacidad de integración, no en balde el espacio es soporte donde se materializa el juego de la semejanza.

Es sobre un espacio, bien sea geopolítico, topológico, imaginario o mitológico, donde las personas vuelcan sus sistemas de representaciones, reglas e imágenes, creando un territorio propio como síntesis determinada por el grupo social, un espacio en el cual toman cuerpo las dinámicas identidad/alteridad pues el “nosotros no es posible sin un entorno espacial de referencia” (Amodio, 1993).

Es entonces el espacio un referente a diversos niveles y como tal es construido por los sujetos sociales, de manera que “posee atributos que al igual que una moneda , por una cara miran

hacia las determinantes geométricas, a lo que reconocemos como geografía física en sentido amplio: relieves, orografía y accidentes asociados a la dimensión “material” que lo componen, y por otra hacia lo que serían los aspectos determinantes de tipo cultural, llenos de símbolos y signos, a partir de los cuales a partir de los cuales los individuos constituyen lo que consideran su territorio”. Ambas caras formando un elemento que reúne distintas características integradas a un solo caudal en el cual fluyen las determinantes mencionadas, dando origen a un doble mecanismo cultural que permite la supervivencia cotidiana en el entorno y la producción articulada de la identidad cultural (Amodio, 1993).

Es por esto que la vida de todo sistema socio cultural es directamente influido por el espacio y la territorialidad que él implica, en principio por ser el sostén de la vida y además marco, producto y al mismo tiempo núcleo de la simbolización. En este sentido conviene aquí introducir que a los fines de este trabajo la territorialidad es entendida como la cualidad de localización específica de la vida social. Sujeto a su expresión material o simbólica es posible la construcción de vínculos tales como redes de flujo de información y transmisión de contenidos culturales, formas de articulación social, construcción de identidades y producción de bienes materiales. En consecuencia la territorialidad no se reduce estrictamente al espacio compartido si no que se expande en la dirección que los componentes de una sociedad asuman y al mismo tiempo experimente como propias.

En lo que refiere a la noción de frontera es interesante señalar que etimológicamente el término “*frontera* proviene de *frons*, la frente de la *Civitas Máxima* de los romanos, la cual avanzaba como la visera al casco, como el espolón a la proa, anunciando el movimiento del *imperium mundi*. Lejos estaría la idea del patio trasero, la frontera selvática, el rincón olvidado que el concepto evoca en países de origen colonial ultramarino que se hayan formado desde la costa hacia el interior” (Kaldone, 1992: 34).

Esta noción suele usarse como sinónimo de límite. Desde el punto de vista estrictamente técnico, existen diferencias entre ambos, pues la idea de límites responde a una noción lineal, en cambio la de frontera, a una noción espacial que involucra al límite del mismo modo que la zona delimitada por éste, incluyendo la función limítrofe específicamente.

También se ha definido la frontera como “una franja potencialmente habitable por un conglomerado humano perteneciente a dos o más nacionalidades distintas (a veces pueden ser colateralmente distintos los idiomas, las culturas, las religiones, las costumbres), pero que se hayan a fuera de adyacencias en el espacio compartido, frente a unas realidades objetivas que tienden a la creación de un subsistema común en que además de conservar cada quien las características de su identidad de origen, agrega otras características híbridas que son el producto inmediato y necesario de la vecindad “ (Kaldone, 1992: 29) en atención a lo anterior y a los fines de este trabajo se define la frontera como espacios indeterminados de contacto y contigüidad, redes expandidas de presencia cultural y material de los grupos humanos, imposibles de delimitación exclusivamente expresada desde la perspectiva topográfica.

En consecuencia las llamadas fronteras geográficas, geopolíticas, políticas o culturales son cortes simbólicos en la continuidad de los horizontes reales o imaginarios de los sujetos sociales cuya vida se desenvuelve en dichos territorios, demarcaciones insistentemente definidas para unir o separar por obra de la voluntad algo propio y no por ello conocido, de algo ajeno y tampoco necesariamente desconocido.

Finalmente es necesario establecer una consideración particular en lo tocante a la noción de expansión territorial y entender que algunos grupos sociales emprenden la creación de nuevos espacios, a partir del desplazamiento y re-emplazamiento en territorios que serán incorporados al acervo propio del grupo social.

3. Apuntes de método

Para el desarrollo de la indagación realizada se ha privilegiado la perspectiva antropológica atendiendo a que esta, aparte de centrarse en la descripción de los eventos y procesos sociales, implica también una relación directa entre los sujetos investigadores e investigados quienes emprenden un intercambio dialógico de información al mismo tiempo que se desarrolla una percepción propia del investigador en cuanto a su experiencia personal al compartir la vida de la comunidad e intercambiar con los protagonistas de las prácticas, apreciaciones y criterios para lograr interpretaciones pertinentes, así como comparaciones y convalidaciones ajustadas a los hechos investigados de acuerdo a las experiencias de la teoría antropológica.

Del mismo modo se acudió en esta fase de investigación al registro y recopilación de testimonios de algunos miembros de la comunidad como fuente de información, procurando apreciar la “textura real de la vida social, tal como la gente vive” (Bertaux, 1993) permitiendo esto que se recopilaran impresiones y consideraciones en instancias algunas veces colectivas y otras casi personales, colocando el foco en las prácticas asociadas al espacio y a la construcción de las nociones inherentes a este, tales como desplazamiento, asentamiento, fundación, frontera y límite.

En atención al sentido amplio de la investigación antropológica también se realizaron encuestas y elaboraron los respectivos cuadros de descripción de las relaciones sociales, partiendo de la detección de los sujetos clave del estudio, tomando en cuenta la relación que existe entre la morfología de un grupo y los diversos aspectos de su existencia” (Cazeneuve, 1970). En dicha orientación, se tomo en cuenta las recomendaciones de Mauss (1967), al ofrecer el criterio de que el etnógrafo ha de preocuparse de ser exacto, completo; debe tener el sentido de los hechos y de sus relaciones mutuas, así como el de las relaciones y las conexio-

nes. Debe ser capaz de evocar, explicar y comparar las sociedades desde sus “hechos sociales totales”.

En tanto método la etnografía ha permitido a los investigadores encaminarse hacia una comprensión holística de los hechos, tomando en cuenta el entorno general, el contexto y los sujetos sociales que constituyen de modo conjunto la unidad de análisis aunque en algunos casos puedan ser considerados aisladamente en atención a los elementos de su particularidad.

En este momento particular del trabajo realizado se ha puesto gran peso al arqueo documental y la revisión bibliográfica, a los fines de ampliar el panorama teórico, metodológico, que conduce y soporta la investigación, en tanto se incluye en calidad de evidencia de procesos sociales el registro histórico de acciones pasadas que revelan lo que se considera modelos para posturas asumidas en el presente.

Es prácticamente imposible afirmar que en las ciencias sociales existen técnicas exclusivas a una u otra disciplina, no obstante, en el seno de la antropología se ha cultivado con características sobresalientes, el trabajo de campo sostenido en técnicas que van desde la observación simple, por así decirlo, hasta la observación participante la cual abre la posibilidad de “explorar las complejas relaciones que se establecen entre ‘lo que se dice’, ‘lo que se dice que se hace’ y ‘lo que en realidad se hace’, permitiendo -además- observar los ambientes naturales donde acaecen los comportamientos, sin quebrantar tampoco su propia estructura” (Jociles, 1999).

De hecho, técnicas como las mencionadas han llegado a ser consideradas prácticas distintivas pero en este sentido es interesante considerar que en ciencias sociales, “la permeabilidad de las fronteras de las diferentes disciplinas no afecta únicamente a la circulación de conceptos, teorías o estrategias metodológicas, sino también al traspaso de técnicas de investigación, (Jociles, 1999).

Por otra parte es interesante apreciar, que la combinación de técnicas para el abordaje de un mismo objeto de estudio, y la flexibilidad de la etnografía, son una de sus principales cualidades, lo cual abre al investigador oportunidades inmejorables para alcanzar interpretaciones y explicaciones más dinámicas y complejas de los fenómenos socioculturales, tal como se ha planteado hasta ahora en el ámbito de la antropología.

4. El pueblo wayuu

Se trata de uno de los más heterogéneos grupos amerindios, su particularidad no puede ser considerada impermeable y mucho menos hermética, puesto que en ellos es posible identificar los legados de su pasado precolombino al mismo tiempo que sus constantes procesos de cambio. Algunos adoptados por la fuerza del intercambio con otros grupos y las presiones ecológicas; otros impuestos por las relaciones asimétricas que han vivido tanto en el pasado, confrontando la presencia hegemónica europea como en la actualidad bajo la igualmente dominante presencia criolla de los Estados-nación de Colombia y Venezuela. No es posible tampoco dejar de lado los procesos de reelaboración y síntesis incesante que este grupo emprendió en atención al intercambio y contacto con los europeos en el pasado; y en el presente con el mundo cada vez mas globalizado. En sus prácticas y discursos está la evidencia de sus costumbres y tradiciones ancestrales como una manera defensiva frente la avasallante hegemonía sobre todo del grupo étnico dominante: los criollos tanto venezolanos como colombianos.

Justamente, en un espacio atravesado, dividido, segmentado, medido y separado por las líneas imaginarias con las cuales han definido y definen sus límites Colombia y Venezuela habita el pueblo wayuu, allí, en la Península de la Guajira, territorio ancestral de los Wayuu también conocidos como Guajiros –habitantes de la Guajira–:

“a la que los wayuu posiblemente arribaron en tiempos precolombinos provenientes de la cuenca amazónica. El motivo de su asentamiento originario obedece al parecer a la presión de grupos Caribe. El origen amazónico del pueblo guajiro ha sido revelado por su mitología, por la evidencia lingüística, que los adscribe por filiación lingüística a la familia Arahua, y también por la investigación antropológica” (Álvarez, 1994: 1).

La península habitada por los wayuu esta situada al extremo septentrional de América del Sur, al noroeste colide con el mar Caribe, limitando al este con el Golfo de Venezuela y el lago de Maracaibo, al sur con el departamento del Cesar en Colombia y la Sierra de Perijá en el Municipio Mara en Venezuela y al suroeste con el río Magdalena. Esta porción de tierra tiene aproximadamente 15.380 km² de los cuales 12.000 corresponden a Colombia y el resto a Venezuela. Es una tierra seca y caliente, inhóspita, con un sol abrasador y una alta evaporación, a lo largo del límite meridional de la península. En ella fluye el río Ranchería en Colombia y el Limón en Venezuela de forma permanente, además de un sistema orográfico estacional denominado Carraipía-Paraguachón.

Las lluvias son escasas en la guajira y se presentan en dos períodos anuales en los cuales se llenan los jagüeyes pozos y cacimbas, sin embargo suele haber inundaciones que afectan negativamente la permanencia de los habitantes pues por regla están acompañadas de brotes de enfermedades como el dengue y la malaria entre otras. Durante el período de sequía el agua se obtiene de los citados mecanismos de almacenaje no obstante cuando la sequía se extiende la población debe desplazarse a localidades en las cuales sea posible obtener agua y alimento para las familias y los animales.

La Península de la Guajira está dividida en Baja y Alta Guajira. Desde las inmediaciones de la selvática cuenca del río Limón y los pantanos y ciénagas del Gran Eneal se extiende hacia el norte la llamada baja Guajira y su definición se desdibuja en la

medida que hacia el norte se impone la desertidad de la llamada Alta Guajira.

A pesar de la falta de agua y de la escasez de pastos al norte de la península, los wayuu adoptaron desde los primeros tiempos del contacto con los europeos nuevos elementos tecnoc-económicos, lo que generó un proceso de transición de las formas de subsistencia prehispánica a un tipo de economía con base, principalmente, en el pastoreo. Sin embargo, actividades como la caza, la agricultura y la recolección no fueron abandonadas sino que, desde ese momento, pasaron a ser actividades complementarias. Esto implicó profundos cambios en los patrones migratorios, en su organización política y social y en el propio sistema mítico entre otros aspectos. De manera tal que, la cría de ganado, sobre todo caprino y ovino, pasó a ser la principal actividad. El ganado es utilizado en la subsistencia, en los sacrificios de las ceremonias, para adquirir estatus y en los intercambios matrimoniales y comerciales. Actualmente no hay familias wayuu dedicadas exclusivamente al pastoreo o a la pesca. Estas actividades se encuentran generalmente combinadas con otras ya no tan tradicionales como el comercio, el contrabando y el trabajo asalariado.

Sin embargo, es posible afirmar que aún en la actualidad la organización social wayuu tiene su anclaje principal en su sistema de parentesco, sistema en el vínculo de una madre con sus hijos se designa por la palabra eirruku, los individuos que comparten este vínculo son denominados apüshi y comparten una línea parental derivada del componente materno; con el padre los hijos comparten la sangre a este grupo de parientes se les llama oupayu, y es un tipo de filiación complementaria a la de los parientes maternos, de manera es determinante notar que los hermanos son los únicos parientes que comparten los dos componentes de las líneas descendenciales pues son de la misma sangre (ashá) y la misma carne (eirruku).

Con los parientes apüshi se tienen las obligaciones más importantes y actúan como colectividad, contraen responsabilidades para el cumplimiento de obligaciones tales como: los pagos matrimoniales o las indemnizaciones por diversas faltas. Todo wayúu tiene un eirruku o “nombre de carne”. Este nombre es lo que se ha asociado con los “clanes” wayuu, a partir de lo cual se ha afirmado que la organización social de este grupo está conformada por clanes matrilineales no exogámicos, los cuales se encuentran dispersos en la península. La unidad política no se da a nivel del clan sino en el nivel del linaje. Los miembros del matrilineaje comparten sus antepasados míticos y humanos y están asociados a un lugar, a un cementerio, a una fuente de agua así como a determinadas tierras de pastoreo.

Los miembros de la comunidad wayuu están vinculados por un derecho consuetudinario que regula las relaciones intraétnicas y provee mecanismos de arreglos para la solución de conflictos en el interior del grupo y en muchos casos tal regulación desborda la intraetnicidad y opera en el marco de las relaciones interétnicas con los grupos criollos venezolanos y colombianos. En tal sentido las normas y preceptos se han tenido que ir ajustando a las diferentes circunstancias que este grupo ha tenido que afrontar no obstante la utilización de ese conjunto de regulaciones ha contribuido a que los wayuu se reconozcan recíprocamente como pertenecientes a una misma etnia.

5. Crónicas de la resistencia ó el pasado como referencia

El hecho de que contemporáneamente pueda considerarse al pueblo wayuu como exitoso en lo referente a su expansión y a las diferentes dinámicas espaciales emprendidas en cierta medida se debe a la activa resistencia que evidenció en el pasado, vale notar que durante la época colonial, la resistencia de los indígenas wayuu a someterse a encomiendas y misiones tomó cuerpo en la defensa de su territorio, en algunos casos mediante continuas y

violentas rebeliones que le permitían por una parte enfatizar la posesión de sus espacios y por la otra contrarrestar las avanzadas de los europeos hacia el interior de la Península de la Guajira, como ejemplo el siguiente párrafo narra con suficiente elocuencia la situación:

“Los contactos entre criollos y guajiros estuvieron marcados por tensiones en la mayor parte de este período. Entre 1838 y 1842 se registraron algunas incursiones guajiras en al territorio de poblamiento criollo por lo que el gobierno debió tomar medidas para las negociaciones y contratos entre guajiros y criollos establecidos en Sinamaica y otros lugares de Maracaibo, fueron supervisados por las autoridades.” (Cunil, 1987: 26).

Es también crucial enfatizar que justamente el conocimiento de un espacio como la sabana ocupada, nombrada, tasada en prácticamente cada accidente, brindó al pueblo wayuu, en el pasado “ventajas competitivas” ante sus adversarios, una de tales es justamente la identificación de las fuentes de agua y los procedimientos expeditos para su obtención, así lo expresa el pasaje que se cita a continuación:

Estos hombres se mantienen sin comer ni beber, dos o tres días, y les satisface abrir en breve instante la tierra con sus manos, y beber un sorbo de agua de cualquier calidad que sea, comen raíces de yerba y frutillas silvestres, que uno y otro acabarían con un hombre de los nuestros en pocos días: En el terreno que poseen, (que pasan de trescientas leguas que forman un ángulo) son muy distantes las aguadas, unas de otras, y por lo general salobres; para llegar a donde pueden retirar sus ganados, se hace preciso acabar primero con todos los guajiros, que compondrán veinte mil indios con fusil y flecha (Barrera, 1988: 11)

De hecho en el párrafo arriba citado, aparece también de manera explícita el reconocimiento del territorio y la extensión que este posee y sobre todo su condición indiscutible de pertenencia.

cia a los wayuu. En sentido tal que su propiedad se expresa no sólo en el reconocimiento de su territorio, sino también en la claramente expresada voluntad de defenderlo como espacio particular, constancia que se muestra en el texto a continuación:

Por lo que respecta a hacer la guerra, los he visto manejar un fusil y fatigar un caballo como el mejor europeo, sin olvidar su arma nacional, la flecha; a esto les acompaña un espíritu bizarro con mucha parte de racionalidad adquirida en el inmemorial trato, y comercio que han tenido con todas las naciones. (Cunil, 1987: 31).

Las continuas rebeliones wayuu permitieron redimensionar la identidad del mismo en la medida que se abrieron las fuentes de contacto y de conflicto debido a la transición de una economía hortícola, recolectora y cazadora a una agropecuaria. La constante resistencia de los indígenas se mantuvo en la República impidiendo el avance de los poblados urbanos hasta finales del siglo XIX.

La creación de la República hizo necesaria la formulación y aprobación de leyes que en la práctica se convirtieron en nuevas disposiciones gubernamentales orientadas a la organización política-administrativa y militar de la región; todo esto, con la finalidad de lograr la estabilidad política e incentivar las actividades productivas y comerciales, además de permitir controlar el contrabando y consolidar la presencia de las autoridades venezolanas; esfuerzos que acentuó la resistencia y propició las rebeliones de los wayuu. Por tal motivo, se consideró su territorio como “inconquistable, insumiso y vaco” ya que había demostrado su rebeldía desde el periodo monárquico.

El wayuu ha tenido una tradición de lucha y de defensa de su modo de vida y cultura. El criollo, denominado por ellos alijuna en el pasado era considerado un enemigo, de allí los innumerables enfrentamientos, ataques y choques. Este conflicto era de carácter cultural y en él se enfrentaban dos grupos humanos culturalmente

distintos y con intereses peculiares, donde cada uno de ellos buscaba imponerse sobre el otro.

Tal situación ha tenido como consecuencia la conquista por parte del pueblo wayuu de una suerte de autonomía que se ha proyectado hasta el presente atravesando las distintas expresiones del orden institucional de los gobiernos venezolanos y colombianos hasta la actualidad lo cual permite pensar que este grupo continuará siendo de gran importancia en el panorama binacional

6. El pueblo wayuu entre la expansión y el desplazamiento

Lejos del atrincheramiento para la defensa de su territorio, el pueblo wayuu a emprendido la conquista de nuevos espacios, en este sentido se puede diferenciar dos tipos de ocupación, uno de ellos caracterizado por las Fundaciones de poblaciones al interior de la guajira y otro por las Fundaciones fuera de la Guajira. En el primer caso se encuentran un sin número de asentamientos surgidos de la ocupación por grupos que en períodos de sequía se establecen provisionalmente en determinados lugares y deciden mantenerse en tales espacios en atención a la presencia de agua o de mejores condiciones de pastoreo, pesca o comercio. Este es el caso de comunidades como Caracolito, la Rinconada, Campamento o Maliichee´in, esta última fundada por una familia que estableció su hogar en la cercanía de un caño bordeado por *Maliichii*, –palabra wayuu que designa la enea y de cuyo nombre se deriva el del actual poblado– espacio que anteriormente, de acuerdo al testimonio de Enis Castillo

“ era un descanso de comerciantes, y ahí se conocieron la Josefa Paz “Apushana” y Juan Marrufo, el la pidió y se casaron y aquí hicieron con la misma enea y enseguida vinieron otros y las casas las componían con palmas de coco, pisos de barro, palos de mangle, paredes de barro con paja y varillas de cauvaro y todo estaba cerca del caserío...y ahora ahí está que Maliichee´in tiene ahora dos sectores, Maliichee´in I y Maliichee´in II , en el uno se ve co-

mercio, cultivan Icacos, hay conucos ovejas, chivos y ganado y en el dos se ve la pesca y tantos abastos y las casitas son de material porque las hizo caldera en el primer gobierno que tuvo, por eso son rurales.”

El testimonio anterior ilustra un tipo particular de práctica fundacional que se repite al interior de la península guajira, en la cual para 1949 de acuerdo con la estadística del Nomenclador del Zulia para la fecha, ya existían, aparte de las poblaciones consolidadas en Sinamaica y Paraguaipoa y los asentamientos tradicionales de las distintas parcialidades wayuu, unas 85 fundaciones, que en la actualidad se han multiplicado exponencialmente llegando a ser un sinnúmero de caseríos, vecindarios, barrios.

Al tratarse de los asentamientos emprendidos fuera de la guajira hay que realizar al menos tres distinciones.

- 6.1 Los numerosos barrios fundados por migrantes wayuu que se desplazan hacia los centros urbanos como Maracaibo o Valencia.
- 6.2 Los asentamientos fundados por wayuu que se desplazan y establecen caseríos rurales, algunos de los cuales dan orígenes a comunidades de braceros pastores, peones y cultivadores en Municipios como Machiques de Perijá, Rosario de Perijá, Sucre, Valmore Rodríguez, Venancio Pulgar y Francisco Eugenio Bustamante, así como en los , estados Mérida y Trujillo.
- 6.3 Las comunidades que surgen por el acceso inmediato a fuentes de trabajo como las Camaroneras del Bajo en el Municipio San Francisco del Estado Zulia y de la Cañada, en el Municipio Urdaneta de la misma entidad.

7. Atisbos pertinentes

El texto desarrollado hasta aquí se presenta como una construcción preliminar que sin embargo permite poner en la discu-

sión algunos elementos del problema inherentes a la expansión territorial wayuu. Desde una perspectiva contemporánea, es necesario tratar de confrontar las visiones que tienden a caracterizar al pueblo wayuu y sus patrones de asentamiento utilizando lineamientos nostálgicos o reduccionistas; ejemplo de ello es el siguiente párrafo: “el alijuna, el kusina, el paraujano y el wayuu, viven en un ambiente distinto. El alijuna habita en las ciudades o pueblos, el kusina en los montes, los paraujanos en el mar y el wayuu en el desierto. (Ardila, 1999), En este se ilustra un ánimo purista que mantiene a *cada cual en su lugar*, cuando en la realidad en sociedades como la colombiana y la venezolana, que se definen constitucionalmente como multiculturales y pluriétnicas la presencia de unos y otros grupos en un intercambio material o simbólico se hace cada vez más intensa.

En el trabajo de campo realizado en distintas poblaciones del corredor costero fronterizo, así como en las comunidades wayuu urbanas de Ziruma, Sector los wayuu del Municipio San Francisco, Cujicito, Chino Julio, Torito Fernández y Las Peonías se ha podido obtener testimonios significativos de los cuales derivamos algunas afirmaciones que se expresarán a continuación.

Cuando se pregunta a los wayuu que habitan en el corredor costero fronterizo donde considera que está la frontera, indefectiblemente responden que “en la Raya”, es decir, se alude al punto de cruce, aduana y control de vehículos, en ninguno de los casos se refiere al espacio del corredor, tampoco a los accidentes geográficos como la serranía o la montaña Epitsü. En este sentido se considera que se construye la frontera como un punto específico donde se llevan a cabo unas acciones consideradas como “de frontera”. Cuando se solicita a los entrevistados definir cual es el espacio de los wayuu, indefectiblemente contestan que la Guajira, miran y señalan hacia la costa y hacia la sabana, en algunos casos establecen una diferenciación cuando dicen la baja o la alta y en otros se ha conseguido testimonios en los cuales se establece que

todos los lugares donde ellos estén son wayuu. Al ser interrogados en relación a como ven el territorio wayuu, se ha conseguido diversas respuestas, que van desde afirmar que es una tierra abandonada, hasta un espacio definido para nuevos desarrollos, como en el testimonio de Gisela Iguarán –Presidenta del Bloque Vecinal de La Guajira– quien dice: “Veo en la tierra de los wayuu ciudades Guajiras modelo para el mundo”.

Desde una perspectiva de carácter analítico, hasta ahora se ha podido percibir, por una parte la capacidad del pueblo wayuu, para fundar asentamientos motivados por los desplazamientos que llevan a cabo como consecuencia de su alta migración laboral, este es el caso de poblaciones como El Chivo y el barrio guajiro de Valencia, ubicado en las inmediaciones del terminal de transporte extra-urbano de la mencionada ciudad.

Por otra parte es importante en este primer reporte que durante el último año ha ocurrido un fenómeno de desplazamiento involuntario de diversas familias wayuu víctimas de bandas ligadas a actividades ilícitas. Frente a esta situación es notable que ha operado una vez más la respuesta histórica del pueblo wayuu, adelantando la respuesta armada y el establecimiento de defensas propias y planes de refugio para los afectados mediante la activación de redes de solidaridad intraétnicas que en algunos casos convocan la participación de criollos aliados.

8. Bibliografía

- ALVAREZ, José. 1994. *Estudios de Lingüística Guajira*. Edit. Astro Data. Maracaibo.
- AMODIO, Emanuele. 1993. *Formas de la alteridad*. Ediciones ABYAYALA, Quito.
- AMODIO, Emanuele. 1993a. “Soñar al Otro: La Identidad Étnica y sus Transformaciones entre los Pueblos Indígenas de América Latina”. En: Daniel Matos (ed.), *Diversidad cultural y construcción de identidades*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.

- ARDILA, Gerardo. 1999. *La Guajira*. Edit. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá
- BERTAUX, Daniel. 1993. “*De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica*”. En: MARINAS, José, SANTAMARINA, Cristina. *La Historia oral: Métodos y experiencias*. Edit. Debate, España
- Diccionario de Historia de Venezuela*, 1988. Fundación Polar, Caracas.
- CUNILL, Grau. 1987. *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Tres tomos, Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- FIORE, Bárbara. 1985. *Antropologia dello spazio*. En: *La Ricerca Folklorica N° 11*. Grafo Edizioni. Brescia, Italia.
- GARCÍA, Nelly. 1996. Códigos utilizados en la invención, re creación y negociación de la identidad nacional. En: *Opción*, N° 20, Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia.
- JOCILES, María Isabel. 1999. “Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico”. En: *Gazeta Antropológica*, N° 15. Universidad de Granada, España.
- KOTTAK, Conrad. 1994. *Antropología*. Edit Mc Graw Hill, Madrid.
- MAGDELBAUM, David. 1975 “Agrupamientos Sociales”. En: SHAPIRO, H.L. “*Hombre, cultura y sociedad*”, Edit. Fondo de Cultura Económica, México.
- MATO, Daniel y otros. 1996. *América latina en tiempos de globalización*. Edit. Cresalc. UNESCO, Caracas.
- MAUSS, Marcel. 1967. *Introducción a la etnografía*. Ediciones ISTMO, Madrid.
- NWEIHED, Kaldone. 1992. *Frontera y límite en su marco mundial*. Edit. Equinoccio, Caracas.
- SILVA, Armando. 1998 *Imaginario Urbanos*. Edit Tercer Mundo. Bogotá -Colombia
- SITTON, Thad. MEHAFFY, George L. DAVIS Jr. O. L. 1993. *Historia Oral*. Edit. Fondo de Cultura Económica, México
- VALBUENA, Carlos. 2000. “La Cuenca del Lago, Espacio para la Confluencia”. En: *Pueblos y Culturas de La Cuenca del Lago de Maracaibo*. Edit. Ars Gráfica, Maracaibo.

Aproximación interpretativa de dos ceramios de Tunan – Paramonga (Lima – Perú)*

ALBARRÁN, YANITZA

Maestría en Etnología, Universidad de Los Andes-Venezuela

e-mail: yanitlr@yahoo.com

RESUMEN

La cerámica jugó un papel muy importante durante el período prehispánico, en la vida cotidiana y en la religión, por ser soporte de imágenes relacionadas con el panteón andino. Los dos ceramios escogidos para fines investigativos pertenecen al estilo Pativilca, propios de los valles ubicados entre los ríos Fortaleza y Pativilca en la costa nor-central peruana. Cronológicamente los ceramios se ubican entre la fase 3 del horizonte medio, 800 d.C y el periodo intermedio tardío 900-1476 d.C. Las imágenes plasmadas en ambos ceramios fueron representadas por culturas ubicadas en la costa peruana y según nuestra interpretación basada en fuentes etnohistóricas y rituales las mismas representan el inicio de la siembra, la diosa Pachamama y la cosecha de maíz y yuca. Ambas escenas representan el inicio y el cierre del ciclo agrícola.

Palabras Clave: Ceramios, agricultura, Tunan–Paramonga, Pativilca, Perú.

An attempt to interpret two ceramics from Tunan – Paramonga (Lima – Peru)

ABSTRACT

Ceramics plays an important role during the prehispanic period in both daily life and in religion bearing as it does the portrayal of images in the Andean pantheon. The two pieces chosen for this research are Pativilca in style, coming from the valleys of the Fortaleza and Pativilca rivers on the north central Peruvian coast. Chronologically the pieces fall between phase 3 of the middle period or about 800 A.D. and the late intermediate from 900 to 1476 A.D. The images appearing on both pieces were the work of cultures which were located on the Peruvian coast, and according to our estimation based on ethnohistorical accounts and rituals they portray the beginning of the sowing season with the goddess Pachamama and the harvest of corn and manioc. Both the scenes portray the beginning and the end of the agricultural cycle.

Key Words: Ceramics, agriculture, Tunan-Paramonga (Lima-Peru).

* Recibido: 26- 10- 2006 / Aceptado: 30- 01- 2007.

1. Introducción

El arte prehispánico en Los Andes Centrales tiene sus inicios aproximadamente en el 15000 antes de nuestra era. Este largo periodo está dividido en tres grandes etapas: la primera identificada por cazadores y recolectores (15.000 - 6.000 a.C.). La segunda etapa corresponde a grupos sedentarios de pescadores, agricultores y ganaderos incipientes (6.000-3.000 a.C.). La tercera y última etapa (3.000 a.C-1532 d.C.) comprende el establecimiento de sociedades complejas basadas en la agricultura, la ganadería, existiendo clases sociales diferenciadas y grandes centros urbanos con arquitectura monumental. Es en este momento cuando se introduce la cerámica en el arte prehispánico de los Andes Centrales, en una fecha muy tardía (1850 a.C.) en relación a otras partes del continente.

La cerámica jugó un papel muy importante en la vida cotidiana, por su uso en las actividades domésticas, como la preparación y consumo de alimentos y en la religión por ser soporte de imágenes relacionadas con los dioses del panteón andino, escenas míticas, entre otras. La presente investigación pretende realizar una aproximación interpretativa de dos piezas cerámicas del estilo Pativilca, propio de los valles ubicados entre los ríos Fortaleza y Pativilca, en la costa norcentral peruana. Cronológicamente los ceramios pertenecen a *la fase 3 del Horizonte medio 800 d.c. y el periodo Intermedio Tardío 900 – 1476 d.C.* (Rowe, 1958: 30).

2. Sitio Arqueológico de Tunan – Paramonga, Lima

Los dos ceramios escogidos para fines de esta investigación están relacionados por similitud estilística con los fragmentos cerámicos pertenecientes al estilo Pativilca, hallados por los arqueólogos Iriarte y Zegarra en los cementerios arqueológicos de Tunan, ubicados *al este de la hacienda Paramonga a unos 30 Kms. entre la quebrada de Jurquillos por el Suroeste y una cadena de cerros al Noreste, denominada El Sobresaliente Cerro Yalcón de*

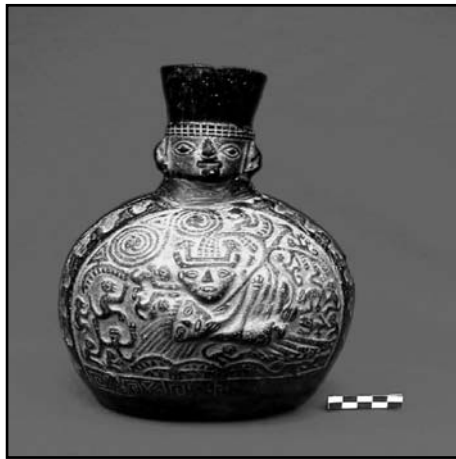
Judas y hacia el lado Este, el río Tunan afluente de Fortaleza (Iriarte y Zegarra, 1960, s/p).

El sitio arqueológico de mayor relevancia y más cercano a los cementerios de Tunan y seguramente relacionado con éste es “La Fortaleza de Paramonga”, ubicada en el Km. 195 de la carretera Panamericana Norte, en la margen derecha del río Fortaleza, en el valle de Paramonga, Provincia de Barranca, Departamento de Lima, Perú. Cronológicamente el sitio pertenece al periodo *Horizonte Tardío 1476 – 1532 d. C.* (Rowe, 1958, p. 30) que corresponde a la dominación Inca del valle.

3. Ceramio A de Tunan – Paramonga de la Colección del Museo de Sitio “Arturo Jiménez Borja” – Puruchuco

El ceramio A (N° de Registro: CE-0325 Tunan – Paramonga) es un cántaro de color negro de manufactura moldeada, de técnica estampada y cocido en atmósfera reductora. Presenta una cara-gollete de lados cóncavos – divergentes con labio ojival. El cuerpo es de forma elipsoidal y la base es plana, no posee asas. Tiene una altura total de 25.2 cms., el cuello una altura de 5 cms., la boca un diámetro de 5.4 cms., el cuerpo un ancho de 17.9 cms. y la base una longitud de 12.6 cms.

La decoración del ceramio está ubicada en el anverso y reverso del cuerpo elipsoidal. La imagen presenta la unión sexual de una pareja centralizada en la escena y ocupando el mayor espacio compositivo, alrededor de ella se disponen animales, elementos geométricos y naturales, entre los que destacan: la serpiente en las formas bicéfala en espiral, ramificada en árbol, conformando el tocado de la figura masculina y emergiendo del cuerpo de la mujer con cabezas felínicas. Los monos recolectores de frutos, con bolsas a sus espaldas dirigiéndose hacia la pareja y pendiendo acrobáticamente del árbol. Finalmente dos triángulos invertidos, un jaguar y frutos dispersos en la escena.



Ceramio A. N° de Registro: CE-0325.

El tema plasmado en la escena pareciera guardar relación con tres mitos recogidos por Francisco de Ávila en el siglo XVII en su *Tratado de Ritos y Tradiciones de Huarochirí*, los cuales tienen como protagonistas a una pareja, tal como ocurre en el ceramio A, sobre dichos mitos se expondrá una síntesis seguidamente.

- **Pariacaca y Chuquisuso:** Este primer mito expresa claramente la escena representada en el ceramio A, en el se observa como eje central la unión sexual del Dios Pariacaca con la mujer de nombre Chuquisuso, hecho ocurrido luego de que él cumpliera con todos los deseos pedidos por ella para mejoras de su siembra.
- **Anchicara y Huayllama:** Este segundo mito a diferencia del primero refleja el poderío que tiene un ayllu sobre una fuente de agua. *El mito es el que regula las relaciones sociales y los derechos sobre los bienes* (Hocquenghem, 1989: 75), organizando los potestades sobre lagunas, ríos o mantiales.

- **Collquiri y Cuniyara:** El eje de este tercer mito al igual que los anteriores es la unión sexual entre una Huaca y una mujer terrenal. La diferencia de éste, es que trata sobre el nacimiento de un manantial.

El análisis de los tres mitos lleva a concluir en esta primera fase, que la unión sexual siempre está relacionada con fuentes de agua. La escena del ceramio A según los datos etnohistóricos antes expuestos, específicamente el primer mito de Huarochirí, que exige buenas fuentes de agua y eficaces acequias para la irrigación. Muestra la profunda relación entre la unión sexual y el requerimiento de campos fértiles para el inicio de la siembra. Demanda exigida por el pueblo prehispánico, debido a las características de la costa peruana, un lugar de escasas lluvias, extrema aridez, que origina su geografía desértica.

Los personajes representados en la unión sexual es posible que sean el Dios Rayo *el tan conocido dios de las aguas, que tiene su morada en la Cordillera de Pariacaca*. (Cuaderno de Investigación del Archivo Tello, 1999: 40), generador de tempestades, *principio primaveral de inicios cíclicos* (Cirlot, 1979: 382) y la Diosa Tierra o Pachamama lugar de germinación y florecimiento de las plantas.

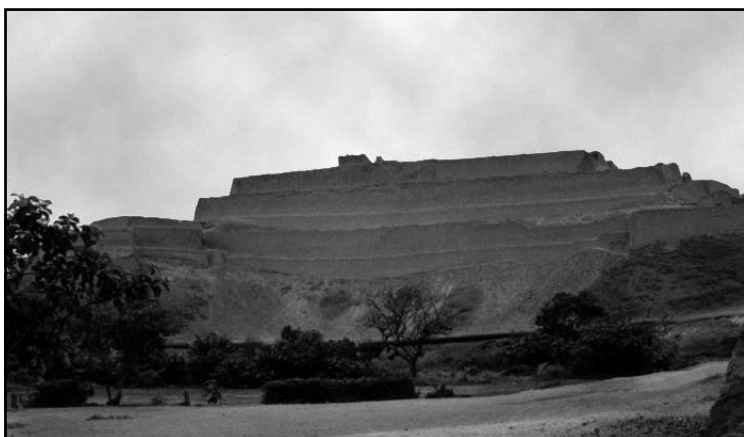
Se identifica claramente al personaje masculino como Dios Rayo, por estar acompañado de la serpiente bicéfala relacionada con *la producción de lluvias* (Carrión, 1959, p. 18) y del triángulo invertido *símbolo del agua* (Cirlot, 1979: 448). Además de estar citado en el primer mito como dios Pariacaca que en *sus orígenes se le conoce como Yaro, el dios de las lluvias torrenciales* (Espinoza, 1990: 460).

El árbol cargado de frutos emergente del coito y los frutos dispersos en la composición, son alusivos al deseo de próspera cosecha *símbolo de la fertilización* (Carrión, 1959: 25). Los monos que penden de las ramificaciones y de los frutos se hallan

íntimamente asociados a las semillas (Frame, 2002: s/p.), además, son *seres asociados al agua* (Carrión, 1959: 22). La cenefa es la síntesis en símbolos de la escena naturalista. Esta simbología descrita reafirma la propuesta del significado de la escena del ceramio A, el requerimiento de campos fértiles para el inicio de la siembra. Los pueblos necesitan de tiempos benévolos o de fuentes de agua para tener campos propicios para la agricultura.

La demanda de agua para el inicio de la siembra está señalada en el calendario agrícola del cronista del siglo XVII Guaman Poma Ayala recogido en su manuscrito *Nueva Corónica y Buen Gobierno* durante el mes de octubre.

Al ubicar el mes de petición de lluvias para el inicio de la siembra en octubre, fecha de rituales tal como lo expone el *cronista Polo: las llamas de diferentes colores eran sacrificadas al Dios Rayo para “que no haga falta las lluvias”* (Zuidema, s/f: 256). Se está ubicando el momento mítico de la escena representada en el ceramio A. La imagen del coito transmite el comienzo cíclico del mundo vegetal, germinación producto de la unión, madurez y recolección.



Fortaleza de Paramonga

4. Antecedente Teóricos sobre el Ceramio A planteados por Carrión y Hocquenghem

Los mitos seleccionados por Carrión guardan relación con la escena del ceramio A específicamente dos de los antes acotados -Pariacaca y Chuquisuso, Collquiri y Capyama-. Para la autora los personajes representados en la escena del ceramio A son el *Dios Sol símbolo de fuerza generatriz y poder fecundante de la tierra* (1955, p. 52), y la *Diosa Femenina símbolo de la Madre Tierra, de la Luna y del agua* (1955, p. 52).

Para Carrión la representación del Sol y la Luna es un culto pan-andino de numerosísimas representaciones y muy antiguo entre los prehispánicos peruanos.

El hecho ocurre en un templo o lugar sagrado esto por los muros almenados. Los animales representados en la escena son monos llevando bolsas en su espaldas con semillas que entregan a la pareja en coito, dichos simios se encuentran relacionados con las lluvias.

La pareja astral en acto de acoplamiento simboliza *la fertilización de la tierra* (1959, p. 22), señalando, que también *puede ser el Rayo y la Tierra, esto por similitud simbólica* (1959, p. 26).

En cambio Hocquenghem propone que la imagen de dicho ceramio son escenas de “unión”.

Para la autora dicha escena representa *la unión entre un ancestro y una mujer* (1989, p. 62), *la cual interpreta como la personificación del sol y la luna* (1989, p. 62). *Citando a Larco Herrera propone: Creemos que la escena represente la fertilización de la naturaleza, o que tenga un significado emparentado* (1965, p. 101). Además, la autora plantea que la escena del ceramio A representa la función que cumplen los mitos *en el deslinde de derechos entre diversos grupos sociales en cuanto a la repartición de aguas de regadío* (1989, p. 74).

5. Ceramio B de Tunan-Paramonga de la Colección del Museo de Sitio “Arturo Jiménez Borja” – Puruchuco

El ceramio B (N° de Registro: CE-0334 Tunan-Paramonga) es un cántaro de manufactura moldeada, de color anaranjado, de técnica estampada y cocido en atmósfera oxidante. Presenta un cuello cóncavo - divergente con labio ojival. El cuerpo es elipsoidal y la base plana, posee dos apéndices perforados a manera de asas. El alto total es de 18 cms., el cuello una altura de 5 cms., el diámetro de la boca es de 4.6 cms., el ancho máximo del cuerpo es 16.2 cms., y la base una longitud de 12.6 cms. La decoración del ceramio está ubicada en el cuerpo anverso y reverso de la pieza. Presenta un plano único, de una figura masculina sujetando en ambas manos plantas y enmarcada por un ribete.



Ceramio B. N° de Registro: CE-0334.

El personaje está ricamente ataviado, posee un tocado decorado en forma de serpiente, con terminaciones en cabezas felínicas, sus orejas están adornadas con aretes circulares, el cuello y muñecas igualmente acicalados por joyas. Su vestimenta es un uncu con diseño geométrico y un faldellín ajustado al cuerpo por un cinturón, este, al igual que el tocado terminan en cabezas felínicas.

El personaje de la escena del ceramio B es identificado por Carrión como *el Dios de la Fertilidad y su función es proteger los alimentos producidos* (1959, p. 63), al contrario, Hocquenghem no identifica el personaje, solo se limita a *relacionarlo con mitos y ritos agrarios de la cosecha* (1989, p. 157). Yacovleff en cambio, señala que es un *portador de vegetales* (1934, p. 259).

La figura varonil *es un ser especial, posee cinturón y tocado de serpientes* (Castillo, 1989, p. 168), rasgos estos distintivos de una deidad.

La pregunta es: ¿por qué un Dios sujeta esos alimentos?. El tema representado en el ceramio B, pareciera guardar relación con el mito recogido por el padre Calancha y citado por Felipe Cossio del Pomar en su libro *Arte del Perú Precolombino* (1949), el cual, trata sobre los tiempos remotos, cuando el hijo del dios Pachacamac al ser enterrado por su hermanastro, se convirtió en la solución para el hambre que padecía la población, esto porque después de un periodo de sus huesos nació la yuca y de sus dientes el maíz. Lo importante del mito es observar que para los pueblos prehispánicos los productos principales de producción en principio son el maíz y la yuca, alimentos estos básicos en la dieta del pasado y del presente peruano. Las razones se explican seguidamente.

El maíz es un alimento muy provechoso, de él se utilizan todas sus partes para beneficio del hombre, además, de poseer una alta carga proteica, es una planta sagrada, por extraerse de ella la bebida central de ceremonias rituales y fiestas conmemorativas, la chicha. La yuca es un cultivo que al igual que el maíz son alimentos indispensables y nutritivos en la dieta, razones por las cuales, los agricultores del Perú antiguo debían procurar efectivas recolecciones al año. El ser mítico levanta y muestra los vegetales, anuncia lo fructífero de la recolección, es el momento cumbre del ciclo agrícola: La cosecha, ésta al igual que la siembra aparece señalada en el calendario agrícola de Guaman Poma Ayala, ubicada para el mes de mayo.

6. Aproximación Interpretativa de los Ceramios A y B de Tunan – Paramonga de la Colección del Museo de Sitio “Arturo Jiménez Borja” –Puruchuco.

Las escenas de los ceramios A y B no son aisladas, ellas se relacionan entre sí, por ende deben estudiarse en conjunto porque expresan un mensaje único. La imagen del ceramio A simboliza la siembra, momento de campos fértiles en el mes de octubre, el ceramio B representa la cosecha en mayo, mes de abundancia por la recolección de los frutos. Las escenas de ambos ceramios expresan el Ciclo Agrícola, ciclo espiral sin fin del mundo vegetal.

La siembra significa el inicio del ciclo agrícola un ritual para la costa peruana. El desierto zona geográfica difícil para las labores agrícolas, solo se torna fértil gracias a los ríos que discurren desde la Sierra, los cuales se ven en aumento durante la época de lluvias. Como es sabido, estas sociedades basaron su economía en la agricultura principalmente, a pesar, de la rica y nutritiva dieta complementaria que ofrece el Océano Pacífico en esta parte del mundo. Razón, por la que el acceso al agua es una constante preocupación. Sus ritos y mitos así lo reflejan en los sacrificios ofrecidos a los dioses para la obtención de la fuente vital.

Las escenas de los ceramios A y B, han sido representadas a lo largo de la historia prehispánica por diferentes culturas y en distintos lugares de la costa peruana. Dichas escenas expresan el momento de inicio y cierre de un ciclo. El ciclo agrícola representado en ambos ceramios, no nos habla sobre los personajes, ellos son solo símbolos que se revelan a través de los mitos antes acotados y que llevan a concluir que los ceramios A y B simbolizan una de las ideas que más le inquietaba a la sociedad prehispánica de los Andes Centrales, la producción de alimentos de manera efectiva y abundante para la subsistencia y prolongación en el tiempo de su compleja sociedad.

La importancia de esta idea está reflejada por ser una constante representación por parte de los antiguos peruanos, los cuales

desde el 200 a.C. con la cultura Nazca hasta el 1532 con el imperio Incaico, representaron dichas imágenes. Por ende, estas no son meras escenas de la vida cotidiana o un hecho aislado impreso en la cerámica por una cultura en un momento específico, sino por el contrario, son imágenes que viajan en la historia hablando de *una compleja red de símbolos con una estructura formal como medio de comunicación visual* (Cook, 1994: 164).

7. Bibliografía

- BRUSH, S. 1974. *El Lugar del Hombre en el Ecosistema Andino*. Lima. Revista del Museo Nacional. Tomo. 40, Lima.
- CARRIÓN, R. 1955. *El Culto al Agua en el Antiguo Perú*. Revista del Museo Nacional de Arqueología y Antropología. Vol. 2, Lima
- CARRIÓN, R. 1959. *La Religión en el Antiguo Perú*. Talleres Gráficos de Tipografía Peruana, Lima.
- CASTILLO, L. 1989. *Personajes Míticos, Escenas Míticas y Narraciones en la Iconografía Mochica*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- CIRLOT, J. 1979. *Diccionario de Símbolos*. Labor, Barcelona, España.
- COSSIO, F. 1949. *Arte del Perú Precolombino*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Cuadernos de Investigación del Archivo Tello. 1999. *Arqueología del Valle de Lima*. N° 1 Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- CURATOLA, M. 1994. *Dioses y Hombres del Maíz, Religión, Sociedad en el Antiguo Perú*. Universidad de Lima, Perú.
- DUVIOLS, P. 1984. *Albornoz y el Espacio Andino Prehispánico*. Revista Andina. Año 2, Cuzco, Perú.
- ELIADE, M. 1974. *Tratado de Historia de las Religiones*. T. 1, Cristiandad, Madrid.
- EARLS, J. 1977. *La Coordinación de la Producción Agrícola en el Tawantinsuyo*. Ayacucho: I Congreso Internacional Sobre Cultivos Andinos, Perú.
- ESPINOZA, W. 1990. *Los Incas: Economía, Sociedad y Estado en la Era del Tahuantinsuyo*. Amaru, Perú.

- FERNÁNDEZ, J. 1954. *COATLICUE: Estética del Arte Indígena Antiguo*. Centros de Estudios Filosóficos, México.
- FRAME, M. 2002. *Los Bordados Paracas Necrópolis: los Sistemas Detrás de las Figuras y las Repeticiones*. XVI Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil, Perú.
- GUAMAN, F. 1993. *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. T. 1, Fondo de Cultura Económica, México
- HOCQUENGHEM, A. 1989. *Iconografía Mochica*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú
- JIMÉNEZ, A. 1973. *Imagen del Mundo Aborígen*. Instituto Nacional de la Cultura, Lima, Perú
- MALINOSWIKI, B. 1974. *Magia, Ciencia y Religión*. Ariel, Barcelona, España
- MAUSS, M. 1971. *Institución y Culto*. T. 2, Barral, Barcelona, España.
- ORTIZ, A. 1993. *La Pareja y el Mito*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
- ROSTOWOROWSKI, M. 1989. *Costa Peruana Prehispánica*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Perú
- TAYLOR, G. 1987. *Ritos y Tradiciones de Huarochirí: Manuscrito Quechua de Comienzos del Siglo XVII*. Instituto de Estudios Peruanos -Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima, Perú
- URBANO, H. 1993. *Mito y Simbolismo en los Andes: la Figura y la Palabra*. Centro de Estudios Regionales Andinos, Cuzco, Perú.

Recensión

El Cacique NIGALE y la ocupación europea de Maracaibo. Tipografía Mundo, Maracaibo, Venezuela. 180 pp.

CLARAC, JACQUELINE
Doctorado en Antropología
Universidad de Los Andes
e-mail: martinica@cantu.net

Este libro, muy interesante y muy poco corriente, ilustrado por Daniel Paz (probable dibujante de etnia wayuu, si se juzga por el apellido y por los contactos que tuvo el autor con esta etnia), se nos presenta en forma de novela histórica, con la cual desea el autor re-escribir la historia de Venezuela, “*dando al traste con resabios, malentendidos y condicionamientos apriorísticos*”, como escribe José Javier León, quien comenta el libro en su contraportada, porque es urgente revivir el discurso histórico para las escuelas y para nuestros jóvenes y niños. Según este último, Ildefonso Finol se inscribiría “*en lo que Briceño Guerrero llama ‘el Discurso Salvaje’ , que hace manifiestos la rabia, las frustraciones , la vergüenza...voz dolorida que discurre sobre el dolor, lo expone y demuestra*”...

El libro está escrito en un estilo más indígena que occidental, con mucha poesía y una concepción de la historia que convierte ésta a la vez en mito y en epopeya, reconstruyendo una realidad que tiene también elementos de ficción, con un tiempo más “etnológico” que histórico, para hacer hablar ahora a los que en el curso de 5 siglos no habían tenido voz.

Procura reconstruir el ambiente físico-mágico y sociocultural del Lago de Maracaibo y sus alrededores, antes de la

llegada de Alonso de Ojeda y después, empezando el relato con el viaje hacia el sur del gran cacique añú Maarak , quien gobernaba toda la zona del Lago de Maarak´iwo bajo el tótem de la serpiente cascabel, compartiendo la región armoniosamente con la otra etnia arawak, los Wayuu, y dos etnias menos numerosas, la Bari, de origen chibcha, y la Yu´Pa, caribe, viaje que llevaba a la construcción de nuevos pueblos añú. La descripción que nos hace todo el tiempo, como tela de fondo, de los paisajes lacustres, es bella y sugestiva, por ejemplo cuando nos muestra la caravana náutica alcanzada por toda una familia de toninas, parecidas a los seres humanos lo mismo que el manatí “*cuyos gemidos o cantos simulan voces mágicamente atrayentes, a las que es difícil ignorar cuando se está necesitado de afecto*”...Para convencer a su hermano To´olo de la necesidad de fundar nuevos pueblos, Maarak le lleva una cantidad de regalos entre los cuales unas bellas conchas de tortuga, de gran significado para los Añú, quienes se representan su Lago como un gran cascarón de tortuga volteado, con la concavidad hacia arriba.

Pero el 24 de agosto de 1499 iba a entrar por el norte en el Lago un quinto grupo humano, cuya expedición iba a dejar a su paso rastros de sangre indígena a pesar de que, durante 9 días, “*disfrutaron de la espléndida pero cautelosa diplomacia Añú*”, y a pesar de que no lograron conocer a Maarak, quien todavía estaba navegando hacia el sur.

Al regresar éste y haberse ido ya los extranjeros, el piache Mohán le previno que les quedaban a ellos pocos días de libertad, pues los nuevos llegados “*los encontrarían rumiando la nostalgia del tiempo que se acaba*”; les advirtió que los Añú, por vivir y dominar hasta entonces el Lago, darían “*el sacrificio mayor*” pues “*el Lago se teñirá de la sangre que sus armas nos arrancarán. Estaremos solos en la resistencia*”. De modo que Maarak se preparó y preparó a su gente para resistir cuando volverían los extraños visitantes; sin embargo pasaron 30 años antes que volvieran

con sus destructivas armas, así que tuvieron tiempo de morir el viejo piache y Maarak, a éste lo echaron al mar “*en una canoa ardiendo en solemne fuego*”... y también murió Alonso de Ojeda, el europeo que dirigía la primera expedición, ya que no regresó.

El 18 de septiembre de 1529 llegó a la zona el agente alemán Ambrosio Alfinger, en una excursión organizada desde Coro, que ocupaban los europeos desde 1527. Llegó con 180 hombres bien armados, tres embarcaciones “*y traían con ellos a unas bestias poderosas y terribles que sembrarían el terror entre las comunidades lacustres, enormes cuadrúpedos sobre los que los invasores lucían gigantes e invencibles, y otros más pequeños pero feroces que atados por el cuello no cesaban de exhibir sus colmillos sedientos de carne. Son caballo y perro, determinados aliados de la victoria del saqueo*”.

“***Todos sean herrados con fuego en la barbilla***”, fue la orden de los Welser o Belsares, aquellos teutones a quienes la Corona española había dado poder para conquistar, explotar, poblar y gobernar, incluyendo la licencia para esclavizar a los indios rebeldes (los Añú muy particularmente) e introducir esclavos negros. Empezaron con los indígenas de los pueblos de Parepi y Cumari, utilizando una artimaña que hoy sería calificada de “*guerra preventiva*”: “*Siendo sus tierras tan cercanas a Maracaibo, pudieran hacer mucho daño si no fuesen castigados oportunamente, visto que han querido alzarse y alborotar otros muchos pueblos que estaban en paz, cometieron traición y llegando a amacanear la Santa Cruz, rectamente sentencio*”...y condenó a “*222 piezas de indios e indias, pequeños y grandes, las 22 indias paridas sin contar sus criaturas de leche como piezas naturales...*” Y esto, a pesar de que la gente de Parepi y Cumari siempre habían sido generosos con los europeos. Los llevaron a Jamaica y Santa Marta, vendiéndolos a 7 pesos y medio por persona. Así se instauró definitivamente la era esclavista, con la complicidad de todas las autoridades, y la resistencia fue la única vía para la sobrevivencia.

En la medida que fueron llegando, los hombres no sólo de Alfinger, sino también de Federman, Spira, del obispo Rodrigo de Bastidas, iban saqueando más poblados, en busca de oro y de esclavos, dejando una estela de muerte y destrucción hasta las riberas de los ríos Zulia y Catatumbo, donde los recibieron “*las heroicas flechas de los recios guerreros Bari*”... En 1535 Federman, bajo instrucciones recibidas de Jorge Spira, se llevó a 700 indígenas como esclavos al Cabo de la Vela, para iniciar el negocio de la extracción de perlas, y los Añú incendiaron lo que quedaba de la ciudad de Maracaibo, así como los 3 navíos españoles anclados en el lago. Otra vez, en enero de 1541, Pedro de Limpías, veterano en el saqueo de la región Añú, “*para complacer las vanidades del recién nombrado gobernador, el obispo Rodrigo de Bastidas, raptó de sus hogares a 500 indígenas Añú, que vendieron a mercaderes de baja calaña en Coro*”. Así pudo el gobernador-obispo, sustituto del fallecido welsper Spira, financiar su ascensión al cargo.

En 1569 se produce el segundo intento de ocupación definitiva europea de Maracaibo, invasión que llegó de Trujillo, organizada por el capitán Alonso Pacheco, “*encargado de fundar una ciudad en la laguna de Maracaibo*”, con la ayuda de españoles de Trujillo y Mérida. “*Cada conquistador se inventó su Dorado, mundo mítico de riquezas incalculables que la codicia alimentó en las perturbadas mentes conquistadoras*”. Pacheco al no más llegar al lugar constituyó Cabildo y nombró a los dos primeros alcaldes de “*Ciudad Rodrigo de la Laguna de Maracaibo*”, nombre que se debió al origen de Pacheco, quien era de Ciudad Rodrigo en España. Las casas “*eran hechas con argamasa, piedras calizas porosas y varas de mangle, con techos de arcilla cocida*”. En casa de Pacheco se crió el niño NIGALE (quien iba a ser más tarde el nuevo héroe Añú de la resistencia) al lado de su madre y en compañía del hijo de Pacheco, con el cual compartía juegos y quien lo iba a matar posteriormente. Como Pacheco había pedido al Rey de España refuerzos, cosa de la cual se enteraron los Añú, se orga-

nizaron los últimos grupos Añú que quedaban, para vigilar la llegada de los nuevos europeos a la entrada del lago; llegaron a mediados de 1573, recibéndolos los Añú apostados en los manglares con una lluvia de flechas, que dio muerte a los españoles, y “*los bagres y zamuros hicieron el resto*”, después de lo cual las comunidades Añú que todavía sobrevivían en el estuario del Lago, intentaron un rescate definitivo de Maracaibo, dirigidos por Nigale, quien logró reunir cien canoas, que partieron de la isla de Toas repletas de hombres, mujeres y niños, de piedras, de arcos hechos de madera de curarire, con sus flechas, con buches de alcatraz llenos de curare, amarrados a la cintura con cocuiza, y macanas de mangle rojo recién cortado, que destilaba cera. La gente de Pacheco no pudo responderles ya que de la orilla las flechas comenzaron a causarles bajas, pues “*la orden dada al batallón de pedreros era tirar la mayor cantidad que pudieran en el menor tiempo posible una vez que las canoas tocaran ribera. Y así lo hicieron...*” uniéndoseles los indígenas que tenía Pacheco de sirvientes. “*La estocada fue severa. Jaque a Ciudad Rodrigo*”, escribe Finol. Cuando retornaron los caciques a sus comunidades, los últimos españoles que quedaron reunieron a sus heridos para huir de Maracaibo, y en cuanto a Pacheco, “*ni siquiera esperó a su grupo*”.

Una nueva invasión española fue preparada y encomendada esta vez a Pedro Maldonado, vecino y encomendero de Mérida, quien ofreció a varios encomenderos reconquistar las encomiendas de Maracaibo, de modo que llegaron con fuerzas superiores a las invasiones anteriores. Rebautizó el nuevo gobernador la ciudad, a la cual puso esta vez el nombre de “*Nueva Zamora de la Laguna de Maracaibo*”. Persuadido que el terror era el mejor método en la pacificación de la región, le imprimió a sus ataques sistemáticos a las comunidades indígenas una fiereza extraordinaria, ataques que repetía con una frecuencia inusitada, y el joven cacique del clan zapara de la nación Añú, Nigale, “*gime silencioso las nostalgias por un pueblo que desaparece: Su pueblo*”, pero

prepara una gran alianza entre los últimos clanes Añú que quedan, de las familias de los aliles, toas, parahute, paraúja, mohanes, auzales y arubaes, así como selló alianza también con los descendientes de la gran nación Chibcha, los Bari, del sur del Lago, éstos eran gente que nunca rehuían un compromiso por difícil que fuera, además de que amaban profundamente sus territorios, y con todos ellos la estrategia nigeleana fue de golpear a los españoles en eso que más les interesaba: sus negocios, especialmente el negocio de las perlas en Cabo de Vela. Los reductos de la resistencia asediaron con garra esos años, apoderándose del control de la navegación en el Lago, fundamentalmente en la barra, donde los guerreros de Nigale “*hicieron punto de honor, ubicándose audazmente en todas las islas y bajos del estrecho*”, pues pensaban que golpear el comercio haría más daño al invasor que golpear sus hogares. Persiguieron así las canoas guerreras todas las embarcaciones que llegaban de Cartagena o de Santo Domingo, así como las que venían de Gibraltar a traer tabaco y otras mercancías de Mérida, Barinas, Carora, Trujillo, Guanare, las naves comerciales ardían en llamas. Los Bari libraron la misma lucha al sur del lago, y destruyeron varias veces el puerto de Gibraltar, de modo que se transformó el lago de Maracaibo en un inmenso campo de batalla, con esa insurrección añú y bari en toda la región, hasta 1606, cuando llega un nuevo gobernador, Sancho de Alquila, quien trajo consigo una gran cantidad de hombres de armas, decididos a terminar definitivamente con la insurrección indígena, a lo que Nigale contestó pidiendo a los suyos y a los Barí arreciar la guerra, organizando un ataque masivo de ciento cincuenta canoas, irrumpiendo en el puerto de los españoles, llevándose sus embarcaciones y aprovechando la ocasión para tumbar los corrales de cabras, robar algunas y sacrificar el resto. Pero llegó la salvación para los españoles en 1569, con la llegada de Juan Pacheco Maldonado, hijo del antiguo gobernador Pacheco que había huido de “Ciudad Rodrigo” y con el cual Nigale había jugado en su infancia y que residía

hasta entonces en Trujillo. Este, después de lograr el apoyo económico, logístico y de recursos humanos que necesitaba, llegó sin avisar al pueblo de Parahute primero, que destruyó y se llevó a los caciques al puerto de Nueva Zamora para ejecutarlos en público, y para acabar con Nigale también, tramó una treta de engaño: Envió a éste un mensaje diciéndole que quería conversar con él, cosa que creyó Nigale, porque había conocido a Pacheco en su infancia y los Añú no habían tenido ningún problema con los habitantes de Trujillo de donde venía éste. Decidieron “conversar” en la isla de Zapara, adonde debía ir cada jefe con sólo un grupito de hombres sin armas. Pero los hombres de Pacheco escondieron sus puñales en las mangas de sus camisas, mientras que con Nigale venían no sólo algunos pocos hombres sino también mujeres y niños. *“El diálogo se trocó en un monólogo de cuchillos, espadas y mosquetes”*. Era la víspera de San Juan, 23 de junio de 1607. A Nigale pudieron apresarlos vivo y lo llevaron a Nueva Zamora con otros 11 de sus guerreros, los mantuvieron encerrados en jaulas de hierro y al tercer día los ahorcaron en la plaza mayor. Así *“se selló el fin de la resistencia indígena en Maracaibo, con la muerte de su más querido líder”*.

Con estos primeros 108 años de la “historia” de Maracaibo todavía desconocida de los venezolanos y de los mismos marabinos, reconstruye de este modo el autor 108 años de invasiones europeas y resistencia indígena, especialmente la de los Añú, quienes quedaron finalmente exterminados en su mayor parte. Con tristeza comenta Finol que, a fines del siglo XX, éstos habían perdido sus últimos descendientes, básicamente concentrados en la laguna de Simanaica, y perdido también su lengua (hoy, sin embargo, está renaciendo ésta, gracias a un programa dirigido por unos lingüistas de la Universidad de Zulia), de modo que los términos indígenas utilizados en el texto son del arawak wayuu, lengua de esos primos hermanos de los Añú, quienes también resistieron a la cultura invasora pero con otras estrategias de resistencia que les

permitieron sobrevivir y adaptarse de modo extraño y exitoso a las costumbres “criollas”, aunque sin perder su identidad. Esas palabras con las cuales nombra Finol los elementos del cosmos y la gente, dice haberlas aprendido del maestro wayuu Ramón Paz Ipuana, a fin de reconstruir el ambiente de aquellos héroes Añú, especialmente de Maarak y Nigale, cuyos descendientes conoció en el siglo XX al frecuentar el barrio El Nazareno del Moján.

Boletín Informativo

1. Maestría en Etnología:

Se propone con este programa la formación de una generación de relevo en la investigación etnológica y etnohistórica (en el marco de las investigaciones del GRIAL –Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas de Mérida– que lo han llevado a concebir un método etnohistórico que incluye una triple metodología (la etnológica, la arqueológica y la histórica) para abordar el estudio más integral y sometido a confrontaciones, de las sociedades latinoamericanas cuya formación se diferencia mucho de la de otras sociedades.

El eje de esta maestría es la investigación, de modo que el estudiante ha de empezar el primer semestre con un profesor-tutor y un problema a investigar para su tesis.

Título que se otorga: Magister Scientiae en Etnología, Mención Etnohistoria.

Requisitos:

1. Candidatos con títulos de Antropólogo, Etnólogo o Arqueólogo tienen el ingreso directo a la maestría. Candidatos con otros títulos diferentes a los señalados, deberán aprobar primero el semestre propedéutico de esta maestría, el cual se abre un semestre antes de las inscripciones de maestría.
2. Manejo instrumental de un idioma distinto al materno.
3. Ser aceptado por un profesor-tutor aprobado por el Consejo Directivo de la Maestría (éste deberá tener el título de Doctor o, una maestría en uno de los campos de la Antropología).
4. Ser aprobado: a) en la entrevista oral, b) en la entrevista escrita que se le hará al candidato.

5. Al haber sido aceptado, llenar la planilla de inscripción definitiva, entregar los documentos exigidos por el Consejo de Estudios de Postgrado (C.E.P) de la Universidad de Los Andes y pagar la cuota correspondiente al primer semestre (esta cuota varía según el monto de la unidad tributaria).

Valoración Académica en Unidades Crédito:

Tiene este programa un total de 39 unidades-crédito, repartidas del modo siguiente:

1. 10 unidades-crédito para el trabajo de grado (eje de esta maestría)
2. 18 unidades-crédito en total para los 3 niveles de las dos asignaturas nucleares.
3. 8 créditos para los 3 niveles del seminario de investigación.
4. 3 unidades-crédito para los seminarios optativos (uno por semestre).

Duración del curso:

3 semestres de clases (las cuales se imparten cada 15 días, hasta cumplir 32 horas para cada asignatura obligatoria (las 2 nucleares y el seminario del tutor), más un semestre con el cuarto nivel del seminario del tutor, a fin de terminar la tesis.

Inscripciones:

La maestría abre cada dos años. Actualmente están cursando los alumnos de la sexta cohorte. La próxima inscripción será en enero y febrero 2008 y el inicio del curso en marzo 2008.

El Curso Propedéutico de la Maestría (destinado a los candidatos que no son antropólogos y que tienen otro título de Pregrado): Inscripciones en septiembre 2007, inicio del curso la primera semana de octubre 2007.

Para mayor información: Direcciones electrónicas:
cietomar@ula.ve y museogrg@ula.ve
Teléfonos: (0274)-240 2344 (telefax) y 240 1918.

2. Doctorado en Antropología:

Este programa es interinstitucional y personalizado: Al ingresar, el estudiante elaborará con su profesor-tutor un programa de formación, el cual será cursado en la Universidad de Los Andes y/o en otro instituto universitario.

Título que se otorga: Doctor en Antropología

Requisitos:

1. Candidatos con maestría en antropología, en etnología o en cualquier rama de la antropología: Ingreso directo al Doctorado.
 2. Candidatos antropólogos, sin maestría pero con una larga experiencia de investigación y con publicaciones: Ingreso directo al Doctorado.
 3. Candidatos que no son antropólogos y tienen una maestría en otra disciplina: Deberán cursar primero el Curso de Actualización en Antropología cuya duración y composición dependerá de la experiencia anterior de cada uno, lo cual será determinado por el Consejo Directivo del Doctorado en Antropología.
- En los meses de julio-septiembre 2007 se recibirán los documentos de los candidatos y el curso de Doctorado propiamente dicho se iniciará por primera vez en septiembre - octubre 2007, con los alumnos que tengan las unidades-crédito suficientes (12 unidades- crédito).
 - Los tutores podrán ser de la Universidad de Los Andes o de otros institutos universitarios venezolanos o extranjeros, deberán ser antropólogos con título de Doctor y una trayectoria reconocida en investigación y publicación. A los tutores que no sean antropólogos y que tengan otro título de doctorado se les adscribirá un co-tutor antropólogo.

Mayor información por las direcciones electrónicas:
doctoradoenantropologia@gmail.com

3. EL GRIAL (Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas):

En el año 2006 nuestro grupo ha avanzado en la tercera etapa de su proyecto grupal (Estudio Antropológico Integral y Pluridisciplinario del Occidente de Venezuela), el cual se ha desarrollado en varios estados (Mérida, Zulia, Barinas, Falcón, Yaracuy) a través de los trabajos de los investigadores y de los tesis de la maestría en Etnología; ha producido numerosas publicaciones en las distintas ramas de la antropología, así como actividades relacionadas con la práctica social dentro de ciertos programas de la República Bolivariana de Venezuela, especialmente en la Misión Ciencia, en cuanto a territorialidad y tenencia de la tierra, recuperación de semillas, tecnología agrícola, etc.

4. Eventos:

1. Después de un largo silencio, luego de celebrarse en el 2002 en la ciudad de Bogotá, Colombia la III Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur, el TAAS se estará realizando en su IV Reunión Internacional, en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca en Argentina entre los días 3 y 7 de julio de 2007. Esta IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica de América del Sur cuenta con la organización del Doctorado en Ciencias Humanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca-Argentina y los auspicios del Congreso Arqueológico Mundial- WAC.

Para mayor información:

<http://www.unca.edu.ar/arqueológico>

2. Se realizará el III Congreso Suramericano de Historia en la ciudad de Mérida-Venezuela del 19 al 21 de julio de 2007, aus-

piciado por la Universidad de Los Andes, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la OEA. El evento esta dirigido a congregar a historiadores/as, académicos/as y estudiosos/as de la realidad suramericana.

Para mayor información:

congresohistoria@ula.ve